LA EXTINCIÓN ES SOLO EL PRINCIPIO

ALBERTO RUEDA

HALE-BOPP

© Alberto Rueda, 2017

Ilustración de portada y diseño de cubierta por Alejandro Colucci.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Más información en:

www.albertorueda.com

https://www.facebook.com/AlbertoRuedaOficial

https://twitter.com/Alberto_Rueda

contacto@albertorueda.com

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

I

20 de julio de 2019
Día 0 del Año de Incertidumbre

Fue un sábado. Ni aunque hubiese vivido otros cien años habría podido olvidarlo. De la hora exacta sí que no me acuerdo, pero debían ser sobre las ocho, porque acababa de llegar a casa tras los ensayos con la orquesta y el salón ya se encontraba del todo a oscuras. Recuerdo que dejé el chubasquero mojado sobre la silla y las bolsas de la compra en la cocina, le eché de comer a Coyote, me puse el pijama, enchufé la plancha y encendí el televisor mientras esperaba a que calentase. Con el ajetreo de los últimos días me había quedado sin nada que ponerme que no se pareciese a una uva pasa, así que decidí hacer caso al remedio antes de que se tornase en enfermedad.

Tras diez minutos, más o menos, casi todas las cadenas interrumpieron sus emisiones con un boletín de última hora. Al empezar a oír la noticia en cuestión, lo primero que pensé es que se trataba de una broma, la típica ocurrencia de algún presentador falto de ingenio con guionistas sin talento para rellenar su, a todas luces, excesivo espacio en parrilla. Pero cuando, cansada de semejante pantomima, averigüé dónde había dejado el mando a distancia y conseguí cambiar de canal, me topé con distintos actores en unos escenarios casi idénticos.

Ocurrió lo mismo en los tres o cuatro siguientes canales por los que fui pasando. Todos emitían al mismo tiempo las imágenes de un hombre hablando en público en un trozo de la pantalla mientras que en el otro, un presentador nervioso lanzaba preguntas a un corresponsal de su cadena igual de alterado que él.

Recuerdo que me quedé paralizada. Aunque todo lo contaban de forma atropellada, uniendo los diferentes retales de información inconexa que llegaban a mí, pude hacerme una idea de lo que aquellos hombres trajeados trataban de explicar.

Según el rótulo inferior, quien se encontraba dando la rueda de prensa era el secretario de la presidencia de los Estados Unidos de América. Un tipo importante de esos que de tanto en cuando juegan

al golf con el presidente, viajan en coches negros y alargados, y acostumbran a recibir mensajes por un pinganillo bien disimulado bajo sus canas patillas. Hablaba con cara muy seria, mirando a una audiencia que le fotografiaba sin piedad y haciendo entrenados gestos con sus manos para transmitir una sensación de tranquilidad calculada. Pero ni ese hombre la poseía en esos momentos, ni los periodistas acreditados que tenía enfrente la percibían. Sin embargo, ahí estaba él, conteniendo su histeria para que el mundo no se volviese loco de repente, fingiendo como le habían adiestrado a hacer en esos caros cursos de gestión del pánico que recibía cada dos meses. Al menos, no se le podía reprochar que no hubiese aprovechado su tiempo y el dinero de los contribuyentes.

Fue el fuerte olor a nailon quemado, proveniente de la manga derecha de una camisa, el que me hizo regresar de golpe al salón del pequeño ático en el que vivía. Una camisa que me había costado un riñón, aunque no fuese auténtica. Era una falsificación de Gucci de casi sesenta dólares que había comprado para ocasiones especiales pero que, por falta de uso, había empezado a poner a diario. Se estaba quemando bajo mis narices y ni siquiera me daba cuenta de cuándo había comenzado a plancharla.

Desenchufé el aparato y lo posé sobre la tabla. Después, me senté en el sofá y permanecí en esa postura durante unos largos minutos. Seguía mirando la televisión, aunque ya no la escuchaba. El video del hombre canoso dando explicaciones se repetía una y otra vez, mientras los trabajadores de los informativos se afanaban por traer la última hora y ganar ventaja frente a su competencia con nuevos y rebuscados datos de interés.

El teléfono fijo se encargó sin reparos de sacarme de mi abstracción. Podría haber sido cualquiera —por aquel entonces seguramente un ochenta por ciento de la población del planeta estuviese ya al corriente del descubrimiento y necesitase desahogarse con alguien cercano—, pero en esa ocasión era mi madre.

«Dani, hija, ¿has oído las noticias? ¡Han dicho que el mundo se va acabar!», pronunció entre sollozos. «Tranquila, mamá, que nada se va a acabar. Hay gente muy lista y seguro que dan con una solución al problema». No sé por qué lo dije tan convencida. Hasta entonces todavía no me lo había terminado de creer pero, de algún modo, aquella respuesta me dio un empujón por la espalda hacia la realidad.

«¿Tú crees? Ay, no sé, mi vida… Esas cosas son imposibles de detener. No estamos en una de esas películas en las que un hombre

muy guapo nos salva justo al final».

«Lo sé, mamá, pero no te preocupes, ¿vale? Nunca nos han hecho falta los hombres muy guapos y nunca lo harán. Nos queda mucho tiempo, y seguro que hay miles de personas inteligentes trabajando en ello. A nosotros nos lo acaban de decir, sí, pero ellos ya lo habrán sabido hace varios meses». «No nos queda tanto, hija. Un año hasta que empecemos a verlo. ¿Y luego qué? ¿Un año más? Esas cosas van muy rápido».

Mi madre tenía razón. Según las noticias, en aproximadamente un año el cometa Arcángel se haría visible en el cielo. Al principio, siendo un punto diminuto, distinguible solo en los días más claros. Después, el punto iría adquiriendo un mayor tamaño de forma progresiva a medida que se acercase a nosotros. Así, hasta el mismo día del impacto, aunque para entonces no quedaría nadie capaz de prepararle una fiesta de bienvenida.

Un experto había afirmado en un momento de la emisión que tras la difusión de la noticia el mundo entraba en lo que él mismo definía como «Año de incertidumbre». Me gustó el término. «El año de incertidumbre». Era un periodo de tiempo en el que la gente seguiría sin asimilar que la fecha del fin del mundo era ya una realidad concreta; sin aceptar la información oficial por considerarla inverosímil e imprevista. Cuando ese año concluyese y todos comprobasen con sus propios ojos lo que estaba sucediendo, el experto vaticinaba que el caos y la destrucción se apoderarían de la sociedad. La gente ya habría asumido su destino y a nadie le importaría levantarse temprano para ir al trabajo, sembrar la tierra para recoger sus frutos o cuidar de su salud y de la de su entorno. La situación se volvería insostenible y el mundo viviría sus últimos días sumido en una anarquía generalizada. Digamos que aquel hombre pecó de optimista.

Mamá suspiró al otro lado del auricular.

«¡Ay, Dios! ¡Qué lástima que muramos así!»

«Venga, mamá, no te apures. Ya verás como la cosa se arregla. ¿Qué tal está papá?»

«Bien».

«En los próximos días intentad salir poco de casa, ¿de acuerdo? No sé cómo reaccionará la gente y me preocupa que os veáis en peligro».

«Sí, cariño. Tú haz lo mismo».

«Claro, mamá. Cuidaos, ¿vale? Ya hablaremos».

«Adiós, mi vida».

Fue una conversación breve, pero quedó grabada en mi cabeza

para siempre. No podría haber sido de otro modo.

Al poco, el teléfono sonó un par de veces más, pero no volví a cogerlo ni a mirar quién me llamaba. En esos momentos ni siquiera me planteé que pudieran ser Ronnie o mi hermana quienes tratasen de contactar conmigo. Supongo que el móvil estaría también repleto de llamadas y mensajes en mi bolso, pero no tenía ganas de mirarlo. Simplemente, cambié de canal y busqué una de esas cadenas que emitían videos musicales las veinticuatro horas del día. Me recosté en el sofá y empecé a pensar en cosas sin demasiada relación. Había comprado algo de pescado para la cena, pero cuando me fijé en la hora que brillaba en el *display* de mi reproductor multimedia era ya tarde para ponerme a prepararlo y tampoco tenía mucha hambre. En la tele sonaba el *Have You Ever Seen the Rain?* de los Creedence Clearwater Revival. Me resultó curioso que la música fuese casi lo único sagrado en la televisión, lo único que nadie se había atrevido a cortar para dar paso a un improvisado boletín apocalíptico.

Miré hacia la enorme montaña de ropa sin planchar. La verdad es que no tenía ninguna gana de emplear mi tiempo en labores domésticas tan tediosas como el planchado. Dejé de tener claro, con mucha antelación a tenor de lo expuesto por el entendido, que debiese seguir yendo a trabajar. No sabía cómo se comportarían mis clientes. ¿Acudirían ellos a las citas concertadas? ¿Iría Anette a ayudarme? Aunque no estar en mi consulta eliminaría la necesidad de tener lista una blusa sin arrugas, pensándolo mejor llegué a la conclusión de que necesitaría seguir trabajando al menos hasta que terminase «El año de incertidumbre» —me sorprendió lo rápido que había interiorizado el término—. No tenía dinero para subsistir tanto tiempo, teniendo en cuenta, además, que tras la noticia era presumible que los precios de los alimentos se disparasen y los suministros se redujesen hasta finalmente ser cancelados. Basándome en las palabras del experto, mientras la gente no tuviese la certeza de que iba a morir, seguiría gastando su dinero en cosas materiales más o menos como hasta entonces. Luego, ya veríamos… Quedó bastante claro que aquel hombre tampoco sabía lo que era la psicosis humana.

Me levanté del sofá y fui hasta la cocina. Eché en un vaso dos dedos del café que me había sobrado del desayuno, saqué una botella de leche de la nevera, la abrí y vertí un chorro sobre él. No me agradaba el sabor del café recalentado, pero nunca me acordaba de comprar una cafetera de menor tamaño, así que todos los días hacía más cantidad de la que consumía. Pensé que ya no me compensaba hacerme con otra para lo poco que me quedaba en el

mundo. Guardé la leche en la nevera y terminé de colocar el resto de cosas con las que había planificado sustentarme una semana. Me fijé en la fecha de caducidad impresa en una botella de aceite adquirida por unos nada irrisorios siete dólares. Faltaban cinco años para que expirase, pero si no la consumía en unos meses, no habría nadie en todo el planeta que pudiese tirarla a la basura. Sin proponérmelo, había creado una nueva forma de medir el tiempo: «antes del fin del mundo» y «después del fin del mundo». De manera irrefutable, todo hecho caería a un lado o a otro de la divisoria.

Suspirando, calenté la mezcla amarronada en el microondas y regresé frente al televisor, acompañada por el sonido del segundero girando en el reloj de la cocina. Hasta entonces siempre había ido marcado segundos de más. En adelante, lo que marcaría sería segundos de menos. Y era extraño, porque desde pequeña había sido consciente de que algún día moriría y de que cada instante consumido acortaba un poco más mi vida. Pero de algún modo, tener una fecha marcada en el horizonte sirvió para modificar mi perspectiva de una forma radical.

Enterré la cara entre mis manos. «¿Cuánto tiempo llevarán sabiendo que ese pedrusco se desplaza hacia nosotros? ¿Cuántas decisiones se habrán tomado ya a lo largo y ancho del planeta condicionadas por ello?» Lo que parecía claro era que a partir de entonces todas las que se tomasen lo estarían. «¿Por qué habrán establecido este día para anunciarlo a los cuatro vientos?» Supuse que los astrónomos de la NASA lo habrían dilatado al máximo, seguramente hasta que el cuerpo casi fuese visible usando telescopios de menor alcance que los suyos, pero eso era solo una conjetura.

Aunque la música me agradaba, sentí la tentación de retornar a la programación de algún canal convencional. Imaginé que estarían informando del tamaño de Arcángel, del efecto que ocasionaría cuando impactase, de las expectativas sobre la conservación de la vida en el futuro o de la posibilidad de ser trasladada a otro lugar del universo. En fin, una lista interminable de suposiciones, previsiones y presagios. Pero lo que ya sabía me bastaba: en un par de años recibiríamos la colisión de un cometa tan grande que borraría por completo la vida de la Tierra. No había lugar para la esperanza. El secretario de la presidencia había sido muy claro, no se había andado con rodeos. En cierto modo, al verlo hablar me había recordado a un médico experimentado explicándole a su paciente que le quedaban tan sólo unos meses de vida. La única diferencia era que él se lo había dicho a la vez a miles de millones

de pacientes repartidos por todo el condenado mundo.

Nada más llevarme la taza por segunda vez a la boca, el timbre sonó un par de veces seguidas. Supuse que sería algún vecino preocupado por su futura extinción, pero no había en el bloque nadie con quien hubiese estrechado lazos tanto como para sentirme obligada a soportar tal ración de lágrimas, así que ignoré la llamada. Entonces el timbre volvió a sonar por tercera vez, sin que todavía eso me impulsase a abrir la puerta. Sonó una cuarta. Entre el fastidio y el mal humor, comprendí que quien estuviese llamando era alguien paciente y tenaz que no se iría sin haber hablado antes conmigo. Claro que también podía ser el señor Francisco, armado de maletas con la intención de despedirse de mí antes de tomar un avión rumbo a Chile. No sé cómo pude pensar en aviones después de lo acontecido en los últimos días.

Finalmente me dirigí a la entrada, dejé la taza sobre el zapatero y abrí la puerta. Tras ella no había ningún vecino, ni tampoco estaba el señor Francisco. A quienes encontré fue a dos tipos de larga gabardina con cara de no haber probado nunca el algodón de azúcar. Parecían agentes de algo, pero era difícil intuir de qué. Me pregunté si se habrían enterado de la noticia o los habría pillado de servicio.

«¿Daniela Palmer?», diría que me preguntaron, aunque lo cierto es que pronunciaron mi nombre como si me estuviesen informando de él. En sus labios me sonó como si nunca antes lo hubiese escuchado. «La misma. ¿En qué puedo ayudarles?», interpelé con mucha cautela. La verdad es que no era capaz de adivinar qué demonios hacían en mi apartamento.

Resultó que en lo que podía ayudarles era algo tan sorpresivo como desagradable, lo último que cabría esperarse tras un final de día como el que acabábamos de vivir.

«Policía Federal. Queda usted detenida bajo sospecha de espionaje», dijeron ambos al unísono.

II

16 de julio de 1995
24 años antes del Año de Incertidumbre

Diana me miró y se echó a reír como una lunática. Al principio no le di mucha importancia, porque tenía la costumbre de desternillarse por cualquier tontería, pero después de dos minutos sin tregua empecé a cansarme. Le advertí un par de veces que dejase de mirarme o le daría un bofetón, sin que ello surtiese efecto. Ella hacía como si intentase controlarse desviando la vista hacia el plato, pero pronto la alzaba de nuevo y volvía a soltar una carcajada. Al final me harté, cogí un poco de crema de queso con la cuchara y lo catapulté hacia su cara con tan buena puntería que la alcancé en mitad de la frente.

—¡Chicas, ya está bien!

Mi madre no solía perder los nervios con frecuencia y cuando lo hacía, el noventa por ciento de las veces era por nuestra culpa. Nada incomprensible, Diana y yo nos comportábamos como dos demonios, aunque nos queríamos más que a ninguna otra cosa en el mundo. El que tenga, o haya tenido, un hermano gemelo sabrá a lo que me refiero.

—Quedamos en que os haría la tarta de zanahoria si os portabais bien, pero empiezo a creer que me habéis engañado.

—¡No, mamá! Es solo que Daniela… ¡Se parece mucho al lechón que nació ayer!

Diana volvió a troncharse de risa. Cerca de nuestra casa vivía una mujer mayor, la señora Willmore, en una granja con una buena parcela sembrada de maíz y algo de ganado. Solía llamarnos para que fuésemos cuando iba a nacer algún animal.

—¿Ah sí? —le pregunté indignada—. ¡Pues más te pareces tú a su madre, comiendo como una cerda!

—¡¿Qué?!

Herida en su orgullo, Diana cogió un trozo de tarta y me lo arrojó, pero su tino no era tan bueno como el mío y el proyectil acabó chorreando por la pared.

—¡Pero bueno! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó nuestro

padre tras acercarse, atraído por el jaleo, a la puerta de la cocina.

—Nada, papá.

—Tus hijas, que son unas mentirosas y unas maleducadas.

—Vaya, vaya… Entonces esta tarde tendrán que quedarse en casa, y es una pena, porque hace un viento magnífico en el faro.

—¡No, papá!

—Pues limpiad todo eso y cuando acabéis, fregáis también los platos sucios. Luego ya hablaremos.

—¡Qué cruel!

Cruel o no, nos lo habíamos ganado a pulso.

Terminamos de beber la leche en silencio y recogimos la mesa. Después, siguiendo las órdenes de nuestro padre, vaciamos el fregadero de platos y cubiertos. Yo iba frotando con jabón y aclarando los cacharros, y Diana los secaba con un trapo. Para acabar, los guardamos en los armarios y cubrimos la mesa con un mantel recién lavado. La cocina quedó como si nunca se hubiese cocinado en ella, lo que nos otorgó el beneplácito de nuestra madre.

—Ven, antes de irnos quiero enseñarte algo —me dijo Diana, tirándome de la manga.

—¿Qué es?

—Ya lo verás.

Subimos a nuestra habitación y cerramos la puerta. Diana se agachó junto a la cama y sacó de debajo un pequeño objeto reluciente. Me lo acercó para que pudiese verlo con más facilidad, pero no quiso soltarlo. Era una piedra blanquecina muy brillante, algún tipo de cuarzo o algo similar.

—¡Qué bonita! Tiene forma de pez. ¿Dónde la encontraste?

—En la playa. Creo que es un fósil.

—Ah, un fósil de pez, ¡claro!

—Hoy podemos buscar más. Este lo voy a usar en un regalo que estoy haciendo.

—¿Para quién?

—¡Para ti, tonta!

No era mi cumpleaños hasta muchos meses después, así que recibir un regalo en esa época era algo inesperado.

—¿Y qué va a ser?

—¡Siempre igual! Es una sorpresa, ya lo verás —dijo Diana, dejando otra vez el trozo de mineral en su escondite.

—¿Guardas mi regalo ahí también?

—¡Ni se te ocurra mirar! Como lo veas antes de que lo tenga terminado, se lo regalaré a mamá. O me lo quedaré yo.

—Vale, vale, no miraré.

Nuestra madre llamó a la puerta.

—Chicas, ¿estáis listas? Vuestro padre os está esperando abajo.

—¡Ya vamos, mamá!

—¿Dónde está mi sombrero? —se preguntó Diana.

—En el armario —predijo con exactitud mi madre desde el pasillo.

La virazón arrastraba el aroma del mar hasta nuestra casa como parte de una llamada a la que era imposible resistirse. En cuanto salía al porche, mis pies se giraban hacia él y empezaban a moverse guiados por el influjo del salitre en mis pulmones. Era ese tipo de olor que hipnotiza y atrae sin necesidad de agarrar por el cuello; ese que conocen bien los marineros y del que nunca se pueden separar una vez que lo han respirado por primera vez.

Salimos caminando los tres, papá con su abrigo de lana y nosotras ataviadas con nuestros vestidos de domingo y unos sombreros de macramé que yo pronto me quité. Íbamos muy elegantes, a juego con una primavera que se recreaba en los albores del rigor estival. Mamá solía ir a la playa por las mañanas, cuando el aire todavía era fresco y el sol no calentaba demasiado, pero por las tardes prefería quedarse bordando en la puerta de casa o leyendo novelas románticas. Bajamos por el estrecho sendero que se abría paso entre las docas y bordeamos las dunas hasta enlazar con el camino de tierra que conducía hasta el faro, situado en una explanada libre de vegetación en la cima de una pequeña loma. Desde ella se ofrecía una magnífica panorámica de la playa y de los acantilados que se elevaban más allá de la frontera con las olas.

Encallado en la arena sesteaba el esqueleto de una vieja barca sobre la que se posaban los cormoranes cuando esta conseguía asomarse por encima de las aguas. Aunque habíamos estado muchas veces entre sus cuadernas sin encontrar nada interesante, Diana estaba segura de que por algún lado aguardaba todavía enterrado un viejo cofre lleno de joyas y monedas de oro. Yo le había repetido en varias ocasiones que aquella no era más que una barcaza de pesca ruinosa que nadie se había molestado en retirar, pero su imaginación la transportaba mucho más allá. Impulsivamente, me dejaba arrastrar por ella y pasábamos buenos momentos simulando ser rudos piratas arribando con nuestro galeón a una isla desierta. Cuando nuestro padre nos llamaba, yo regresaba al mundo real de inmediato. Nuestros enemigos y sus navíos desaparecían, la isla misteriosa volvía a ser una playa cercana a nuestra casa y nosotras

un par de niñas con muchos sueños en la cabeza. Pero para Diana era diferente, quizá porque ella también lo era. Diana seguía hablando como si estuviese en ese otro lugar durante horas, en ocasiones hasta la noche, cuando apoyaba sobre una silla su pata de palo y se acostaba en su camarote dispuesta a dormirse mecida por la marea.

Al llegar junto a la elevación del faro, comenzamos a subir las escaleras excavadas en la tierra bajo el vuelo de las gaviotas, que graznaban nerviosas por nuestra cercanía a sus nidos. Naciendo en el último peldaño, se extendía un verde prado en el que las pisadas de los visitantes habían dibujado en tonos marrones un camino hasta la torre luminosa. Nos acercamos al borde del acantilado para contemplar la grandeza del mar, sus lejanos brillos de plata y su despliegue de fuerza a los pies de las rocas. Posamos la cometa en el suelo y extendimos un buen trozo de cuerda. Diana cogió los mandos y, con cara de emoción descontrolada, empezó a correr tirando de ellos. La cometa se arrastró por la hierba varios metros hasta que, tras dos o tres intentos fallidos, despegó decidida hacia el cielo. Mi hermana fue soltando hilo para hacerla ganar altura mientras el pájaro de tela coloreada desafiaba a las fieras ráfagas de viento. Al poco, la cometa alcanzó cierta estabilidad y le pedí que me cediera el control. Ella no estaba del todo satisfecha con el tiempo que le había correspondido, pero su carácter generoso la llevó a aceptarlo. Volamos la cometa, intercambiándonosla, durante casi una hora mientras nuestro padre, sentado en una piedra, fumaba tabaco de pipa y dibujaba a carboncillo en un bloc de bolsillo. Después de hacerla bajar a tierra, extendimos una manta a la sombra del faro para descansar un rato y merendar.

—¿Qué has pintado? —le pregunté a papá, apartándome los pelos de la cara. Diana era más lista en ese sentido que yo, y siempre llevaba el cabello recogido en una coleta, o controlado bajo el sombrero, pero a mí me gustaba dejarlo libre, algo que en ocasiones como aquella suponía un problema.

Papá nos lo enseñó, aunque ya sabíamos lo que era. Siempre nos dibujaba a nosotras junto al faro, volando la cometa. A veces desde lejos, otras veces a modo de retrato, desde detrás, desde el mar, desde el cielo… El encuadre variaba pero, en esencia, la escena era una y otra vez la misma. En aquella ocasión nos había dibujado de espaldas, con la enorme masa de agua salada al fondo. Me pareció un dibujo precioso.

—¿Vas a guardarlo con los demás? —le pregunté.

—Ya veré lo que hago con él —me respondió, pensativo.

Tras merendar, quisimos volver a jugar con la cometa, pero en cuestión de minutos un banco de bruma marítima se elevó sobre la costa provocando un descenso brusco de la temperatura. El viento se volvió desagradable y empezó a portar partículas sólidas que amenazaban con metérsenos en los ojos. Papá resolvió que era un buen momento para volver a casa.

Al entrar por la puerta, el olor a carne asada nos hizo olvidar la merienda y ansiar que llegase pronto la hora de cenar. Mamá estaba en el patio trasero recogiendo unas sábanas del tendal ante la más que evidente previsión de lluvia. Aprovechamos su ausencia para coger unas cuantas galletas con nueces de la alacena y, mientras esperábamos a que alguien nos recordase que había llegado la hora del baño, subimos a la habitación a comérnoslas escuchando los viejos vinilos que mi padre guardaba con tanto esmero. La mayoría eran piezas de compositores clásicos interpretadas por grandes orquestas europeas que había ido coleccionando a través de un dominical. No eran, por tanto, ediciones de gran valor monetario, pero lo que contenían era para nosotras el pasaporte hacia un mundo fantástico lleno de magia y colorido que poco tenía que ver con los paisajes aburridos que traían pintadas en sus carátulas. Cuando al girar sobre el plato empezaban a sonar sus melodías, nuestra imaginación se llenaba de mariposas agitando las alas sobre ríos de aguas claras y prados repletos de flores, con nosotras volando entre ellas.

Éramos felices, quizá demasiado, y no estar preparadas para el sufrimiento hizo que en los meses venideros el dolor que se propagó por nuestras vidas fuese tan devastador. En especial para Diana.

III

14 de julio de 2019
6 días antes del Año de Incertidumbre

—Alguien cercano a ti te traerá malas noticias.

—¿Es el mío?

—Virgo.

—Pues vaya una forma de empezar la semana. Esperaba haber agotado mi mala suerte con la avería de ayer.

—¿Problemas con esa vieja lata?

—El catalizador. Por lo visto se ha roto.

—¿El catalizador? Uff… Pues ponte en lo peor.

—Sí, lo sé.

—Bueno, te subirá algo la factura, pero supongo que es importante controlar las emisiones si queremos que nos dure un poco más este planeta.

Ronnie dejó el periódico sobre la mesa, satisfecho de su alegato.

—Me alegra verte tan concienciado —aprecié—. Aunque lo de «supongo» lo haya estropeado un poco.

—¡Eh! ¿Qué insinúas?

—Recuerdo que cuando vivíamos juntos te costaba reciclar.

—¡Ni hablar! Lo que pasa es que tú querías separarlo todo, y yo había cosas que no sabía si iban con los envases o con el cartón. Ahora en mi casa reciclo mucho más.

—Eso está muy bien. Pronto estarás preparado para pasar a la siguiente fase.

—¿Qué fase? ¿Comerme la basura para hacerla desaparecer?

—¡Oye, pues sería una buena opción!

—Qué graciosa eres…

—Me refiero a generar menos residuos comprando envases más grandes para rellenar los que ya tienes, o productos con menos plástico en sus envoltorios.

—¿Quién ha dicho que hace eso? ¿El último Nobel de medioambiente?

—Yo lo hago. Y mucha otra gente que conozco.

Ronnie me miró como si me faltara un tornillo.

—Bueno, ¿y qué dice el tuyo? —quise saber, como forma de cambiar de tema.

—¿Mi horóscopo? Ni idea, no lo he mirado.

—Ah. —Era casi seguro que sí lo había mirado—. Entonces, según el periodista que ha escrito eso, ¿debo esperarme lo peor?

—Yo diría que sí.

—Genial…

El camarero se acercó con dos granizados y los dejó sobre unos posavasos en nuestra mesa. Puede que en la calle hiciese frío, pero en el interior de la cafetería la temperatura alcanzaba los veintimuchos grados.

—Hola, Daniela —saludó alguien detrás de mí. Era Marcelo, nuestro director de orquesta.

—Marcelo.

—Quería felicitarte expresamente, tu interpretación esta tarde ha sido magnífica.

—Viento sonó potente. Eso le dio carácter a las melodías.

—Puede ser… ¡Oh! Discúlpame.

El teléfono de Marcelo se había puesto a vibrar en su bolsillo y, al percatarse, este se alejó de la mesa para contestar a la llamada.

—¿«Discúlpame»? —enfatizó Ronnie— ¿Segunda persona del singular? Muy apropiado, viniendo de él.

—Lo ha dicho muy rápido. Normalmente, uno se disculpa usando frases hechas o simples palabras, las primeras que le vienen a la cabeza. No creo que le haya dado tiempo a pensar: «Oh, me están llamando. Debo atender la llamada. Estoy hablando con dos personas. Me excusaré ante ellas y me separaré de su mesa para contestar».

Pero él prefirió ignorar mi ironía e insistir en su corajina.

—Bueno, técnicamente él solo estaba hablando con una persona.

—¡Pero qué tonto eres!

Ronnie acercó su boca a las dos pajitas de colores apoyadas en el lateral del vaso y sorbió como un mosquito sediento la mitad de su granizado.

—Cuando lo vi venir, supuse que tus malas noticias estarían al caer —dijo, tratando de disimular el agudo dolor en las sienes que el frío le había provocado.

—Pues parece que estabas equivocado. Tan solo ha venido a felicitarme.

—Te recuerdo que todavía no ha acabado contigo.

Negué con la cabeza. En ocasiones, Ronnie me recordaba al actor principal de una película que había visto de niña. No recuerdo

su nombre, pero aparecía un detective muy serio que cada poco decía: «Disculpe, todavía no he acabado con usted». Durante los cuatro años que estuvimos juntos escuché esa frase tantas veces que acabé aborreciéndola. Desde la perspectiva de la distancia, poco a poco empezaba a resultarme divertida.

—Perdona, Daniela, que te he dejado a medias —se excusó Marcelo al regresar a nuestro lado. Parecía bastante estresado, aunque en general, él era la típica persona que vivía siempre desbordada por los acontecimientos. Siempre nervioso, siempre ajetreado, siempre con un pico de la camisa por encima del cinturón. Basándome en la influencia positiva que la música tenía en mí, a menudo me preguntaba cómo sería su vida si no se dedicase a explorarla y fuera, por ejemplo, un conductor de autobús.

—No te preocupes. Las llamadas siempre hay que atenderlas.

—Sí, especialmente algunas. Era la chica de nuestra agencia de viajes. Este año se le ha ocurrido a mi mujer la genial idea de veranear en Yalong y no te imaginas la cantidad de decisiones que hay que tomar para visitar un lugar tan pequeño.

—Estamos en julio. ¿No es un poco pronto para pensar en el verano?

—Sí, así debería ser. Pero reservando con tanta antelación los viajes resultan mucho más económicos.

—Entiendo.

—Ella elige el destino, pero es a mí a quien me toca lidiar con la logística. ¡Qué dolor de cabeza! —se quejó, frotándose la cara—. Oye, ¿te vendría bien tomar un café conmigo el fin de semana y empezamos a preparar lo que va a ser el concierto de primavera?

—¿Es que no vamos a seguir la misma partitura?

—Me gustaría evitarlo. A veces suena un tanto manida. He pensado en añadir una base de percusión a la parte central, antes de las *lalalá, pom, pom-pom-pom, pom, pom-pom-pom*…

—Ya… —Traté de poner cara de estar dudando—. Quizá fuese mejor trabajarlo con todo el grupo a la vez, ¿no crees?

—Sí, claro. Pero primero me gustaría contar con tu opinión. No quisiera presentarla ante la orquesta y que todos me considerasen, ya sabes, demasiado osado. Oh, vaya, el teléfono otra vez. Bueno, piénsatelo y me lo confirmas en el próximo ensayo, ¿vale?

—Vale, sí.

—No obstante, tienes mi teléfono…

—Mejor no te molesto con eso, ya sufres demasiadas llamadas.

—Discutir sobre partituras nunca es molestia para mí —

argumentó sonriendo—. Que tengas una buena tarde, Daniela. Hasta mañana.

Marcelo se dio la vuelta y salió presuroso de la cafetería. Mientras, Ronnie le seguía con una mirada enclavada en un rictus de total autocomplacencia.

—Marcelo, Marcelo… Menudo personaje. Ahí tienes tus malas noticias —dijo, feliz por habérselo olido.

—No es para tanto. Además, con decirle que no, será suficiente.

—Ya, ya…

—Oye, que ese hombre está casado, si es que vas por ahí.

—¿Y qué? Es un pánfilo de manual. De los que llenan las redes con fotos de los cumpleaños de sus hijos, como si a los demás nos importasen esos sacos de mocos.

—¿Acaso has visitado su perfil?

—No, no es alguien que me interese en absoluto.

—Me alegra saberlo.

—Digamos que ver a su perro durmiendo me robaría un tiempo que puedo emplear en cosas mucho más interesantes.

—¡Vaya!

—¿No me crees?

—Claro que te creo. Es solo que me hace gracia que tengas celos a estas alturas.

No sé por qué, pero Ronnie se sintió en la obligación de justificarse.

—Bueno, no me dirás que tú no sientes celos cuando me ves con Megan.

—No los siento.

—¡Venga ya! ¿Ni siquiera unos pocos?

—Cero.

—Ya veo, sigues siendo tan dura como siempre, ¿eh?

—Psé.

Ronnie empezó a machacar los restos de hielo sin sabor que quedaban en el fondo de su vaso con una de las pajitas.

—La cuestión es que…

—Oye, me tengo que ir —le corté. No quería que la conversación derivase hacia según qué derroteros—. Debo hacer un montón de cosas todavía.

—Ya, bueno. ¿Nos vemos otro día?

—Sí, lo vamos hablando. ¿Te parece?

—Claro. Mañana temprano viajo a Hong Kong y estaré allí una semana. Cuando vuelva te llamo o me acerco a verte a algún ensayo.

—¿Temas de trabajo?

—Sí, lo de siempre, reuniones con un cliente para cerrar los flecos del próximo contrato.

—Pues como quieras, aquí puedes venir siempre que te apetezca. Pero no sé si la semana que viene podré tomar algo contigo al acabar. Necesito darle un empujón a varios artículos que estoy preparando para unas revistas.

—Sin problema. ¿Cómo va tu consulta?

—Genial —respondí mientras me levantaba de la silla—. Nunca había tenido tantos pacientes.

—El mundo está cada vez más loco, ¿verdad?

—Somos las personas las que cada vez vivimos con más miedos y preocupaciones, no le podemos echar la culpa al mundo.

—Claro.

—Bueno, que tengas un buen viaje. Ya nos veremos.

—Gracias. Y tú cuídate.

—Lo haré. Dale recuerdos a Megan.

—De tu parte. Adiós, Daniela.

Al salir del conservatorio vi que el tiempo había mejorado y decidí ir caminando hasta casa. Me paré a comprar la cena en el *bistro* De la Cruz y crucé los jardines de Fitzroy esperando no encontrarme demasiada gente patinando. Estábamos en ese periodo del año en el que ya había empezado a oscurecer pronto pero las farolas aún tardaban en encenderse y se hacía difícil ver el suelo bajo los pies. Los patinadores miopes eran un peligro tras cada esquina y no quería que mi integridad física fuese dañada ni que mi violín acabase volando por los aires antes de hacerse pedazos.

Me sorprendió lo fría que era la brisa, algo que parecía haber ahuyentado a la mayoría de paseantes que otras tardes solían frecuentar el parque. Tan solo los que lo utilizábamos como ruta de paso y algunos mimos con atuendos sencillos, nos dejábamos ver serpenteando por los asfaltados riachuelos que zigzagueaban a través de los castaños. No obstante, aunque el paseo no fuera todo lo gratificante que me hubiera gustado, agradecía tomar un poco de aire fresco y escuchar algo de música proveniente de la naturaleza.

Por desgracia mi dicha duró poco. Nada más abandonar la zona arbolada por Lansdowne con Wellington me sorprendió un chaparrón breve pero suficiente para calarme en mi trayecto apresurado hasta los soportales. Esperé a que me sobrepasara la nube y continué hacia el norte por Spring St. esquivando charcos a izquierda y derecha, y vigilando que no me alcanzasen las salpicaduras de los coches.

Ya cerca de mi portal, me metí en una tienda y me aprovisioné de leche, huevos y esos deliciosos bizcochos de nata que me hacían enloquecer desde la infancia. Seguramente, echando cuentas, me habría comido unos tres mil a lo largo de mi vida, y esos eran muchos bizcochos. No sería descabellado visitar la fábrica y exigir por escrito tener un retrato en el despacho del director. Eché un vistazo a las revistas de música por si había alguna novedad interesante a la que prestar atención. Aunque lo mío fuese el violín y me dedicase a tiempo parcial a la música clásica, los sonidos más modernos también ocupaban un lugar destacado en mi colección de vinilos. Recopilatorios de temas antiguos, giras de despedida y entrevistas sin mucho interés ocupaban las portadas, sin hacer mención a ninguna novedad importante. Opté por no comprar ninguna de las publicaciones, temiendo que el interior fuese tan anodino como sus titulares destacados.

Al entrar en el portal, el señor Francisco me dio las buenas tardes de un modo lacónico y me entregó el paquete que había dejado un mensajero para mí. Por el remitente y el tacto acolchado del sobre, supuse que eran las camisetas que había pedido dos meses antes a China. Como siempre, la paciencia era la mejor aliada cuando se realizaban compras en las surtidas webs del gigante asiático.

—¿Va todo bien, señor Francisco?

El señor Francisco llevaba siendo el portero de mi edificio durante los últimos cuarenta años. Antes que él solamente hubo otro encargado del mantenimiento que también había estado un periodo de tiempo bastante largo, aunque creo que no tanto. Obviamente, a aquel no llegué a conocerlo.

—Sí, sin novedad, gracias. ¿Sigue teniendo problemas con la humedad en el salón?

—Por ahora no, pero sospecho que aquella mancha no tardará en reaparecer.

—Es una pintura buena, pero si la ve volver a salir, avíseme con premura.

—Lo haré —le prometí mientras abría el buzón. Estaba vacío—. ¿Qué tal su hijo?

—¿Antonio?

—Sí. —No sabía que tuviese otro—. ¿Sigue en Chile?

—Sí. Ya le he dicho varias veces que se venga para acá, que iba a encontrar trabajo a poco que buscase. Pero siempre me dice lo mismo, que aquella es su casa y que no quiere moverse. En fin, cada uno busca lo mejor para sí mismo, es natural.

—Claro.

Me acordé de mi madre. Ella también me sugería cada dos por tres que me fuese a vivir a Sídney. Debía tratarse de un mal común entre los progenitores, pero era entendible. A nadie le gusta vivir lejos de sus hijos.

—Bueno, voy subiendo, que tengo un hambre canina. Gracias por el paquete, y buenas noches.

—Que Dios la guarde.

Me despedí de nuevo del señor Francisco y esperé a que llegase el ascensor. No tuve que usar el pulsador porque alguien se encontraba ya bajando en él, así que me limité a contemplar cómo el indicador luminoso iba saltando de un número a otro de forma descendente.

Cuando las puertas se abrieron, dejaron paso a uno de los personajes que menos me agradaba de todo el edificio: Desmond Warren, un cincuentón de aspecto extravagante con varias denuncias por acoso sexual a sus espaldas. Algunas de ellas provenían de vecinas a las que observaba desde la ventana de su aseo o que le acusaban de haberles robado la ropa interior de su tendal. Por suerte, vivía dos pisos por debajo de mí, en la misma letra, así que mis ventanas estaban fuera de su campo visual. Cuando nos cruzábamos en el portal, solía mirarme de arriba abajo con aquellos ojos empequeñecidos tras sus gruesas gafas de pasta y sonreía como una comadreja. Vivía solo, como era de esperar y, que yo supiese, nunca había tenido pareja. Solo de pensar en cómo sería su casa por dentro, me entraban escalofríos. Tenía entendido que trabajaba de tasador inmobiliario en alguna empresa del centro de Melbourne, pero nunca lo había visto en acción.

—Buenas noches, señorita —soltó el señor Warren, esgrimiendo otra vez su estúpida sonrisa.

—Buenas noches —contesté, tratando de bordearlo para entrar en el ascensor cuanto antes.

—¿Hace buen tiempo ahí fuera?

—No.

—Aunque claro, lo de buen tiempo es relativo. A mí, por ejemplo, me encanta la lluvia. Hace que el ambiente se llene de olores intensos.

Desmond Warren olisqueó el aire a su alrededor.

—Me encanta esa colonia… ¿Marc Jacobs?

—No. Una barata.

—Cualquier perfume barato, portado con clase, puede adquirir la categoría de elixir.

Sentí una convulsión en la boca del estómago más propia del final de una juerga etílica que del portal de un bloque de viviendas. Pulsé repetidas veces el botón del quinto piso hasta que por fin las puertas se cerraron poniendo tierra de por medio entre el señor Warren y yo. Me daba una pereza enorme toparme con él.

Mientras subía en el ascensor, aproveché para abrir el sobre y echar un primer vistazo a mis nuevas adquisiciones. Lo único para lo que me sirvió, fue para descubrir que ambas camisetas habían sido enviadas en una talla equivocada. Eran poco más grandes que unas prendas para niñas de cuatro años. Para colmo, tampoco eran los modelos que había solicitado. Una de ellas llevaba estampado un oso panda bonachón y la otra una insulsa mariposa blanca y rosa. Resoplé. Me iba a tocar devolverlas y reclamar para que me las enviasen de nuevo en su tamaño correcto. Parecía que, en efecto, el horóscopo había tenido razón al predecir una jornada de infortunio. «¿Estarán teniendo un día tan aciago todos los virgos del planeta?», me pregunté.

Cené mi bocadillo de atún en silencio, regándolo con una buena copa de vino. Después, fregué los platos y salí a la terraza a encenderme un cigarrillo —aunque terminé por dejarlo, por entonces todavía fumaba más de lo que debiera—. Estaba segura de que en algún lugar cercano alguien me veía hacer lo mismo cada noche y le recordaba a una especie de faro que con cada calada hacía brillar una lucecita que indicaba a los barcos su posición.

Había dejado de llover y las nubes comenzaban a dispersarse hacia la costa. Miré al cielo y una vez más añoré la época en la que podía ver en él nítidamente las estrellas. Desde hacía años parecía que el cielo ansiaba convertirse en una cúpula negra vacía e inexpresiva. O esa impresión me daba a mí. No recordaba si estando en Melbourne las había llegado a ver como de pequeña; mis recuerdos me transportaban siempre a una edad más temprana, en la que todavía vivía con mis padres. En el presente, varios carteles luminosos anunciaban desde lo alto de los tejados aceites de motor, cervezas y automóviles que todos debíamos conducir.

La luz artificial desvió mi atención hacia las diferentes ventanas repartidas por los edificios más próximos. Aunque me limitaba a observar las escenas cotidianas con el mismo interés con el que podía seguir el caminar de una mosca sobre la mesa, de algún modo me relajaba contemplar a las personas en su propia realidad. Descubría gente cocinando, viendo la tele, guardando la ropa en sus

armarios… Las cosas típicas que uno puede realizar en función de la estancia de la casa en la que esté.

En la ventana del pintor no había nadie, supuse, porque la luz estaba apagada y lo más lógico sería que pintase con ella encendida. Me pregunté una vez más qué aspecto tendrían sus cuadros. Su trípode estaba colocado siempre de lado, por lo que nunca veía su lienzo ni sabía cómo de avanzado llevaba su trabajo. Tampoco me enteraba de cuándo terminaba un cuadro y empezaba con el siguiente, porque sus tamaños siempre eran muy similares. El pintor era un hombre de cincuenta y tantos años, moreno, con un ligera barba y una bata blanca. No solía topármelo por la calle con frecuencia, lo que me había hecho hacerme de él la idea de un hombre solitario y reservado. Pero también era verdad que no había tiendas de pintura por los alrededores, lo que podría hacerle salir siempre con su coche por el garaje, de ahí que no lo viese a menudo. Dos pisos por encima de él residía el chico informático. Al igual que el pintor, creía que vivía solo en casa, pues nunca veía a nadie llegar por detrás para avisarle de que la cena estaba lista, ni aparecía ninguna otra persona en las habitaciones contiguas. El chico informático se pasaba horas y horas tecleando frente a su portátil, lo que me hacía suponer que trabajaba desde casa. Tampoco estaba en su domicilio. ¿Qué pasaba? ¿Habían quedado ambos en el bar para ver un partido de la Super Bowl? Nah, era poco probable que a alguno de ellos le interesasen los deportes.

Pese a que también los observaba de vez en cuando, el resto de personajes de su edificio no me interesaban demasiado. Eran en su mayoría personas dedicadas en cuerpo y alma a calentar sus sofás o a discutir con sus cohabitantes a saber de qué tonterías. En un bloque adyacente, una pequeña chimenea dejaba escapar una fina columna de humo. Me parecía raro que alguien estuviese calentando su casa porque, a pesar del mal tiempo, la temperatura era bastante agradable tanto fuera como dentro.

Vivir en un ático me brindaba una visión privilegiada del vecindario y una mayor cercanía al cielo, principal motivo por el que me decidí a alquilarlo. O quizá me influía más el deseo de mantenerme lo más lejos posible de la gente de las calles y aún no me daba cuenta.

Miré hacia arriba otra vez. No sé por qué, pero desde siempre había sentido una fascinación muy especial por el universo. Bueno, en realidad no desde siempre. Acabábamos de estrenar 1997 y en el cielo se empezó a vislumbrar un luminoso cometa. En la televisión dijeron que se trataba del Hale-Bopp —en honor a sus

descubridores—, y que brillaría más que ningún otro cometa en muchos años. Yo me encontraba con él casi cada noche y lo observaba durante un buen rato antes de meterme en la cama. Cuando llegó mi cumpleaños, les pedí a mis padres que me compraran un telescopio, y desde mi habitación pude empezar a verlo como nunca antes lo había hecho. Recuerdo los leves temores a quedarme tuerta por pasar tanto tiempo con un ojo guiñado, pero el arriesgarme a ello era ampliamente recompensado por la espectacular visión de aquel mágico cuerpo de dos colas.

El cometa nos acompañó durante un año y medio, más o menos, y luego desapareció. Se fue perdiendo poco a poco en la negra inmensidad del universo, como un tren engullido por un túnel que atravesase una enorme cordillera. Durante el tiempo que compartimos nos observó, aprovechó la oportunidad para conocernos un poco más. Aprendió todos nuestros secretos, comprobó nuestras virtudes y constató nuestras miserias, y se fue a descubrir otras civilizaciones extraterrestres a muchos millones de años luz. A menudo me pregunté qué lugar en su ranking de civilizaciones ocuparíamos los humanos. ¿Estaríamos entre las cinco primeras? Al menos no le tocó vivir uno de nuestros peores años. Acabábamos de clonar una oveja, Bill Clinton comenzaba su segundo mandato y Diana de Gales moría en un accidente de coche en París. Aunque no sabía si al cometa esas noticias le importarían demasiado.

«Ay, el Hale-Bopp… ¿Dónde se encontrará ahora mismo?» En la televisión nunca volvieron a nombrarlo. Lo despacharon diciendo que no nos visitaría otra vez hasta pasados cuatro mil años. Fue como si estuviesen hablando de una de esas personas que te cruzas en algún momento de tu vida y se va sin dejar ninguna huella en ti. Pero para mí significó mucho más. Fue un brillante viajero de los cielos que en pocos meses me conoció mejor que nadie y se llevó a cuestas todos mis miedos y pesares. Cuatro mil años. «¿Quién sabe? —pensé— Igual para entonces vuelve cargado con las soluciones a todos nuestros problemas». Lo malo es que ni yo ni nadie viviríamos lo suficiente para poder escucharlas.

Consciente de que la función vecinal carecía de sus más notables personajes, apagué lo que quedaba del cigarrillo en el cenicero y me dispuse a regresar al interior, pero un fogonazo repentino captó mi atención. En el piso del informático —empezaré a llamarle Omar, ya que hablaré bastante de él—, alguien se movía blandiendo una linterna. Al principio creí que era el propio Omar quien, obviamente, ante la ausencia de corriente en su casa no había

podido utilizar su equipo más allá de las dos horas escasas de batería —luego supe que poseía un sistema de alimentación ininterrumpida para casos como aquel—. Pero pronto los haces de luz se multiplicaron delatando la presencia de más de un individuo. Había varias personas rondando por las habitaciones del piso, y probablemente ninguna de ellas fuera su dueño. ¿Ladrones? Tal vez, la casa seguro que estaba repleta de cachivaches tecnológicos de gran valor. Sin embargo, no, no eran ladrones.

Al poco alguien accionó un interruptor y una de las habitaciones se llenó de claridad. Otros fueron haciendo lo mismo por toda la casa hasta dejarla del todo iluminada. Entonces me di cuenta de quiénes eran aquellos hombres. Policías. ¡Eran todos policías! ¿Pero…? ¿En qué lío se habría metido el chico informático? Rogué que no hubiera cometido ningún delito grave. Desde la distancia, él me caía bien y no quería que mi percepción se viese empañada tan de repente. Uno de los hombres hablaba por teléfono, mientras que el resto registraba su casa de manera exhaustiva.

Al cabo de un rato, los policías recogieron su ordenador, supongo que varios discos duros externos y alguna memoria auxiliar, y se fueron de la vivienda. Como la entrada del edificio daba a otra calle perpendicular a la mía, no los pude ver salir por el portal.

Me quedé intranquila. Pensé una y otra vez en los motivos por los que la Policía podría tener interés en registrar un domicilio particular y ninguno me aliviaba. Al final me fui a la cama un tanto desconcertada, pero presa de un cansancio de efectos irreversibles que hizo que pronto me quedase dormida.

Tal vez propiciada por el encuentro con Desmond Warren, tal vez por la impresión que me produjo ver a la Policía inspeccionando la casa de mi vecino, o tal vez, nada más, porque el subconsciente es terco y timorato, durante toda la noche padecí una recurrente pesadilla. Dejo lugar a la duda porque no era la primera de ese tipo que sufría en los últimos meses y las circunstancias siempre habían sido distintas. Puede que mi contexto vital fuese suficiente para desatar esos reiterados tormentos mentales, que disfrutase enzarzándose con mi almohada de vez en cuando. El caso es que me costaba encadenar varias noches de reparadora quietud. Es posible que algún experto en el estudio de los sueños le encontrase explicación, pero nunca me decidí a consultar a ninguno. Supongo que mi orgullo profesional se empeñaba en autoanalizarme, creyéndose el mejor conocedor de mí misma, y eso me limitaba a buscar ayuda más allá de los diplomas que colgaban

en las paredes de mi despacho.

La pesadilla era extraña, difícil de clasificar o interpretar desde un punto de vista racional. Me encontraba en un lugar diminuto y oscuro, sola, como si me hubiesen secuestrado y arrojado a un zulo escondido en algún lugar del bosque, aunque no hacía frío ni tenía la sensación de estar en un espacio enterrado. A mi alrededor no había puertas ni ventanas, pero en ocasiones se oía hablar a alguien y se escuchaban sus pisadas. Seguramente fuese la persona que me había llevado allí, que cada poco se acercaba a comprobar que no me había escapado. El desenlace no llegaba nunca y me quedaba atrapada durante horas en un bucle cuya única salida era el despertar.

Al día siguiente el pintor retomó su actividad, pero no hubo ni rastro del chico informático. De no haber visto a nadie en su casa la noche anterior hubiera supuesto que se encontraba de viaje, visitando a algún familiar o en la presentación oficial de algún nuevo aparato. Pero la situación era diferente y eso me preocupaba.

En cualquier caso, no iba a tardar demasiado en descubrir qué se cocía alrededor de su repentina desaparición.

IV

15 de julio de 2019
5 días antes del Año de Incertidumbre

Durante todo el día hizo un tiempo horroroso. Apenas salí un rato por la mañana, y por obligación, a comprar algo con lo que preparar la comida, estando fuera solo lo imprescindible. Cuando volví a casa, me puse algo cómodo y me encerré en la cocina a improvisar frente a los fogones. Coyote miraba con aspecto somnoliento cómo iba sacando las verduras de las bolsas y las colocaba sobre la encimera. Nunca había sido un animal muy cariñoso y el no percibir olor a comida felina a mi alrededor le hacía perder pronto el poco interés con el que solía aguardar mis llegadas. Pensarás que Coyote es un nombre poco apropiado para un gato —al principio a mí me pasaba lo mismo—, pero con el tiempo me acabé acostumbrando. Venía escrito en la medallita que colgaba de su cuello cuando lo adopté, así que preferí respetarlo, a sabiendas de que iba a tener que estar continuamente dando la razón a quienes tildasen de curiosa su denominación.

Lavé y troceé la cebolla, los pimientos, los champiñones y el calabacín, y los fui añadiendo poco a poco a un *wok* en el que había calentado un buen chorro de aceite. Sazoné ligeramente las verduras y las regué con salsa de soja. No hubiera estado de más algo de pollo o ternera, pero hacía algo más de un año que había empezado a reducir la carne de mi dieta y prescindía de ella todo lo que podía.

Saqué una cerveza de la nevera y me senté a almorzar en la propia cocina. Seguía dándole vueltas a lo de anoche, pero hacerlo no me llevaba a ningún sitio.

Me había apresurado a sacar las verduras del fuego y la mayoría estaban todavía un poco duras. Di cuatro o cinco pinchadas más y las fui royendo como un conejo. Me consolé pensando que al menos me quitarían el hambre. Retiré los restos del plato y lo dejé en el fregadero. Apuré la cerveza y encendí un cigarrillo antes de salir a la terraza a tomar el aire. Tenía curiosidad por ver si el chico informático volvía a dejarse ver por su piso.

No fue así. Sin embargo, como ya adelanté, quien sí hizo acto de presencia fue el pintor. Ataviado con su bata blanca y una paleta en la mano, repartía toques de color sobre su lienzo de algodón imprimado.

Entonces sucedió algo extraordinario. Tras unos diez minutos de calculados retoques, el pintor dejó sus utensilios sobre la mesa y salió de la habitación. Al poco, regresó con una silla en la mano, la situó frente a la ventana y abrió esta de par en par. Se acercó al caballete, cogió el lienzo y lo posó sobre la silla, permitiéndome ver por primera vez una muestra de su arte. Seguramente tuviese prisa porque la pintura se secase pronto, no lo sé, pero fuese lo que fuese lo que provocó su acto, tuvo unas consecuencias en mí que nunca hubiera podido imaginar.

Al principio no lo vi bien —de improviso podía tratarse de cualquier cosa—, pero tras unos segundos, la imagen fue adquiriendo su propia personalidad. No me lo podía creer. Era imposible que ese hombre hubiese pintado semejante cuadro. Apagué el cigarrillo contra el cenicero y corrí a mi habitación. Busqué en un cajón mis viejos prismáticos y regresé a la terraza. No veía al pintor, pero su obra seguía apoyada en el respaldo de la silla, arrojando hacia mí un intenso hálito de perplejidad. Levanté los prismáticos y pegué mis ojos en ellos. Era imposible, sí, pero era cierto. ¿Cómo podía haberlo hecho? ¿Acaso él estuvo allí? Tenía que preguntárselo. Conté los pisos desde la calle para cerciorarme: uno, dos, tres. No sabía la letra de su puerta, pero probaría hasta dar con ella. Entré en casa, dejé los prismáticos sobre la mesa del salón y me calcé las botas. Agarré el chubasquero y abrí la puerta de casa.

—¡Vuelvo enseguida, Coyote!

Pero al poner mis pies sobre el felpudo, la irritante voz de Desmond Warren ascendió por las escaleras y reptó hasta ellos bloqueándolos de inmediato. Estaba hablando con algún vecino, aunque no entendía lo que decían. Maldije en voz baja. Por nada del mundo quería topármelo en el ascensor y mucho menos bajar hasta el portal en su compañía. Dudé unos instantes, pero al final decidí volver a entrar en casa y esperar a que se fuera.

Coyote me lanzó una mirada impávida desde su cesta y se acomodó buscando una nueva posición. Apoyé mi espalda contra la puerta, todavía alucinando. No podía ser fruto de la casualidad, era una imagen demasiado precisa, demasiado fidedigna. Seguía oyendo las voces de mis vecinos llegando desde abajo. «¿Es que no se van a ir nunca?»

El teléfono empezó a sonar, y siguió haciéndolo en lo que me recompuse del ataque cardiaco, salté sobre el sofá y empecé a rebuscar entre los cojines. Era una de las situaciones más estresantes que recordaba. Finalmente, pude dar con el aparato, pulsar el botón de aceptar la llamada y acercármelo a la oreja antes de que colgasen.

—¡Daniela! ¡¿Estás viendo la tele?! —dijo un hombre al otro lado del auricular.

—¿Ronnie? —pregunté, aunque ya había reconocido su voz. Parecía muy alterado.

—¿Te has enterado de lo que han dicho? ¡Oh, dios mío!

—Ronnie, ¿estás ya en Hong Kong?

—¡Sí, sí! ¡Oh, Dios!

—Ronnie, cálmate y dime despacio qué te pasa.

Pero Ronnie no parecía estar próximo a calmarse.

—¡Joder! ¡Esto va a ser el caos!

—Oye, habla más despacio, ¿quieres?

—¡Es mejor que enciendas la tele y lo veas con tus propios ojos! A mí no me salen las palabras.

—¿Ya has terminado de trabajar?

—¡Por favor, hazme caso y enciéndela!

—Está bien, dame un segundo. Debo buscar el mando.

Lo encontré sobre la mesa, escondido bajo unas revistas de naturaleza y, siguiendo sus instrucciones, encendí el televisor. La primera cadena que apareció fue la 14Tv, seguramente la última que había sintonizado. No me acordaba de qué demonios había visto, lo que indicaba lo mucho que había significado para mí aquella experiencia. En esos momentos estaban poniendo un concurso bastante ridículo que nunca me había parado a ver. Me acerqué el teléfono de nuevo al tímpano. Ronnie estaba callado al otro lado, pero le oía respirar profundamente.

—¿En qué cadena lo tengo que poner?

—¡No importa! ¡Lo están diciendo en todas! ¡No hablan de otra cosa!

—Está bien. A ver…

Pulsé el botón para avanzar de programa tres o cuatro veces. Me topé con un serial de aspecto antiguo, un anuncio publicitario centrado en las amas de casa y una película del Oeste, antes de llegar a un boletín informativo. El presentador hablaba de las tremendas inundaciones que en Indonesia habían anegado pequeños pueblos y campos de cultivo. Apareció, como no podía ser de otro modo, la imagen de un hombre siendo rescatado por un helicóptero

del tejado de su casa.

—¿Te preocupan las inundaciones?

—¡¿Qué?! ¡No, no! ¡No es eso! ¡Hablo del maldito…!

En esos momentos la línea se cortó, dejándole a él con la palabra en la boca y a mí con el oído lleno de interrogantes. Me pregunté qué estaría viendo para haberse alterado tanto y haberme llamado para contármelo. Marqué su número en el teléfono y esperé, pero la línea estaba comunicando. Repetí la operación dos veces más con el mismo resultado y al final desistí. Ya probaría más tarde. O tal vez consiguiese llamarme él a mí primero.

Sin embargo, no sucedió ni una cosa ni la otra y nunca más volví a hablar con Ronnie.

V

16 de julio de 2019
4 días antes del Año de Incertidumbre

Ronnie y yo nos habíamos separado hacía dos años. Fue un momento duro, no lo voy a negar, pero quizá el tener ya cierta edad por aquel entonces, me hizo relativizar un poco y ver la situación desde una perspectiva más abierta. Antes de estar con él ya había pasado por alguna relación que otra y sabía que la mayoría de las cosas —evitaré decir «todas»— tarde o temprano se terminan. Daba igual que fuesen años, relaciones, o películas en el cine. Todo tiene un principio y un fin, y si ambos habíamos decidido vivir nuestras vidas por separado, teníamos todo el derecho a hacerlo y ser respetados.

Desde entonces no había vuelto a tener una relación seria con ningún otro chico. Al principio no podía evitar tener la impresión de estar desperdiciando los mejores años de mi vida; sin embargo, esa percepción cambió pronto y fui aprendiendo a sentirme bien en mi propia compañía. Veía a Ronnie de vez en cuando porque, aunque él lo negara, ansiaba que nos diésemos una segunda oportunidad. Pero dos años es mucho tiempo, e incluso la nostalgia de nuestras vivencias ya solo era para mí como una vieja enredadera seca que se resiste a desprenderse del muro en el que un día habitó. Estaba ahí, sí, y vista desde lejos podría recordar su antigua razón de ser. Pero su momento de esplendor había pasado y, aunque uno se esforzase por regarla y ella respondiera, serían otros tallos los que naciesen, otras hojas… Nunca nada volvería a ser lo mismo.

Cuando quedaba con Ronnie me alegraba de volver a verlo, pero después de despedirnos, no podía decir que lo empezase a echar de menos. De hecho, de no ser por él, cualquiera de las veces que nos habíamos citado podía perfectamente haber sido la última. En cambio, desde aquella llamada truncada no había dejado de pensar en él. Me pasaba un buen rato a solas dándole vueltas, cada vez con más lucidez y preocupación, a la situación en la que podía encontrarse. Estaba segura de que le había pasado algo malo que lo

imposibilitaba a usar el teléfono, y quedarme de brazos cruzados esperando no era algo que lo fuese a ayudar. Sabía dónde se encontraban sus oficinas y el hotel en el que solía hospedarse, así que, pese a lo enorme de la ciudad, no sería como buscar una aguja en un pajar.

La tarde del día anterior había sido una locura. Después de la llamada, me había olvidado por completo del pintor y de su dichoso cuadro, y durante la noche apenas pude pegar ojo. El estrés me había mantenido activa como si hubiese tomado una droga cuyos efectos secundarios estaba ahora empezando a pagar. Me hallaba muy cansada y me quedaba por delante todo un día de consultas. No tenía la mente fresca para conectar con mis pacientes y mi situación no iba a mejorar.

Como si esa palanca que todos llevamos dentro y que marca nuestros impulsos más viscerales se accionase de repente, desterré de mi mente cualquier obligación laboral y me dirigí hacia el salón. Me senté frente al ordenador y pulsé el botón de encendido. Mientras el sistema operativo ponía en orden todos sus unos y ceros llamé a mi secretaria y le pedí que, por indisposición, cambiase todas mis citas inmediatas de día. Anette se sorprendió, pues, aunque fuese por fuerza mayor, era la primera vez que desatendía mi consulta. Me deseó una pronta recuperación y quedó en llamarme más tarde para ver si me encontraba mejor.

En cuanto la máquina terminó de arrancar, pinché sobre la barra del navegador y tecleé la dirección de la página web de Austral Airlines, la aerolínea que solía utilizar para viajar fuera del continente. Comprobé los vuelos disponibles a Hong Kong que me daba tiempo a coger y seleccioné el primero de la lista. Tenía tres horas para prepararme y llegar al aeropuerto; suficiente, teniendo en cuenta que no pensaba facturar.

Mientras mi petición de reserva se procesaba, abrí mi cliente de correo electrónico. Su contador me indicaba que tenía seis mensajes sin leer. Repasé sus asuntos de un vistazo. Entre ellos, para mi desesperación, se encontraban las notificaciones del propio proveedor de correo informando de que mis reclamaciones por la talla equivocada de mis camisetas no se habían podido entregar a su destinatario. Me pareció increíble que un gigante de la venta por internet tuviese colapsado su servicio de atención postventa, aunque, si todos los pedidos los preparaban con el mismo cuidado que el mío, no era de extrañar que media población mundial los escribiese a menudo. Decidí dejar pasar un par de días antes de intentar contactar con ellos de nuevo, por si se daban cuenta del

problema y lo solucionaban entre tanto. La verdad es que no tenía muchas ganas de llamar a China y ponerme a explicar el tema de las tallas a la teleoperadora de turno. Desde luego, el correo electrónico era de lo más cómodo, pero tenía un montón de inconvenientes.

Justo cuando iba a borrar una nueva invitación para rellenar una encuesta de satisfacción sobre mi gasolinera habitual, una notificación emergente me avisó de la llegada de un nuevo correo. Su remitente era un tal Bobbin Threadbare, nombre que me resultaba familiar pero que no supe situar en aquellos momentos. Al principio pensé que se trataba del clásico correo basura, pero el asunto captó de golpe mi atención. «Daniela, si tus ojos no pueden ver, mira a través de los míos». Suena cobarde, lo sé, pero debo reconocer que me asusté. Apagué rápidamente el ordenador y me quedé pensativa. Era ridículo, porque en mi casa solo estábamos Coyote y yo, y unas cortinas bastante gruesas cubrían las ventanas, pero en aquellos momentos tuve la sensación de estar siendo vigilada.

Traté de reponerme, pero por más que lo intentaba, no acababa de sentirme segura. Me había precipitado dándole al botón y no sabía si la compra del billete había llegado a completarse. Encendí otra vez el equipo y comprobé que había recibido la confirmación de mi reserva, imprimí la tarjeta de embarque y me fui a la habitación a meter en una maleta pequeña un par de mudas limpias y un básico neceser. Me pareció que no sería suficiente y saqué del armario mi maleta grande para llenarla con unas cuantas cosas más. Después llamé a un taxi y, mientras esperaba su llegada, preparé bastante comida y agua para que Coyote estuviese abastecido una semana. Renové la arena de su caja y me fui al baño a peinarme y echarme un poco de maquillaje que disimulase mis ojeras.

Cuando terminé, miré por la ventana. El taxi estaba esperándome frente a la puerta del edificio. En ese momento sonó el telefonillo. Era el señor Francisco para avisarme precisamente de su llegada. Cogí mi maleta, me despedí del gato desde la puerta y bajé a la calle sin malgastar más tiempo.

A decir verdad, siempre me habían encantado los aeropuertos. Me fascinaba que en un concreto e irrepetible instante de tiempo, y en un espacio bien acotado, pudieran coexistir miles de personas que pasadas unas horas estarían dispersas por diferentes lugares del mundo. Las probabilidades de que todas ellas volviesen a encontrarse en un radio tan reducido en otro momento de la

historia eran casi, casi nulas. Nulísimas, más bien. En ese sentido era como un pequeño *big bang* humano en el que ese puñado de desconocidos salía despedido en todas direcciones a lo largo y ancho del globo. Habían tomado el desayuno cerca los unos de los otros, pero algunos cenarían *oden* frente al Tama, otros verduras y carne especiada cerca de Santa Sofía, y quizá alguno tuviese la opción de decantarse por una contundente ración de *soul food* al sur de Harlem.

Pero al mismo tiempo que centenares de pasajeros partían hacia sus destinos, otra gran remesa de ellos entraba por las puertas acristaladas o aterrizaba con cara somnolienta proveniente de cualquier lejana ciudad. La mayoría se apresuraba a encender sus teléfonos para transmitir su llegada a sus parientes más próximos de camino a las cintas de equipaje. «Cariño, he llegado, tienes vía libre para acostarte con quien quieras. Yo haré lo propio con alguna fulana al salir de la reunión. Te quiero». Seguramente no tuviesen mucho más que decirse.

Pasados dos minutos sobre las diez de la mañana, coloqué el marcapáginas señalando el progreso actual de mi lectura. Había cogido antes de salir mi copia de bolsillo de *Rayuela*, la cual llevaba en lista de espera desde las navidades pasadas y esperaba darle un buen repaso durante el vuelo. Eso siempre que mis pensamientos me dejasen centrarme en otra cosa que no fuese Ronnie, claro. El marcapáginas sobresalía tres centímetros por el borde superior del libro. Me parecían muy curiosos esos utensilios. Se las ingeniaban para conservar una identidad propia en un ámbito en el que cualquier otro objeto podría reemplazarlos. Un billete de tren usado, un bolígrafo, una postal… y en general cualquier trozo de papel sin ningún otro tipo de utilidad. Y eso dejando a un lado la opción de colocar el libro bocabajo sobre alguna superficie lisa, abierto por la última página leída, en espera de que la lectura sea reanudada. En fin, preferí no darle más vueltas a los fundamentos del marcapáginas y guardé el libro en el bolso.

Pendiente del fuerte resonar de mis tacones en las abrillantadas baldosas de color crema, me acerqué a la barra de una pequeña cafetería para degustar una taza de cafeína líquida. No me apasionaba el establecimiento, pero solía elegirlo antes de mis viajes como alternativa al inmundo fluido que servían en los aviones. Me senté en un taburete anclado al suelo muy cerca del extremo de la barra y esperé a que me atendieran. Cuando el joven camarero me preguntó, opté por un expreso acompañado de un cruasán con mermelada de naranja. Mientras me lo servían, busqué

algo de prensa por las mesas.

—¿No tenéis ningún periódico internacional? —le pregunté al barman.

—No, señorita. Hace un par de días que no recibimos rotativos de fuera.

—¡Vaya, hombre!

La verdad es que me gustaba echar un vistazo a la prensa estadounidense de vez en cuando, y ya me había hecho a la idea de que podría hacerlo en la cafetería, como acostumbraba a hacer siempre.

—Su café —me avisó el camarero.

Tomé la taza y me la acerqué a la nariz para percibir su fuerte aroma italiano, pero la realidad no hizo justicia a mis expectativas. «Demasiados kilómetros lejos de 'la bota' como para conservar sus matices», supuse.

—¡Oh, disculpe!

Pero ya era tarde. Un inoportuno y patoso cliente me golpeó en la espalda, provocando que parte del café se derramara sobre mi camisa. «¡Qué catástrofe!» Al menos no me quemé la piel, pero mi vestimenta sufrió un percance del que hasta mi llegada a Hong Kong no podría reponerme. Todas mis camisas de repuesto viajarían en el compartimento de carga e inexplicablemente, una vez pasado el control de seguridad ya no había tiendas de ropa abiertas. No tuve tiempo de protestar demasiado o excusar al torpe viajero, pues este se alejó raudo hacia el extremo opuesto del establecimiento y evitó cruzar miradas conmigo mientras permaneció en él. «Hay que tener poca vergüenza», me dije de mal humor, mientras frotaba la mancha con una servilleta.

—Puede darle con un poco de agua en el baño, señorita —me propuso el camarero al darse cuenta de mi contratiempo.

—No sé qué será peor, si ir manchada de café o parecer sudada —regruñí—. ¿Estoy a tiempo de cancelar el cruasán?

—Por supuesto, señorita. Y deje lo del café.

—Pero tú no tienes la culpa.

—Es igual.

—Está bien, muchas gracias.

Desde mi taburete comprobé en los paneles una última vez que mi vuelo no registraba incidencias, cogí mi chaqueta y mi liviano equipaje de mano y fui caminando hasta la puerta de embarque. Tenía muchas ganas de pasar un tiempo alejada del terrible invierno australiano y, aunque fuesen solo unos pocos días los que iba a estar en Hong Kong, pensé que ese respiro le vendría muy

bien a mis pulmones. Aunque hacía unos años había viajado bastante por asuntos de trabajo, llevaba encadenados varios meses de sedentarismo en mi consulta, algo que no me acarreaba más que tedio y hastío. Yo me sentía hecha para moverme, y los congresos y seminarios me parecían una oportunidad perfecta para hacer un paréntesis en mi vida y sumergirme en otros mundos y culturas que de otra forma probablemente no llegase a conocer. Aunque a veces el tiempo que quedaba libre para el esparcimiento en esos viajes era meramente testimonial.

La chica de la aerolínea que me dio la bienvenida y comprobó mi billete sonreía de forma protocolaria. Llevaba un uniforme impoluto y su cabello recogido con tirantez en la parte trasera de su cabeza. Presentaba rasgos caucásicos, una mirada pletórica y un hermetismo emocional casi robótico. No tardó más de un segundo y medio en olvidarse de mí y dedicarle su efímera atención al siguiente pasajero de la fila, aunque no me importó; también me olvidaría de ella pronto, a no ser que me la encontrase más tarde vendiendo bizcochitos de nata en el pasillo del avión.

Devolví el saludo al personal de a bordo que recibía al pasaje al final del túnel de embarque, cogí un ejemplar del periódico que me ofrecieron y busqué mi asiento. Siempre que podía, elegía plaza junto a la ventanilla, pues me gustaba ver el mundo desde las alturas. Las ciudades se veían diminutas y los campos se volvían cuadrículas de tonos verdosos y amarillentos antes de desaparecer y dar paso al vasto océano. Pese a comprar el billete a última hora, pude escoger un buen lugar para viajar, algo raro en los tiempos que corrían. Guardé mi maleta en el compartimento superior y ocupé mi asiento. Agradecí que mi compañero de travesía aún no hubiese aparecido y eso me facilitase el acceso. Me abroché el cinturón y aguardé pacientemente a que llegase el resto de pasajeros antes de recostarme en el asiento e intentar relajarme.

La persona que al fin se sentó a mi lado resultó ser una mujer de unos cuarenta años, vestida con un traje gris, que, tras saludarme, siguió utilizando frenéticamente su teléfono. Sus dedos martilleaban la pequeña pantalla a una velocidad difícil de seguir con la mirada. Debía de estar redactando un correo electrónico o un informe importante que necesitaba ser enviado antes de partir.

Pronto las puertas del avión se cerraron y, mientras encarábamos la pista de despegue, una grabación recordaba las principales medidas de seguridad y cuál era el protocolo de actuación en caso de emergencia. La mujer apuró todo lo que pudo antes de apagar su teléfono y amarrarse al asiento. Se santiguó dos

veces y rezó algo en voz baja.

Al llegar a la pista, el avión se detuvo a esperar su turno detrás de dos aeronaves de otras compañías y, tras recibir la pertinente autorización desde la torre, comenzó a acelerar sonoramente al tiempo que toda su estructura empezaba a vibrar.

El despegue se desarrolló sin sobresaltos. Apenas noté un ligero vaivén en el estómago al separarnos del suelo y pronto volví a tranquilizarme para afrontar la larga ascensión hacia las alturas. El avión adquirió velocidad de crucero y el capitán procedió a dar la bienvenida a los pasajeros e informar de las principales características del vuelo. Cuando terminó, saqué mi reproductor de música del bolsillo de la chaqueta, me coloqué los auriculares en las orejas y cerré los ojos. Prefería dormir unas cuantas horas antes de continuar leyendo o ponerme a ver alguna película en el equipo multimedia del asiento delantero.

No me resultó difícil. Apenas había concluido la primera canción, me quedé profundamente dormida.

Para cuando el avión aterrizó en la recién asfaltada pista de Melbourne pasaban ya de las nueve de la noche y el cielo era una inmensa cortina de alabastro. Me había despertado unos minutos antes, a tiempo de ver aparecer la ciudad como un enjambre de pequeñas luces blancas, rojas y amarillas. Miré el reloj. No sabía cuánto tiempo habría estado durmiendo, pero el viaje me había parecido poco más que un suspiro. Apuré el ya cálido contenido restante de la lata de refresco que tenía frente a mí y me pregunté por qué me habría dado por pedir semejante bebida de adolescente. Llevaba años sin tomar uno de esos coloridos líquidos azucarados y, de hecho, no me acordaba de haberlo solicitado. Entonces caí en la cuenta de que podía ser una consumición de mi compañera de fila que de algún modo indeterminado hubiese acabado en mi bandeja. Miré a mi derecha. Un hombre gordo vestido con un pantalón corto y una camiseta bastante fea roncaba despreocupado en la butaca de al lado. Por si acaso, dejé la lata de refresco frente a él y me entregué a las preciosas vistas de Melbourne desde el cielo.

Al llegar al portal de casa, revisé el contenido de mi buzón —el cual se encontraba sorpresivamente vacío—, y esperé al ascensor. Durante el trayecto de cinco plantas busqué las llaves en el bolso de mi chaqueta, comprobé el peso máximo soportado por el elevador, me miré en su espejo y me coloqué el pelo por detrás de las orejas.

Tenía cara de cansada, no lo podía negar. Pensé que habría sido una buena ocasión para toparme con el señor Warren; seguramente, viéndome así no me volvería a molestar.

Entré en casa sin hacer apenas ruido, solté el equipaje junto a la puerta y me dejé caer sobre el sofá. Coyote vino a darme la bienvenida y se restregó entre mis piernas maullando.

—Ehhh, chiquitín… ¿Me has echado de menos estos días?

Coyote saltó al sofá y se enroscó a mi lado. Era ya tarde, pero tenía un poco de hambre, así que decidí picar algo antes de irme a la cama. Fui a la cocina y en un par de minutos me preparé un sándwich de salmón y queso, un cuenco con galletas saladas y una lata de cerveza. Era una comida simple, pero la verdad es que me encantaban las cenas de ese estilo. Me ayudaban a dormir bien y, teniendo en cuenta que ya lo había hecho en el avión, temía que esa noche me costase conciliar el sueño.

Regresé al salón y encendí la televisión. Estaban echando un documental acerca de las extracciones petrolíferas en altamar y, aunque no me parecía demasiado interesante, no me apetecía ponerme a cambiar de canal. Coyote se levantó y empezó a frotarse contra mis brazos.

—Pero chico… ¡Qué cariñoso estás! ¡Ni que hubieses estado sin verme un año! Si solo han sido…

En esos momentos me quedé ofuscada. ¿Cuántos días había estado fuera? Intenté recordarlo, pero no fui capaz. Caminé hasta el baño y me refresqué la cara con agua fría. Al mirarme en el espejo, este me devolvió una imagen mucho más desmejorada que la que se había reflejado en el ascensor. Tenía el pelo acartonado, los labios agrietados y los ojos hinchados. Entonces reparé en la enorme mancha marrón que lucía a la altura del pecho en mi camisa. Parecía de café. «¿Café?» Un tipo me había tirado el café encima antes de partir, pero ¿acaso alguien volvió a hacérmelo también a la vuelta? O eso, o una de dos: o no me había dado cuenta y al vestirme el último día había elegido de nuevo esa camisa, o durante el viaje había estado llevando siempre la misma ropa. Era ridículo aceptar cualquiera de las tres posibilidades, pero lo cierto era que no podía confirmarlas ni desmentirlas.

No obstante, no se trataba de una simple confusión. Me sentía realmente desorientada. Mi memoria parecía haberse resquebrajado, aislando algunos recuerdos en porciones inaccesibles para mis neuronas. Me concentré con esmero buscando sintetizar conclusiones, pero me di cuenta de una circunstancia inverosímil en la que no había reparado hasta entonces: sorprendentemente, no

recordaba nada en absoluto de lo acontecido durante mi viaje a Hong Kong.

VI

05 de agosto de 1995
24 años antes del Año de Incertidumbre

Me crucé con el coche del doctor Gleason apenas cinco minutos antes de llegar a casa. Aun aminorando la marcha, había levantado una buena polvareda al pasar a mi lado. Si hubiese tenido problemas respiratorios a esa edad, los encuentros motorizados que a menudo se producían en el trecho que separaba nuestra casa de la carretera comarcal hubiesen sido un auténtico problema. Por suerte, mis pulmones no eran la parte de mi cuerpo por la que más tendría que preocuparme.

Entré en casa y, tras saludar en voz alta, fui a la cocina a tomar un vaso de agua. Al oírme llegar, mamá bajó las escaleras y acudió a mi encuentro.

—¿Todo bien? No has tardado mucho.

—La señora Willmore dijo que no hacía falta que me quedase más tiempo.

—¿Estaba todavía el veterinario con ella?

—Sí.

Terminé de beber el agua y me serví medio vaso más antes de ir a sentarme junto a la mesa.

—¿Qué ha dicho el doctor? —le pregunté.

Mamá se acercó y se sentó a mi lado. Me cogió la mano.

—Tu hermana está muy enferma —dijo sin titubeos.

Que el estado de salud de Diana era malo ya lo sabía, por eso llevaba tantos días en la cama y nunca dejaba de estar cansada.

—Pero el doctor está cuidándola, se pondrá bien —le recordé.

—Me temo que el doctor no puede hacer nada, Daniela. El tratamiento que está recibiendo no funciona como esperábamos.

Percibir tanto pesimismo de boca de mi madre no resultaba halagüeño. No tenía sentido andarse por las ramas.

—¿Se va a morir?

No contestó. En lugar de eso, se echó a llorar. Mis ojos también se llenaron de lágrimas. No podía dejarme sola. Teníamos muchas cosas que hacer juntas todavía. Teníamos que hacernos mayores, y

vivir en casas muy cerca la una de la otra, para poder visitarnos todas las tardes y tomar té helado mientras nuestros maridos construyesen un granero. Teníamos que quedarnos embarazadas a la vez y que, al nacer, nuestros hijos se pareciesen mucho entre ellos. Teníamos que poder cuidarnos entre nosotras siempre que alguna de las dos enfermara. No estaba escrito, pero sabíamos que la vida debía seguir ese camino.

—¿Cuándo…?

—Cuando ya no pueda seguir luchando —aseguró mi madre, rota de dolor—. Cuando la enfermedad le arrebate todo el coraje que lleva dentro.

Yo sabía que el coraje era una seña distintiva de Diana y que no se lo pondría nada fácil a la muerte. Pero también sabía que cuando se rindiese, moriría algo más que mi hermana. Moriría la mitad de mí, porque ambas cosas eran lo mismo.

—¿Puedo subir a verla?

—Claro, pero ten cuidado, por si está dormida.

Papá bajaba en esos momentos de su habitación. Por norma general, él contenía muy bien sus emociones, pero la expresión de su cara hacía aguas por todos lados.

—¿Está despierta? —le pregunté.

—Sí. Sube si quieres.

Enfilé las escaleras secándome las lágrimas con la mano. No quería que Diana me viese llorar, pensaría que significaba que había malas noticias. Oí cómo mi padre le preguntaba a mi madre si había hablado conmigo y ella afirmaba. Seguro que no le fue fácil arrancar de sus adentros tan lacerantes palabras.

Encontré a Diana tumbada en la cama, como esperaba, con los ojos cerrados. Al principio creí que se había dormido, pero nada más notar mi presencia, alzó un párpado y me miró.

—Hola.

—Hola. ¿Estás bien?

—Sí. Un poco cansada.

—Es normal.

—¿Vais a ir esta tarde al faro?

—No creo, se prepara mal tiempo.

—Ah.

Diana trató de incorporarse, pero sus brazos no tenían mucha fuerza.

—¿Te ayudo?

Negó con la cabeza.

—Me gusta mucho tu camiseta. ¿Es nueva? —me preguntó.

—Esto…

—¿Qué pasa?

—Que me la ha regalado la señora Willmore, y he traído otra para ti. Pero como pensé que estarías durmiendo, la he dejado abajo. Se suponía que iba a ser una sorpresa.

—¿La mía también es de un panda?

—No, de una mariposa.

—Vaya…

—También está bien —le dije, encogiéndome de hombros. La verdad es que yo prefería la del oso panda—. Te he traído los bizcochos de nata, cómetelos antes de que te vea mamá o aprovechará para embucharte la sopa.

—¡Qué bien! Comamos uno ahora.

Abrí uno de los paquetes y extraje dos esponjosos y dorados bizcochos. Le di uno a Diana y enseguida le asesté el primer bocado al mío. Ella intentó hacer lo mismo, pero antes de llevárselo a la boca, la asaltó un ataque de tos.

—¿Te traigo un poco de agua?

—No, no te preocupes. Estoy bien. Oye, debajo de mi cama está tu regalo.

Dejé el dulce en la mesita, me puse de rodillas y me agaché hasta pegar con la oreja en el suelo. Vi una pequeña caja de zapatos cerca del cabecero.

—¿Esa caja de cartón?

—Sí, cógela.

Alargué el brazo y la arrastré hacia mí. Al levantarla noté que pesaba bastante. Se la di a Diana y esperé a que la abriese. Cuando lo hizo, descubrí que estaba llena de conchas de molusco y algunas piedras vistosas. Se puso a revolver entre ellas hasta que encontró mi regalo. Se trataba de un colgante en el que el cuarzo que me había enseñado dos meses antes lucía engarzado en mitad de una concha y otras piedras más reducidas dibujaban los rayos de una especie de sol.

—¿Te gusta?

No me salían las palabras.

—Me… encanta —logré decir al fin—. ¿Es un pez sol?

—No está terminado como me hubiera gustado, pero no he tenido mucho tiempo últimamente, ya sabes.

Claro que lo sabía. Diana se había pasado las últimas semanas yendo al hospital cada poco y, cuando estaba en casa, la mayor parte del día tenía que estar en la cama. Ni siquiera entendía cómo había podido dejarlo así de bonito.

—Lo llevaré siempre conmigo.

—Te ayudará a recordarme cuando yo no esté.

Es imposible comprender cómo puede alguien estar más preparado para decir esas palabras que los demás para escucharlas. En aquellos momentos, yo no lo estaba. Me produjeron unas profundas punzadas que atravesaron mis nervios y los cristalizaron.

—No te vas a morir.

—Es solo cuestión de tiempo.

—¡Te vas a poner bien! —le grité, cargada de rabia.

Diana agachó la cabeza. Sabía que mi voluntad no era suficiente para curarla. Yo también lo sabía, pero no lo quería asumir. No había magia en mi voz. No tenía el poder de lanzar un hechizo sanador para que las células cancerígenas desapareciesen de su sangre.

—Lo siento.

—No importa.

Pero sí importaba. Cuando más falta le hacía, demostraba ser menos fuerte que ella.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Lo vio en mi cara, en mi mirada, en mi alma.

—Estás sangrando —le dije—. Por la nariz.

Diana se pasó el dedo por el labio superior. Le quedó manchado por una gruesa línea roja.

—No se lo digas a mamá —me pidió, sacando un pañuelo de debajo de la almohada en el que ya se apreciaban manchas secas de sangre.

—Pero…

—Pero nada —sentenció, mojándose con saliva la piel y secándola con el pañuelo—. Ven, que te ayudo a ponerte el colgante.

Pasando página de lo ocurrido, Diana guardó de nuevo el trozo de tela en su escondrijo, tomó el collar de mis manos y abrió el cordel para rodear con él mi cuello.

—No, no lo quiero usar todavía.

—¿Por qué? —preguntó mi hermana, sorprendida.

—Me lo pondré cuando te cures, ¿vale? Y será para mí un símbolo de fuerza y esperanza, para acordarme de que luchando se pueden superar hasta los peores momentos.

Diana sonrió, pero sus ojos proyectaban melancolía.

—De acuerdo —aceptó. Hizo un lazo con el cordel y me lo entregó—. Estoy un poco cansada.

—Me voy y te dejo dormir. ¿Quieres que guarde tu caja donde

estaba?

—Me da igual. Ya no esconde nada.

—Vale. Que descanses.

—Gracias —dijo, estirándose en la cama y girándose hacia la pared.

Me despedí de Diana y fui directa a mi habitación. Necesitaba estar sola para desahogarme y dejar que mi frustración se fuese diluyendo con cada una de mis lágrimas. Guardé el colgante en una lata de galletas junto a otros tesoros secretos y me senté frente al escritorio. Quería hacerle un dibujo como agradecimiento, pero todas las hojas que cogía se iban a la papelera con el único trazo que imprimían las gotas saladas que caían desde mis mejillas. Cogí el tocadiscos de mi padre y empecé a escuchar música. Primero, *El ocaso de los dioses* de Wagner y después, una delicada interpretación del *Adagio de Albinoni* que siempre me había encantado. Con los ojos cerrados, me fui dejando llevar por sus melodías como una hoja al viento hasta que todo a mi alrededor quedó reducido a meras imaginaciones de mi realidad interior.

En cualquier caso, dentro de un plano u otro de la conciencia, aquella noche no pude parar de llorar.

Al día siguiente me desperté con una idea en la cabeza y la seguridad incontestable de que iba a funcionar. Después de mucho tiempo escuchándola, me había dado cuenta de que la música tenía un poder impresionante, emocional, terapéutico. Me convencí sin reparos de que ejercería una acción muy positiva en Diana desde el principio y, como no había tiempo que perder, tragué el desayuno para evitar interrupciones maternas reiteradas y corrí a la habitación de mi hermana para comenzar con mi tratamiento experimental.

Diana se encontraba aún dormida, pese a que la claridad de la habitación impedía ya disimular cualquier signo de enfermedad de cuantos yacían en su rostro. Aparté de su escritorio los libros de animales que tanto le gustaba leer y posé allí el tocadiscos para enchufarlo. Volví un momento a mi cuarto y regresé con un vinilo que abría la *Danza húngara nº5* de Johannes Brahms. Lo coloqué sobre el plato y posé con cuidado la aguja sobre sus privilegiados surcos. Aquellos violines mágicos obraron enseguida el primer milagro: que Diana se despertase sonriendo. No con una mueca melancólica como la de la tarde anterior, sino con una sonrisa moldeada por la alegría. Se sentó en la cama con los ojos cerrados

y, sin decir nada, se quedó escuchando la música y haciendo leves movimientos de manos y cabeza como si fuese coordinando la interpretación. A su lado, yo empecé a tocar un violín imaginario siguiendo la partitura que había aparecido frente a mí. Sentir que esa música provenía de mis dedos era algo tan sublime que no podría ser descrito con palabras. Y no solo eso; además, esa música estaba curando a mi hermana.

Lo racional sería suponer que no tuvo nada que ver, pero, a partir de aquella mañana, Diana comenzó a recuperarse. Siguió recibiendo su quimioterapia hasta que las células cancerígenas fueron derrotadas, y después su tratamiento se complementó con radiaciones periódicas en el mismo hospital. Los médicos se congratulaban por su éxito, pero yo sabía el verdadero secreto de su curación: fue la música la que nos permitió volver a correr por la playa, jugar a los piratas y, si la tarde se presentaba ventosa, visitar el faro para hacer volar nuestra cometa.

VII

17 de julio de 2019
3 días antes del Año de Incertidumbre

El ensayo matutino transcurrió con normalidad. Empezamos con el primer movimiento de la *Heroica* de Beethoven, logrando un desarrollo enérgico y brillante. Seguimos con la apasionada y premonitoria *Sinfonía nº6* de Tchaikovsky y finalizamos con tres quintos de la *Fantástica*, del francés Berlioz. Terminar de tocar piezas tan hermosas era como regresar al instante de un paraje de ensueño. Igual que un astronauta tras penetrar en la atmósfera, yo también necesitaba unos minutos de descompresión, en este caso emocional.

Mientras guardaba mi instrumento en su estuche, Marcelo tuvo tiempo de acercarse a saludarme.

—Hola, Marcelo —le correspondí.

—Hicimos bien en añadir esos retoques a la *Marcha al cadalso*, ha sonado de maravilla.

—Sí, yo también lo creo —dije, aunque sinceramente tenía mis dudas de que fuesen bien recibidos por el público en general—. ¿Ya has podido finalizar los preparativos de tus vacaciones?

—¡Qué va! ¡Menuda pesadilla! La chica de la agencia me ha dicho que no sabe qué pasa, pero que no consigue contactar con ningún hotel de la zona. No es que haya muchos, pero que todos comuniquen es un poco raro.

—Vaya, pues sí.

—No sé, imagino que acabaremos buscando alguna alternativa de última hora.

—No esperéis demasiado, que luego los precios se disparan —le recomendé, sabiendo que apostaba sobre seguro.

—¡Ya lo creo! He estado viendo qué cantidades se manejan en el turismo local y este año han subido casi un setenta por ciento los alojamientos.

Me eché el estuche del violín al hombro.

—De locura. Creo que me sentará bien quedarme en casa este verano.

—¿Quedarte en casa? ¡No digas eso! ¡Hay que salir a ver mundo y aprovechar, que son dos días! —exclamó Marcelo, como si fuese el propietario de la agencia de viajes—. Y hablando de casa, ¿quieres que te acerque con el coche? Me da la impresión de que está lloviendo bastante.

Aunque la sala no daba al exterior ni su techo directamente al tejado, algunas personas habían venido a buscar a sus parejas o amigos portando paraguas chorreantes, así que era de suponer que sí llovía bastante. Otra cosa era que me apeteciese que Marcelo me acompañara.

—No te preocupes, cogeré un taxi.

—¿Un taxi? ¡Ni hablar! ¡Los taxistas están medio locos!

—Supongo que su profesión es harto estresante.

—No sé lo que es, pero créeme, conozco a varios taxistas y a ninguno le funciona bien la chaveta.

—Cogeré el metro entonces.

—Vamos, Daniela, que para mí no es ninguna molestia. Tengo que pasar un momento por Sunbury, así que tu barrio me queda de camino.

—No te apures, de verdad —insistí—. Además, no voy a casa. Tengo consulta esta tarde.

—Me desviaré.

Entre su obstinación y el temor que me había infundido aquel inquietante correo recibido, al final acepté. No me atraía la idea de cruzar el parque sola, ni adentrarme en el metro una vez caída la noche y encontrarme cara a cara con su remitente, ese tal Bobbin no sé qué.

—Está bien —accedí finalmente.

—¡Genial! Oye, ¿has pensado en lo del fin de semana?

—¿El café?

—Sí.

—Lo siento, creo que no voy a poder —rechacé, casi como en un acto reflejo.

Lo más probable era que pudiese de sobra, pero no me apetecía quedar con Marcelo a solas. Tenía miedo de que quisiese abordar temas sentimentales, como había insinuado Ronnie, y que dijese según qué cosas estropearía nuestra relación y, a la postre, imposibilitaría mi participación en la orquesta. Me arrepentí al momento de haber accedido a ir con él en el coche.

—Bueno, no hay problema. Iremos viendo lo de la partitura en los ensayos.

Accedimos al vehículo, un Chrysler de alta gama estacionado en

el segundo sótano del edificio, y empezamos la ascensión por las estrechas rampas de subida. En el equipo de música un violonchelo interpretaba el preludio de la *Suite nº1* de Bach. El coche era amplio y elegante, y Marcelo lo mantenía impoluto por fuera y por dentro.

Alguien accionó la barrera del parking desde una caseta para dejarnos pasar y acto seguido nos zambullimos en el gran caudal motorizado de la ciudad. El tráfico era denso, pero tenía tiempo de sobra antes de la consulta con el señor Patterson, mi primer paciente del día, así que no me preocupé por que en algunos tramos avanzásemos despacio. Íbamos en silencio, me parecía una herejía interrumpir una pieza como aquella con conversaciones irrelevantes, y seguramente a Marcelo le pasase lo mismo. Sin embargo, aprovechando la suavidad del *menuetto*, se animó a introducir un tema sobre al que, a buen seguro, llevaba dando vueltas un rato.

—Vamos bien de tiempo, ¿no?

—Sí, no te preocupes. Queda más de media hora —le contesté, sin apartar la vista del luminoso paisaje desplegado tras las gotas del cristal.

—¿Qué tal te va en la consulta?

—No me quejo. Trato a bastantes pacientes, teniendo en cuenta que lleva solo dos años abierta.

—Si te parece bien, un día podemos charlar un rato tú y yo en ella, ¿sí?

Giré mi cabeza hacia él.

—¿Te refieres a concertar una cita?

Marcelo asintió, al tiempo que imprimía una velocidad más al limpiaparabrisas para adaptar su movimiento a la nueva intensidad de la lluvia.

—Pues sí, cuando quieras —le dije—. Le pediré a Anette que te busque un hueco y te llame. Seguramente tengas que esperar unos diez días. ¿Te viene bien?

—Sí, magnífico. No es algo urgente.

Pero en su interior, la preocupación seguía latente y hablar de ello era más imperioso de lo que él pudiera pensar.

—Es que…, bueno…, a veces, tengo la sensación de imaginarme cosas y necesito aclarar si me las estoy inventando o suceden de verdad. ¿Me podrías ayudar con eso?

—Podemos tratar de ver juntos si obedecen a alguna razón concreta o estás distorsionando la realidad. Hay muchos factores que pueden inducirte a ello, aunque también en ocasiones nuestra percepción está justificada.

—Me tranquiliza saber que ambas cosas son normales.

—En cada ser humano la normalidad la marca el propio individuo.

Marcelo volvió a asentir. La breve charla pareció rebajar su preocupación y no necesitó decir nada más en lo que restó de trayecto. Me pareció extraño que alguien como él, perfecto en su propia concepción, precisase también el sentarse a descargar su cabeza de vez en cuando. Puede que aquel café no fuese más que una excusa para estar conmigo y hablarme de sus preocupaciones, después de todo. Me sentí una estúpida engreída por haber presupuesto lo que no era y agradecí no haber tenido la osadía de hablar de más antes de tiempo.

—¿Cómo se encuentra, señor Patterson?

—Me gustaría decirle que bien, señorita Palmer, que las cosas se van arreglando, que empiezo a controlar lo que pasa en mi vida como lo hacía antes y que todo lo que me forzó a venir a verla son ya fantasmas del ayer.

—Intente ser paciente, señor Patterson. Aún nos queda camino por recorrer —le aseguré—. Dígame, ¿en qué ha notado que su situación no mejora?

—En mi memoria, por ejemplo. Cada vez me falla más, hasta el punto de olvidar episodios enteros de mi vida.

—¿No recuerda acontecimientos recientes o sus vacíos se corresponden con pasajes de un pasado lejano?

—Recientes. En su mayoría son experiencias que se supone que he vivido, pero que soy incapaz de recordar incluso justo después de que ocurran.

—¿Como olvidar lo que ha comido o dónde ha dejado las llaves?

—Cosas más importantes —me encauzó—. Cosas como salir del cine sin saber qué película acabo de ver, o no recordar con quién he pasado la tarde.

Anoté en mi cuaderno aquel rotundo testimonio con preocupación. Si el señor Patterson estaba empezando a perder la memoria de forma tan drástica quizá fuese importante derivar su caso a un neurólogo cuanto antes.

—A veces algunas personas padecen episodios de amnesia puntual que les hacen sufrir una especie de despertar en mitad de un gran desconcierto —quise tranquilizarle.

—No es amnesia puntual —me rectificó—. Son periodos largos de supuesta inconsciencia. ¿Considera usted puntual realizar un

viaje de varios días y no tener ni idea de lo que acaeció en él?

—¿Disculpe?

Creí haber oído mal.

—Lo que le digo. Hace dos días tomé un avión hacia Shanghái. Iba a visitar a un familiar que acaba de abrir un hotel allí y pensaba pasar con él unos diez días. Cuando aterricé en mi casa no recordaba nada de dicho viaje. Fue como si no hubiese ocurrido en realidad.

Me puse muy nerviosa. Si ya era preocupante que me hubiera pasado eso a mí el día anterior, saber que al menos otra persona había vivido la misma situación me dejaba descompuesta. Intenté mostrarme calmada. Que el señor Patterson detectase mi turbación podía llevarle a pensar que su situación era grave y, aunque no lo descartaba, todavía no podía posicionarme con seguridad. Era un síntoma extraño que obedecía, tal vez, a varios factores, pero que ambos lo hubiésemos sufrido casi a la vez…

—¿No recordaba… nada?

—Nada de nada. Ni un lugar, ni un hecho, ni una persona.

Me faltaron las palabras. Solo alcancé a pronunciar un «ajá» tan frágil como una amapola. En cualquier caso, no, el suyo y el mío no eran casos comparables. Lo que él tenía en la cabeza no tenía nada que ver con lo que me había sucedido a mí. Él había partido hacía dos días para pasar diez en su destino, pero estaba en mi consulta preguntándose si su viaje se habría concretado o no. Era obvio que el señor Patterson no había salido de Australia. ¿Y yo? ¿Había llegado a poner los pies en Hong Kong?

—Pero no es solo eso. También… ¿Se encuentra usted bien?

Me froté los ojos con los dedos y traté de recomponerme.

—Sí, discúlpeme, es la alergia —me excusé—. ¿Podría describirme el resto de síntomas, señor Patterson?

—Son como bucles.

—¿Bucles temporales?

—Sí. Continuos *déjà-vus* de cosas cotidianas. Las noticias de algunos canales, por ejemplo. Creo ver en ellas una repetición de lo que ya emitieron hace semanas y en los concursos aparecen los mismos concursantes que ya fueron eliminados. Es como un ciclo que se repite una y otra vez.

—Todos esos episodios de los que habla, ¿empezaron a ocurrirle más o menos al mismo tiempo?

—Más o menos, sí. De unos días para esta parte.

—¿Y su mujer también los ha padecido?

—No lo sé. No he querido preocuparla.

—¿No le ha hablado de ellos?

—No.

—¿Cree que podría tener una reacción negativa si se enterase de lo que está experimentando?

—Tal vez.

Era una pena que el señor Patterson no confiase en su mujer, porque el que ella fuese o no partícipe de sus experiencias me hubiese ayudado a comprender más rápidamente lo que pasaba.

—Mire, he leído algunos artículos por ahí, y a veces estas cosas se dan en pacientes con tumores en la cabeza. Oprimen el cerebro y hacen tener alucinaciones o amnesia, dependiendo de los casos.

—Es muy pronto para poder diagnosticar algo así, señor Patterson. No lo descartaremos, y de hecho le aconsejaré realizar unas cuantas pruebas, pero también valoraremos otras causas.

—Bien. No me alarmaré.

Solo faltaba que yo predicase con el ejemplo.

—Siga hablándome de ese viaje del que asegura no conservar ningún recuerdo —le pedí amablemente. Quería conocer más detalles para saber hasta qué punto nuestras situaciones eran equiparables.

Matthew Patterson me contó entonces los pormenores de su periplo, o más bien, de su inicio y su final, pues según él, desde poco después de despegar, y hasta el momento en el que el avión había tomado tierra en el aeropuerto de origen, sus recuerdos se habían esfumado. Era demasiado. No podían existir tantas similitudes entre su historia y la mía. Cada vez me costaba más trabajo fingir una posición objetiva y profesional.

—¿Sufrió algún tipo de golpe en la cabeza durante el trayecto de vuelta? —le pregunté, buscando desesperadamente una tangente por la que desviarme.

—Creo que no.

—Y dígame, ¿tomó alguna fotografía o adquirió algún objeto durante su estancia en el extranjero? ¿Algún *souvenir*, tal vez?

—En principio, no. Y es raro, porque siempre que voy a un sitio nuevo me traigo un frasquito de aire. Pero esta vez, ni eso.

—¿De aire?

—Sí, una muestra del aire de ese lugar.

—¿Las analiza?

—Las colecciono. Es una costumbre que tengo desde pequeño. Poseo aire de todos los continentes, menos de la Antártida.

—Es una afición muy curiosa. ¿Qué cree que le hizo pasarla por alto esta vez?

—Ni idea. Llevé mis frasquitos, como siempre, pero no verlos etiquetados a la vuelta me hace pensar que siguen conteniendo el aire de mi sala de estar.

—¿Ha probado a llamar a su hotel? Es posible que el personal de allí pueda darle alguna pista sobre lo que hizo, qué comió, o si le ocurrió algo fuera de lo normal.

—Llamé esta mañana, pero siempre comunica.

—Es importante que lo siga intentando —le aconsejé.

El señor Patterson asintió en silencio. Seguramente estuviese pensando que para recibir esa clase de consejos no necesitaba pagar cincuenta dólares la hora.

—Discúlpeme, señor Patterson, vuelvo enseguida.

—Claro.

Salí de la consulta y me acerqué hasta el mostrador de mi secretaria.

—Anette, hazme un favor.

—Tienes mala cara, Daniela.

—Quiero que busques en internet noticias relacionadas con la aviación comercial de las últimas semanas. Entra en las páginas de las compañías y de los aeropuertos australianos, comprueba todas las incidencias en los vuelos… Me interesa cualquier cosa excepcional que haya sucedido.

—¿Vas tras la pista de algo concreto?

—Todavía no. Pero espero que encuentres un punto que me sirva de partida.

—Bien.

—Cuando lo tengas, avísame, por favor —le pedí, antes de acercarme hasta la fuente para servirme un vaso de agua.

Me sentía mareada, era probable que tuviese baja la tensión. Volví a mi despacho y me encontré al señor Patterson con los ojos cerrados, parecía a punto de quedarse dormido.

—Lo siento, señor Patterson, me ha surgido un imprevisto. ¿Podríamos interrumpir la consulta en este punto? Venga otro día, si quiere, no le cobraremos nada.

—¿Va mal algo?

—No se preocupe, no es nada grave.

—De acuerdo, pues lo dejamos aquí —dijo incorporándose.

—Concierte cita en recepción para el día que mejor le venga.

—Gracias.

El señor Patterson cogió su chaqueta y salió de la consulta. De inmediato, desbloqueé mi ordenador y di un rápido repaso a los perfiles de todos mis contactos en las redes sociales. Varios de ellos

eran asiduos trotamundos y siempre publicaban amplios reportajes con cientos de fotografías sobre sus andanzas. Centré mi atención en aquellos que sabía que habían realizado viajes en los últimos meses y no me costó encontrar varios álbumes y fotos sueltas que los documentaban. ¿Acaso cabía esperar otra cosa?

La impaciencia podía conmigo. Me levanté y salí a ver si a Anette le había dado tiempo a descubrir algo interesante.

—¿Has encontrado algo que te llame la atención?

La cara que puso Anette evidenciaba que le molestaba mi ansiedad. Tal vez el señor Patterson se le hubiese quejado también de lo decepcionante de su sesión y estuviese ante un cúmulo de negatividad.

—Solo una cosa, pero seguro que te sorprende. Parece que hace unos tres o cuatro días los vuelos a China se redujeron en un noventa y siete por ciento en todas las aerolíneas que operan en Australia. La medida afectó por igual a todos los destinos del país.

A China. Mi vuelo se englobaba en ese paquete, y el del señor Patterson, también.

—Pero eso es una reducción muy radical, tiene que haber un buen motivo para que alguien haya tomado esa decisión tan drástica.

—Pues no la he encontrado. Además, ese dato lo he conocido al ir cotejando el número de vuelos programados con los realizados, no porque la prensa lo haya publicado.

—No tiene sentido.

—Ya.

—Bueno, haz una pausa y vete a comer.

—¿Tú no vienes?

—No, hoy no. Voy a quedarme revisando unos papeles.

—Te traeré algo, entonces. ¿Un sándwich de atún con pasas?

—Una ensalada mejor. La de queso de cabra.

—Muy bien. La de queso de cabra.

—Gracias, Anette.

—De nada. Enseguida estoy de vuelta.

Pero poco después de que Anette saliese por la puerta, presa de la impaciencia, cogí mis cosas y me fui a casa. No había mucho más que indagar en mi despacho que no pudiese hacerlo allí y si ella descubría alguna otra cosa importante, ya me lo haría saber. Cogí un papel y un bolígrafo y le dejé apuntadas instrucciones para reprogramar mi agenda más inmediata. Imagino que no le hizo mucha gracia encontrarse con ellas al regresar de comer, pero al menos una vez que hubiese acabado, podría tomarse el resto de la

tarde libre.

Llegué a casa unos cuarenta y cinco minutos después, molida y al borde de la histeria. Cada vez que llovía, las calles de Melbourne se volvían intransitables para los vehículos, y los atascos eran algo que me sacaba de quicio.

Antes de ponerme a hacer nada, me recosté en el sofá y disfruté de la contemplación horizontal durante un rato. Coyote se arremolinó a mi lado ronroneando. Para él todos los días eran muy similares, casi idénticos. Pocas cosas lo sobresaltaban o lo hacían llegar a la noche pensando: «¡Vaya, hoy ha sido un día jodido!» A decir verdad, no parecía muy duro ser Coyote y cada vez tenía más dudas de que valiese la pena tener una vida como la mía antes que como la suya. No se perdía grandes satisfacciones y se ahorraba unos cuantos disgustos.

Entonces caí en la cuenta de que, de nuevo, había olvidado pasarme por la casa del pintor. La lluvia me había hecho estar más pendiente de llegar de una vez a casa que de cualquier otra cosa y a esas alturas no me apetecía volver a enfundarme el chubasquero y las botas para salir a la calle. Me acerqué a la ventana para ver si alguno de mis vecinos predilectos daba señales de vida, pero ni el pintor ni, por supuesto, el chico informático estaban en casa. «Bueno, después de todo, aun acercándome a su casa me hubiese sido imposible hablar con él», me autoexculpé.

Comprobé la hora en el reloj de mi muñeca y decidí llamar a mi madre. Me tranquilizó que el teléfono que me negaba hablar con Ronnie, sí me dejase contactar con ella.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, ¿qué tal estás?

—Muy bien, preparando el recital del mes que viene. —Había abandonado un poco la música en los últimos años, pero la tuve que retomar cuando empecé a notar la fuerte necesidad de refugiarme otra vez en ella—. ¿Y tú, qué haces?

—Cuidando un poco las plantas. Luego más tarde tengo reunión del club de lectura para hablar de *El guardián entre el centeno*, así que encaro un día bastante ajetreado.

—Eso es estupendo —valoré. Mi madre siempre había sido una gran lectora—. ¿Y qué tal papá?

—Bien, como siempre —dijo, aunque esa afirmación, de por sí, era bastante contradictoria.

—Dale un beso de mi parte.

—Se lo daré. ¿Cómo llevas el tema del trabajo? Leí en el periódico que en Sídney están buscando psicólogos como locos. Podrías echar unos currículums a ver si tienes suerte y te llaman.

«¿Buscando psicólogos como locos?» Me reí ante el involuntario doble sentido de su comparación.

—Estoy cómoda aquí, mamá, pero ya me conoces, nunca le cierro la puerta a nada. El mundo nos obliga a ser flexibles y a adaptarnos al presente.

—¡Cuánta razón tienes! ¿Ya sabes algo de aquellos análisis?

—Sí, todo bien, como siempre. No era más que un control rutinario —le dije, aunque lo cierto era que todavía no había recibido los resultados.

—Bien. Aunque seas joven, es bueno revisar la salud de vez en cuando.

Seguimos hablando un rato, pero no entramos en ningún asunto relevante. La verdad es que solo quería oír su voz, las palabras que esta transportase eran lo de menos. Al final nos despedimos como de costumbre, y le prometí, una vez más, hacer lo imposible por volar pronto a Sídney y hacerles una visita.

Tras colgar, dejé el teléfono sobre la mesa y pensé que con una copa de vino ya estaría preparada para reanudar mis investigaciones. Sin embargo, mientras me la servía, me percaté de que no tenía muy claro hacia dónde avanzar, así que decidí sentarme un rato frente al ordenador a ver qué acontecía en el mundo y, de paso, darme algún capricho si encontraba alguna cosa interesante. Aparté unos cuadernos de la silla y prendí el flexo del escritorio pero, justo antes de encender el equipo, el teléfono empezó a sonar con machaconería.

—¡Disculpe que la moleste, doctora Palmer!

Era Matthew Patterson, el paciente involucrado en el extraño vuelo.

—Hola, señor Patterson, ¿le ocurre algo?

—Sabe que normalmente no la llamo a horas intempestivas, pero hay algo que me gustaría comentarle antes de mi próxima visita a su consulta.

—No se preocupe, no es tan tarde. Dígame de qué se trata.

—Es por el viaje fantasma.

—Ajá.

Era de suponer. Deseé que hubiese recordado algo que pudiese extrapolarse a mi caso.

—Busqué en la página web de la aerolínea los datos de mis antiguos billetes, pero parece ser que han eliminado la opción de

consultar el histórico de los vuelos de cada cliente.

Pensé que era un error limitar el acceso de los usuarios a su propia información, aunque también podía deberse a un fallo informático que pronto subsanasen.

—Qué extraña decisión…

—Así es. Sin embargo, conservaba mis tarjetas de embarque en el bolsillo interior de mi chaqueta, y en ellas, la fecha de regreso concuerda con el día en que volví a casa.

—Bien, es lo que cabría esperar, si no fuera porque regresó muchos días antes de lo programado.

No había caído en la cuenta de hacer eso con las mías, pero, por fortuna, el señor Patterson lo había hecho con las suyas.

—Eso es. De ahí que las cosas siguiesen sin cuadrarme. Recordé que en el momento de imprimirlas la tinta de mi impresora se había terminado a mitad del trabajo, obligándome a sustituir el cartucho y repetir la impresión.

—Ajá.

—El caso es que busqué en la papelera que tengo junto al escritorio, pues tenía la sospecha de que había desechado allí esa copia incompleta. ¡Y en efecto! ¡Allí estaba la primera tarjeta de embarque a medias de imprimir!

—Bien.

—No se lo va a creer. ¡La fecha de regreso que aparecía en ella era la misma que había marcado en el calendario! ¡No me equivoqué! ¡Mi vuelo tenía que haber regresado siete días después de lo que lo hizo!

Tal y como el señor Patterson había dicho, era difícil de creer.

—Eso significa que realmente usted volvió a Australia en una fecha diferente a la esperada —admití perpleja.

—¡Eso es! ¡No todo son alucinaciones mías! ¡Ocurre algo raro!

—Espere, espere, señor Patterson… Existe la posibilidad de que estando en Shanghái adelantase su regreso y cambiase su vuelo. O también puede que en esa primera tarjeta de embarque que imprimió figurase una fecha errónea y por eso la tiró.

—¿Cómo? ¿El mismo día que aparece en el calendario? ¡Yo tenía previsto volver exactamente ese día!

El señor Patterson tenía razón, había dicho una estupidez. Pero es que su hipótesis sonaba tan rocambolesca que se me hacía muy difícil de asimilar. Intenté seguir mostrando una actitud cabal, pese a que mi cabeza daba vueltas, desubicada.

—Muy bien, señor Patterson, añadiré estos detalles a su historial y los discutiremos con más calma en nuestra próxima reunión. Creo

que mi secretaria ya le dio una nueva cita.

—Sí, el martes que viene, a las cinco.

—Estupendo. No obstante, si recuerda nuevas situaciones, o se da cuenta de algo importante, no dude en llamarme de nuevo.

—Muchas gracias, doctora Palmer. Y disculpe otra vez mi intromisión. Creía que por fin había encauzado mis ideas.

—No se preocupe —dije con voz sosegada—. Y tampoco se impaciente. Llegaremos al fondo de este asunto a su debido tiempo.

—Claro, yo confío plenamente en usted.

—Muchas gracias. Y buenas noches, señor Patterson.

—Buenas noches.

Solté el aparato sobre la mesa y corrí a la habitación. Ya no necesitaba aparentar templanza ante nadie, aunque tener un poco más de cuidado me hubiese ahorrado el tropezarme con Coyote. El gato gruñó molesto, pero en apariencia no le había hecho ningún daño. Busqué la bolsa de viaje que acostumbraba a usar como equipaje de mano y repasé los bolsillos exteriores. En el más grande encontré el billete que había imprimido antes de salir hacia el aeropuerto. Al comprobar la fecha de mi partida sentí tanto vértigo que tuve la sensación de estar cayendo a un abismo. 16 de julio de 2019. ¡Eso era ayer! ¡¿Me había ido ayer?! ¡¿Pero qué hacía en mi habitación entonces?! Puede que mi cabeza empezase a ser un remolino de incertidumbre capaz de engullir el poco raciocinio que me iba quedando, pero recordaba nítidamente haber cogido ese avión. ¡Si lo había hecho ayer, significaba que también mi regreso se había producido el mismo día!

Me senté sobre la cama presa de un fuerte mareo. Estaba enloqueciendo, no me cabía duda. Me planteé si el señor Patterson sería realmente una persona de carne y hueso o un personaje nacido de una recién estrenada enfermedad. Me incorporé y fui dando tumbos hasta el ordenador. Abrí mi correo y lo chequeé. Solamente había recibido una confirmación de compra: el billete de ida a Hong Kong. Consulté los últimos movimientos en mi cuenta bancaria. El último cargo provenía de la aerolínea y se correspondía con un solo billete: el de ida. No había comprado la vuelta. ¿De dónde lo había sacado? ¿Quién lo había pagado? Y no menos importante: ¿Dónde estaba ese billete?

VIII

18 de julio de 2019
2 días antes del Año de Incertidumbre

El señor Francisco estaba pasando la fregona por el suelo del portal cuando llegué cargada de bolsas. Al verlo, me sentí bastante mal por tener que pisar la zona mojada, pero, como si fuese capaz de leer mi pensamiento, él hizo un gesto con la mano para que no me preocupara.

—Buenas tardes —me saludó.

—¿Qué tal, señor Francisco?

—Bien. Fregando un poco esto, que con la lluvia enseguida se llena de pisadas y no he tenido tiempo de hacerlo hasta ahora. Por cierto, han dejado una carta certificada para usted. Ahora se la doy.

El señor Francisco apoyó su fregona contra la pared y se acercó a la portería.

—Aquí está —me dijo, metiéndome el sobre en una de las bolsas de papel—. Fue fácil de encontrar, como últimamente no llega mucho correo…

Era una carta del hospital, seguramente con los resultados de los últimos análisis.

—Muchas gracias. ¿Le queda mucho?

—No, con esto ya acabo.

—Pues que tenga buenas noches —le deseé, accediendo al ascensor.

Como no llevaba ningún producto congelado, al entrar en casa dejé las cosas junto al mueble del recibidor y me fui directa al servicio. Necesitaba con urgencia sacudirme el vahído con un buen baño de agua templada y mucha espuma. Coyote se apresuró a recordarme que no vivía sola y que un gato, por independiente que sea, conlleva unas obligaciones. Fui a la cocina y le serví un poco de paté en su plato, comprobé que tenía agua bastante y aproveché para servirme una copa de vino. Le di un sorbo casi testimonial y me la llevé conmigo.

Puse el tapón en la bañera, abrí el grifo de agua caliente y eché un potente chorro de jabón líquido dentro. Mientras se llenaba, me

solté la coleta y me fui quitando la ropa. Hacía tiempo que no me pasaba por la peluquería y, suelto hacia adelante, el cabello ya me cubría del todo los pechos. Siempre me había gustado el tacto de mi pelo y adoraba ese tono anaranjado que me hacía tan especial en mi familia —nadie supo decirme nunca si algún antepasado mío había sido también pelirrojo—. Me pregunté por qué habría tardado tanto en decidir dejármelo así de largo.

Contemplarse a una misma puede resultar complaciente, pero el clima no animaba a estar desnuda demasiado tiempo frente al espejo, así que me dispuse a entrar en la bañera disfrutando por adelantado esa sensación tan placentera que sentiría al introducir mis piernas lentamente en el agua. Sin embargo, antes incluso de que mis dedos tocasen la espuma, el teléfono sonó desde algún lugar del salón.

Gruñí. El temor de que Matthew Patterson fuese quien había arruinado mi momento de ensueño me hizo comprender que debía serenarme. Me enrosqué una toalla alrededor del cuerpo y, como siempre, busqué el teléfono siguiendo su rastro sonoro. Lo cierto es que bien podía haber ignorado la llamada, pero si no lo hice fue tal vez por la esperanza de que el que llamaba fuese Ronnie. Para mi desilusión, la que llamaba era Anette.

—Me he quedado tan perpleja que quería contártelo cuanto antes, a ver si se te ocurre qué podemos hacer.

En condiciones normales, hablar de trabajo quizá fuese lo menos estimulante en un momento como aquel, pero la posibilidad de arrojar algo de luz sobre mi situación me volvía más receptiva.

—Los últimos días están resultando bastante extraños, no creo que lo que vayas a decir desentone. O eso espero.

—Bueno, curioso, al menos, es —adelantó Anette—. Solo esta tarde hemos recibido la llamada de cuarenta y seis nuevos pacientes, solicitando una consulta urgente.

—¡¿Cuarenta y seis?!

—Cuarenta y seis. Y urgente. ¿No es increíble?

De inicio no sabía cómo recibir la noticia, pero pronto comprendí que algo así no podía significar nada bueno.

—Sí. Increíble y desconcertante. ¿Por qué crees que tendrían todos tanta prisa?

—No lo sé. Consulté por internet si había habido algún accidente colectivo por la zona o despidos masivos en alguna compañía, pero no vi nada que fuese en esa dirección.

—Qué raro… ¿Qué les dijiste?

—A los primeros los fui ubicando como pude. Después, ya solo

apunté sus nombres y les dije que los llamaríamos.

—Van a ser unas cuantas llamadas.

—¡Ya lo creo! ¡Hoy terminaré con la oreja achicharrada!

—Tendremos que hacer malabarismos para cuadrarlos a todos en la agenda. Los pacientes nuevos requieren una primera entrevista pausada, necesitan explicar con calma sus problemas. Es muy importante que tengan tiempo para desinhibirse. Además, me preocupa comenzar a tratar a tantos a la vez —reflexioné. Temía hacerme un lío con sus historiales y mezclar sus patologías.

—Bueno, no quería estresarte, solo que lo supieras. Igual va siendo hora de ampliar la consulta, ¿eh?

—¿Tanto optimismo por una tarde productiva? —bromeé—. Intentemos ayudar a los pacientes que ya tenemos y busquemos crecer poco a poco.

—Sensatas palabras.

—Que tengas buenas noches, Anette. Y gracias por llamarme.

—De nada. Nos vemos mañana.

Al final, la llamada solo había servido para embadurnarme con nuevos interrogantes. ¿Qué pasaba en la ciudad para que tanta gente necesitase de repente atención especializada? Parecía que, después de todo, estaba muy lejos de ser la única en pensar que estaba perdiendo la cabeza.

Cuando volví al baño, la temperatura del agua había descendido por debajo del umbral de la apetencia, pero no renuncié a zambullirme en ese mar espumoso con olor a lavanda. Ni tampoco, por supuesto, a mi copa de vino. Bien es cierto que acorté sensiblemente el tiempo empleado en escuchar cómo las pequeñas burbujitas iban estallando una a una junto a mi oído.

Al salir del agua me volví a enroscar la toalla por debajo de las axilas y con otra más pequeña me hice un turbante en la cabeza. No era época de irse a la cama con el pelo mojado. Entré en mi habitación y cambié la toalla por unas bragas y un pijama, y me dirigí a la cocina a preparar algo de picar. Para variar, no tenía ninguna gana de cocinar. Abrí un armario y saqué un paquete de pan de molde, unté dos rebanadas con mayonesa y le metí un par de lonchas de fiambre que me quedaban en la nevera. Lamenté no tener a mano unas hojas de lechuga para darle un punto de frescura al sándwich, pero tampoco era plan salir a comprar solamente semejante nimiedad.

Cené sentada en la cocina paladeando, tanto como la comida, el silencio que flotaba a mi alrededor. Cuando terminé, fregué el plato y fui al salón. Vi la carta en el recibidor y dudé si debía abrirla o

no. Al final, opté por posponer cualquier alteración anímica hasta la mañana siguiente. Temía pasarme la noche en vela dándole vueltas a sabe Dios qué.

No obstante, era temprano para ir a dormir, así que decidí ensayar un rato. Pensé que me ayudaría a despejar la cabeza de esos pensamientos desconcertantes que empezaban a enmarañar el mundo con sus huesudos dedos. Saqué mi violín de la funda y me acerqué a la ventana. No me apetecía ponerme a realizar complejos ejercicios para mejorar la técnica, así que busqué en mi cabeza alguna pieza interpretable por el mero hecho de disfrutar tocando. En primera instancia elegí el complejo *Concierto para violín* de Brahms, pero a mitad del primer movimiento me decanté por la tétrica *Novena sinfonía* de Mahler y su dramática sección de cuerda. Amaba con toda mi alma esa cadena de sentimientos que emanaban de mi instrumento cada vez que la interpretaba.

Toqué durante cuarenta largos minutos una selección de mis cortes favoritos, logrando evadirme del caos y la complejidad en los que veía disolverse la ciudad.

Cuando abrí los ojos, me sentí bastante cansada. Ya he dicho que dejar de tocar era siempre para mí como despertar de un profundo sueño; como abandonar un estado mental de auténtica conexión con la melodía y regresar a un mundo anodino y displicente en el que uno está por estar. Coloqué mi violín en su estuche, fui a la habitación a preparar la cama y me lavé los dientes. Al ir a la cocina a beber un vaso de agua, vi un sobre tirado en el suelo, muy cerca de la puerta del apartamento. Supe que no era mío, e intuí que alguien lo había deslizado por debajo mientras tocaba. Me acerqué a cogerlo y eché un vistazo por la mirilla, pero no había nadie fuera. El sobre no incluía remitente, ni tenía nada escrito, pero contenía una nota en su interior. Lo abrí, extraje el papel y lo desdoblé para leerlo. «Cuando estés preparada para conocer la verdad, enciende y apaga intermitentemente la luz de tu cuarto», era todo cuanto ponía. No se habían molestado en rubricarlo.

Suspiré. Era lo que me faltaba, que me llenasen la cabeza con más preocupaciones. «La verdad». ¡Claro que quiero conocer la verdad! Pero ¿quién podía tener la arrogancia de creerse capaz de transmitirla? Tuve miedo de que la nota hubiese sido dejada por algún paciente en medio de una crisis que no hubiese sido capaz de atajar. ¿Apagar la luz de mi cuarto? ¿Es que me estaban espiando? ¿Me veían desde el edificio de enfrente?

Estaba demasiado cansada como para preocuparme con nuevos acertijos, así que me eché en la cama y apagué la luz. Esperé. Sentí

cómo Coyote saltaba sobre mí y se hacía un hueco entre las sábanas. Si en esos momentos hubiese encendido la luz de nuevo, ¿habría alguien golpeado mi puerta? ¿Recibiría una llamada telefónica? ¿Sería necesario hacerlo dos veces para que eso ocurriese? ¿Quizá tres? No lo tenía claro, pero, en cualquier caso, dejarla apagada debía enviarle un claro mensaje a ese alguien que me estuviese observando desde alguna cornisa: «Lo siento, pero no es el momento, colega».

Como dije, estaba cansada pero, aunque lo intenté largo rato, no me pude dormir. Pasé un par de horas dando vueltas antes de incorporarme desesperada. Encendí la luz. «La verdad». ¿Conocer la verdad? ¿La verdad sobre qué? ¿Tendría algo que ver con los hechos de los últimos días? ¿Por qué alguien tendría interés en contarme la verdad sobre algo? Estaba claro que haber recibido la dichosa nota era un fastidio. Pero, para bien o para mal, la había leído, y ahora tenía dos opciones: conocer «la verdad» o vivir el resto de mi vida abrazada a la ignorancia.

Por un instante pensé que saber la verdad no me haría ningún daño. Después ya vería de qué me servía esa verdad, si es que al final me servía de algo.

Apagué la luz. La volví a encender. La apagué. Y ya no la encendí más.

Al poco, esta vez sí, caí rendida dentro de un sueño que solo Coyote osó interrumpir a la mañana siguiente.

IX

19 de julio de 2019
1 día antes del Año de Incertidumbre

Eran las nueve y cuarto de la mañana. Dejé los análisis sobre la mesa y pulsé el icono de rellamada, pero tampoco esa vez se puso nadie al aparato. Lo llevaba intentando desde hacía media hora y empecé a pensar que el mundo se había confabulado para ignorarme. Sopesé ir al hospital, pero estaba lo suficientemente lejos como para que no fuese viable ir caminando y el transporte público me haría perder toda la mañana. Miré la fecha del matasellos del sobre y calculé. Parecía que el envío se había retrasado, siendo remitido hacía algo más de una semana. Pensé que tal vez el hospital estuviese tan saturado como los servidores de correo de China y por eso las comunicaciones fuesen tan lentas.

Miré a través de la ventana del salón el aspecto del cielo, confiando en que fuese capaz de levantarme el ánimo. Sin embargo, ni era bueno, ni mostraba evidencias de querer mejorar. La llovizna parecía garantizada todo el día. Me deprimía ver cómo los días se tornaban ante mis ojos en una procesión húmeda y gris, pero al fin y al cabo, era invierno y esa climatología era lo normal en esa época. Vi que las ventanas del piso del pintor estaban abiertas, lo que me llevó a suponer que se encontraba en casa. También podía haberse ido dejándolas así para ventilar el piso de olores a pintura y aguarrás, pero me pareció una buena oportunidad para probar suerte y ver si por fin podía hablar con él.

Me puse las botas de agua y el chubasquero y salí de casa. Me di cuenta de que me había vestido con lo mismo que en mi primera intentona y me paré junto al ascensor por si al señor Warren, como entonces, le daba también por abortarla. No se oía a nadie.

Saludé al señor Francisco mientras atravesaba el portal, salí a la calle, esperé frente al semáforo de peatones a que se pusiese en verde, crucé la calle y bordeé el edificio hasta llegar a su entrada principal. Recordé que el pintor vivía en el tercero y, mientras miraba las cuatro letras que identificaban los apartamentos de cada planta tratando de averiguar por ciencia infusa cuál era la elección

adecuada, el portero se acercó hasta mí y me ofreció su ayuda.

—¿A quién busca?

—¿Puede decirme en qué piso vive el pintor? Quiero hacerle un encargo.

—¿El pintor?

—Sí. Sé que es en un tercero, pero no sé la letra.

—No me suena que en el tercero viva ningún pintor. ¿Está segura de que es en este bloque?

Me hizo dudar, pero ¿en qué otro bloque iba a ser? Ese era el que estaba frente a mi balcón, no podía estar equivocada.

—Sí, claro.

—Pues…

—Cincuenta años, alto, moreno, con barba y gafas.

El portero arrugó la cara dando a entender que ni por asomo conocía a nadie en el mundo entero que encajase con mi descripción.

—¿Pintor de cuadros o de paredes?

—De cuadros.

—No sé… No caigo… ¿Sabe cómo se llama?

—Ni idea. ¿Puedo probar? —le pregunté, cabeceando hacia el panel de botones.

—Adelante.

—¿Cuáles son los que dan para esa calle?

—B y C.

—Y según se mira al edificio desde la otra acera, ¿el de la derecha?

—B.

Pulsé el botón correspondiente y esperé. El portero no se separó de mí; supongo que tenía curiosidad por comprobar a quién me refería. A los pocos segundos, una voz masculina y robótica contestó a través el altavoz.

«¿Diga?».

—Hola, me llamo Daniela Palmer, ¿es usted el pintor?

«No, se ha equivocado».

—¡Oh, lo siento! ¿Y sabe en qué piso vive?

«No».

—Vaya… Gracias.

El vecino colgó y, sin necesidad de mirar para él, pude notar la cara de satisfacción que el portero adoptaba a mi lado.

—Y a usted también.

—No hay de qué.

Retorné a casa cabizbaja, no sin antes alzar la vista desde la

calle para corroborar que, en efecto, era una ventana del tercero la que veía desde mi balcón. No entendía qué clase de portero no conocía a los vecinos de su comunidad. Ni el portero, ni un individuo que vivía puerta con puerta con otro, claro. «¡Qué frustración!», me dije, lanzando el chubasquero sobre el perchero. Fui hasta la ventana y lo comprobé otra vez: «Uno, dos, tres… ¡Tres! ¡Tercero! ¡Es el jodido tercer piso! ¡Y ya está!»

Me tumbé un instante en el sofá. Tenía la cabeza embotada. Me planteé si ir al ensayo o quedarme en casa durmiendo, aunque pronto un sentimiento de responsabilidad se apoderó de mí, obligándome a no eludir mi compromiso con la orquesta. «Descansaré media hora y luego me prepararé», me aseguré. Pero tan solo medio minuto después, un punto negro y diminuto sobre la pared del salón captó mi atención. Se movía despacio, pero se movía, lo cual solo podía significar que estaba vivo. Cuando afiné la vista, la cosa empeoró: se trataba de una araña.

¡Por Dios, odiaba las arañas! Aunque todo el mundo pensase que viviendo en Australia tendríamos que estar acostumbrados a lidiar con los arácnidos, la realidad era bien distinta. Uno nunca termina de perder su aversión a esas patas peludas y alargadas, a esos ojos de extraterrestre hipnótico y a esos pequeños colmillos puntiagudos. Desde siempre las había odiado. Con toda mi alma, además. Pero es que encima, nuestra relación había empeorado durante unas vacaciones con Ronnie en el bosque. Una mañana, mis botas amanecieron con una incómoda inquilina en su interior. Se trataba de una enorme araña lobo que se había colado en ellas atraída por su tacto suave y acolchado. Aunque siempre revisaba el calzado, y más en esos casos, me llevé un susto de muerte. ¡Era un bicho enorme! En esta ocasión, por el contrario, la protagonista medía poco más de un centímetro, así que fue un auténtico milagro que la viese.

A tenor de cómo caminaba, en pocos segundos la araña habría llegado al suelo o bordeado la esquina de la pared, abandonando por completo mi campo de visión. Como es obvio, no iba a permitir que eso ocurriera. Me levanté de un salto y corrí a por un vaso de cristal a la cocina. Con él en la mano, me acerqué cautelosamente a mi víctima y fui acercando poco a poco el recipiente hacia ella. En última instancia, la invasora se dio cuenta de su situación y comenzó a corretear a más velocidad, pero ya era demasiado tarde. Lancé el vaso contra la pared y la atrapé en una prisión vidriosa de la que no podría escapar. Con el monstruito bajo control, tanteé la mesa buscando una hoja de papel con la que empujarlo hacia el

interior del vaso y, un instante después, este se encontraba en mi poder. Llevé el vaso a la cocina y lo coloqué bocabajo sobre la encimera, todavía con la hoja de papel sellando las salidas.

La verdad es que estando bajo la luz de la bombilla, asustada, la pobre araña parecía poca cosa. No obstante, eso no significaba que no me diese el mismo asco. La dejaría ahí hasta la tarde, cuando volviese a casa —insecticida en mano—, dispuesta a acabar con ella. Estaba claro que no la iba a aplastar mediante técnicas mecánicas, pero de lo que menos ganas tenía era de que se fuese de rositas y se dedicase a poner huevos desperdigados por toda la casa. Me daba repelús solo de pensarlo.

Miré el reloj de la cocina. Con el lío de la araña me había quedado sin apenas tiempo antes del ensayo. Fui a la habitación y me cambié de ropa tan rápido como pude. Para tocar solía elegir siempre prendas cómodas y holgadas que me permitieran moverme con libertad. Llevé el estuche del violín junto a la entrada para no olvidarlo al salir. Me remarqué la raya de los ojos, me eché un poco de laca, me pasé el cepillo por el pelo y me pinté los labios. Confié que con esos cuatro simples gestos mi aspecto denotase que estaba viva y enfilé hacia el ascensor.

Mientras bajaba los pisos que me separaban del portal, iba pidiéndole al mundo un receso, que bajase sus revoluciones y me dejase tomar aire. Todo parecía estar adquiriendo un ritmo demasiado veloz, un impulso irreversible hacia el descontrol generalizado. «Necesito con urgencia unas vacaciones —pensé—. Tal vez en Tasmania. Podría coger un barco para cruzar el estrecho y así evitar los aviones. Además, seguro que a la mujer de Marcelo no le daría nunca por elegir Tasmania». Sí, Tasmania era un buen lugar para perderse y la tenía ahí al lado. No sabía cómo no la había visitado antes.

Lo que tampoco sabía era que la próxima vez que cogiese ese mismo ascensor, estaría a punto de escuchar una noticia en la televisión que lo cambiaría todo; que reducir la velocidad de giro del mundo no era algo que le preocupase a todos y que nuestras cosas eran nuestras solo hasta que alguien decidía que dejasen de serlo. ¡Qué poco me lo imaginaba por aquel entonces!

Ah, y por supuesto, nunca llegué a pisar Tasmania.

X

20 de agosto de 1995
24 años antes del Año de Incertidumbre

Dos semanas después de que Diana empezase su recuperación, papá y yo fuimos juntos al faro. Ella seguía un poco débil y prefirió quedarse reposando, aunque el verano ya se terminaba y seguramente esa fuese la última ocasión en la que podríamos ir. Al día siguiente daban lluvia y después estaríamos ya liados recogiendo nuestras cosas para tenerlas listas cuando llegase el camión de la mudanza. Cogimos la cometa y enfilamos el sendero hacia la playa, siguiendo los pasos que tantas veces nos habían guiado.

La bajamar se había alcanzado una hora antes, con lo que la playa era una inmensa planicie parda en la que todavía nadie había dejado su impronta. Mi padre y yo caminábamos en silencio, nunca nos atrevíamos a llenar el vacío que las palabras de Diana dejaban en su ausencia. Tampoco podríamos. La presencia de mi hermana no se reemplazaba con nada que no fuese ella, y así lo supimos todos en casa desde el principio.

Al llegar al faro soplaba un viento fortísimo que enseguida izó la cometa. Solté cuerda tan rápido como pude hasta dejarla elevarse unos diez metros. Entonces, después de varios minutos resistiéndose a ondear, la liberé. La dejé ser compañera del viento hacia las alturas, hasta ese lugar en el que poder volverse un punto diminuto y desaparecer para siempre. Ese lugar en el que otros niños con menos suerte que Diana podrían jugar con ella cada atardecer hasta que cayese la noche y la cometa se mezclase con las constelaciones. Papá, unos metros más atrás, rayaba su cuaderno dando forma a su último trazo estival. Al verme, sonrió. Entendió muy bien mis motivaciones y, aunque como padre de familia tratase de aparentar ser fuerte e inquebrantable, en su intimidad las compartía.

Papá terminó su dibujo y cerró el cuaderno. Me propuso merendar en casa, lo que me pareció buena idea. Tenía ganas de volver con mi hermana y escuchar a su lado por enésima vez algún

disco antiguo.

Me despedí del faro. Le dije adiós al mar, a las rocas y a la arena. Le deseé mucha suerte al esqueleto de la barca encallada, que todavía gozaría de unas horas al sol antes de que la marea lo cubriese con su velo. Después, nos fuimos.

Dos días después cargamos los últimos bultos en el maletero de nuestro coche y pusimos rumbo a Pine Valley, el pequeño pueblo enclavado en las afueras de San Diego en el que teníamos nuestro hogar habitual. Necesitábamos dejar muchas cosas atrás, pasar página en nuestras vidas tras un verano atroz y empezar a escribir sobre un papel nuevo que permitiese rimar versos de felicidad. Era lo que necesitábamos y lo que queríamos.

Más adelante supe que las personas con los años perdemos en gran medida la capacidad de sobreponernos y que el pasado no es algo que en realidad se olvide nunca. El pasado es, además, presente, y en buena medida, futuro. Es un tiempo omnipresente que nunca se termina del todo y que, cuando nos morimos, se adhiere a la piel de quienes nos han acompañado hasta ahí.

Al poco tiempo, mis padres, mucho más conscientes de lo sucedido y con menos tolerancia a maquillar el dolor con nuevas alegrías, se encerraron en la desesperación, terminando por agarrarse al único clavo que quizá tenían a mano. Tal vez buscasen solo su dinero o tal vez, en verdad, calentasen su alma con un rayo de esperanza en esos últimos momentos. No sabría qué decir, supongo que solo ellos podrían haber respondido a esa pregunta. Lo que sí sé es que nos dejaron solas en el mundo. Sin familia. Solas, llorando y mirando al cielo, diciéndole adiós a un cometa que cada noche se alejaba un poco más en la eternidad del universo.

Pensándolo fríamente, es normal que luego hiciese lo que hice.

XI

21 de julio de 2019
Día 1 del Año de Incertidumbre

Pasé la mayor parte de mi detención confinada en los calabozos de la comisaría, sin que nadie se molestase en explicarme los motivos. Ni los dos individuos que me arrestaron, ni tampoco los escasos policías que se dignaron a dirigirme la palabra, me dieron ninguna información sobre por qué había sido secuestrada de mi casa y encerrada allí.

«Bonita manera de empezar mi año de incertidumbre…», pensaba para mis adentros.

En los calabozos había media docena de celdas enfrentadas a lo largo de un amplio corredor. A mí me ubicaron en la última a la derecha, habiendo otras tres ocupadas también. Eran tres hombres y de vez en cuando hablaban entre ellos. Por sus conversaciones deduje que dos se conocían de antes y con el otro habían coincidido allí por primera vez. También que llevaban varios días retenidos y que no se habían enterado de la noticia del cometa. Me dirigieron la palabra tres o cuatro veces, y de un modo educado, pero no quise participar en su tertulia y opté por ignorarlos. No sabía nada de ellos. Podían haberlos arrestado sin motivos, como a mí, o podían ser tipos peligrosos, y yo tampoco era de las que hacían amigos nuevos nada más llegar a los sitios. Además, no tenía ninguna gana de hablar. Me daba lo mismo el tema o con quién, no tenía ánimos para nada.

El aire era bastante frío en nuestro sótano y mi chaqueta de ante no abrigaba lo suficiente. Pedí una manta y un café en voz alta, pero mi solicitud fue ignorada. Aparte de herméticos y mecanizados, los agentes de esa comisaría podían tacharse de poco hospitalarios. Decidí que nunca los invitaría a mis futuras fiestas de cumpleaños. Pero ¿qué se creían? ¡No tenían ningún derecho a tratarme como a un criminal! Aunque, bueno, quién sabe cuántos cumpleaños me quedaban por celebrar. ¿Uno? ¿Dos? Seguramente no más.

Pasadas ocho o nueve horas desde mi llegada, fui requerida en

una mesa de interrogatorios. Allí me esperaba un hombre rudo, de esos que por norma rechazan las invitaciones de sus compañeros para tomarse una copa al acabar la jornada, y se van a casa cuando ya solo quedan en el edificio el vigilante de la entrada y él. Imaginé que no viviría con nadie o, en su defecto, con su madre. Aunque no era demasiado afable, el susodicho sí tuvo al menos la decencia de explicarme por qué me acusaban. Según él, habían encontrado fotos mías y diverso material relacionado conmigo en el ordenador de un ciberdelincuente. Quizá debería haber exigido la presencia de un abogado, pero en aquellos momentos me sonó todo tan disparatado que supuse que en cuanto abriese la boca le trasladaría esa misma impresión y me despediría con una disculpa y una sonrisa bobalicona.

Pero la realidad no fue exactamente así.

Cuando me enseñó una foto descubrí que el peligroso ciberdelincuente con el que se me asociaba era, según él, Omar Tebbetts, el chico informático que vivía en el edificio de enfrente. Aquello me resultó bastante chocante, porque me di cuenta de que mientras yo lo observaba sin demasiado interés fumando un cigarrillo al acabar el día, él recolectaba fotos mías y algún tipo de información relevante. No obstante, no parecía que hubiese hecho nada con todos esos datos, o por lo menos el inspector no aludió a ello. Lo que sí hizo fue culparle de la quiebra de Hoffmeister and Associates, el hasta hacía pocas semanas gigante de las finanzas, primero accediendo a información privilegiada, tanto de ciertas actividades empresariales ilícitas como de impopulares andanzas de algunos directivos, y después difundiéndolas por las redes. El revuelo hizo desplomarse sus acciones en bolsa y sus principales clientes les retiraron de inmediato su capital y su confianza.

Como no podía ser de otra forma, yo no tenía mucha idea de lo que me estaba hablando y así se lo reiteré varias veces. Le pregunté si no había visto las noticias, si creía que aunque sus insinuaciones fuesen ciertas, en ese marco concreto, tenían la más mínima importancia. No me contestó, pero su silencio me dio a entender que en el fondo compartía mi visión.

El inspector, si es que ese era su rango, me hizo unas cuantas preguntas relacionadas con el chico informático, hasta que pareció darse por vencido. No sé si esperaba una confesión al uso, pero desde luego no iba a poder establecer una conexión directa entre nosotros dos basándose en mi testimonio. El hombre salió de la sala y, tras unos minutos en los que supuse que habría intercambiado impresiones con algún colega, entró con la boca arrugada, me miró

con desagrado y me dijo que seguiríamos hablando en otro momento.

Volvieron a llevarme a la celda, para entonces algo más caldeada. Me llamó la atención, y a la vez me indignó, que el resto de ellas siguiesen en su mayoría vacías. ¿Es que nadie había hecho nada peor que yo tras la bomba informativa que habían arrojado la noche anterior? Un cometa se iba a estrellar contra la Tierra ¿y yo era la mayor amenaza? Sentí tanta impotencia y ganas de ahogar a los dos imbéciles que me habían arrastrado hasta allí, que empecé a enfurecerme. Me estaban robando las preciadas horas que le restaban a mi vida con el único pretexto de que un sociópata tenía fotos mías fumando un cigarrillo.

El policía que me acompañó prometió llevarme en breve el desayuno y, a los pocos minutos, apareció con una bandeja de huevos revueltos, beicon y café. Tenía más sueño que hambre pero la comida no tenía mala pinta, así que opté por comer algo. Cuando regresó a por la bandeja, le pregunté cuándo pensaban sacarme de allí. «Pronto», fue todo cuanto le apeteció responder.

Pasaron varias horas cargadas de desesperación. No me dejaban hablar con nadie, ni siquiera por teléfono. Cada vez parecía más conveniente contar con la defensa de un abogado, pero aquellos prepotentes no se dignaban ni a sugerírmelo. Me dije por un momento que les prepararía una buena demanda cuando saliese, pero luego recordé que tampoco tendría mucho sentido emplear lo poco que me quedaba en pleitos absurdos.

En fin. Un par de años. ¿Quién iba a decirme unas horas antes que me quedaban solo dos años para jubilarme? Claro, que tampoco tendría opción de disfrutar el tiempo libre que vendría después… Dándole vueltas a esos pensamientos llegó un punto en el que me sentí incluso ridícula. ¿Qué estaba haciendo? ¿Planificar los últimos años antes del Armagedón? ¡Qué estupidez! No obstante… ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba claro que mi percepción del mundo se había alterado por completo. La mía y seguramente la del resto de seres humanos. Los millones de personas que habitábamos el planeta habíamos cambiado de forma radical nuestra concepción de la vida. Nuestra escala de valores acababa de truncarse y algunas de las cosas más importantes iban a dejar de serlo, mientras que lo que hasta entonces considerábamos simples naderías pasarían a ser ocasiones únicas y vivencias irrepetibles.

Entonces recuerdo que me invadió un miedo horrible al pensar que la próxima vez que saliese al exterior, el mundo sería distinto. No tenía ni idea de cómo serían sus calles, sus gentes, sus aromas,

sus colores… Todo lo que me encontraría en él sería nuevo, todo habría cambiado. Sin embargo, todavía no era consciente de cuánto.

Uno de mis compañeros, quizá en una situación distinta a la mía, pero no despareja, empezaba a hartarse también y decidió gritar improperios contra todo el mundo. Nadie le hizo mucho caso. Me tumbé en el banco a descansar un rato. Estaba totalmente extenuada. La última semana había sido casi como una alucinación para la que no encontraba en mi cabeza un molde adecuado. Y como guinda al pastel nos dicen que en apenas un año nos iríamos todos a la porra. Mis neuronas no podían más, se habían fundido. Tenía tanto sueño…

La forzada reclusión me sirvió para reflexionar sobre el presente y un hipotético futuro que nos aguardaba como especie en vías de extinción. Quizá demasiado. Pero, ¿quién sería capaz de espantar un pensamiento así de su mente estando en un lugar en el que no cabía hacer otra cosa que pensar?

«¡Quiero hacer una llamada!», exigí a voz en grito, pero nadie me hizo caso. Repetí mi alegato más alto y al poco apareció un policía pelirrojo de acento sureño.

—¿Qué te pasa?

—Quiero llamar. Sé que tengo derecho —dije, aunque sabía que tenerlo no me hacía dejar de depender de su permiso.

—¿Vas a llamar a un abogado?

—Tal vez.

Sin molestarse en ocultar su fastidio, el policía abrió la celda y me custodió hasta una cabina telefónica. Me dio un plazo de cinco minutos para terminar de hablar y se retiró para dejarme un poco de protocolaria intimidad. Marqué sin demora los números sobre el teclado del aparato y me acerqué el altavoz al oído. Tras cuatro tonos ligeramente espaciados, respondió una voz femenina carente de emoción.

—Diga.

—¡Diana! Soy Daniela.

—¿Quién?

—Tu hermana.

—Lo siento, señorita, se ha equivocado.

—¡No!

—Esto es una mueblería y no hay ninguna Diana en plantilla.

Maldita sea, estaba segura de haber marcado bien el número. Si la llamada no había llegado a su destinataria sería porque las líneas se habrían cruzado por el camino. «Disculpe», dije antes de colgar y volver a pulsar la sucesión numérica sobre el panel metálico.

—Una llamada, guapa —me recordó el policía llegando por detrás y poniendo su mano sobre el dispositivo de desconexión—. Y ya la has hecho.

—No he podido hablar con quien quería —pronuncié casi suplicando.

—Aquí no existen privilegios. Un detenido, una llamada.

—¡Por Dios! ¿Pero qué le pasa? ¡Se va a acabar el mundo en un año, no me venga con tonterías!

—Pero todavía no se ha acabado —reprochó, como si ese hecho no le importase en absoluto.

—Quiero un abogado ¡ya!

—Está de camino, no seas pesada.

—¿Seguro? —No me lo creía.

—Venga, que no tengo todo el día —dijo, empujándome para que me moviese.

Volvió a encerrarme en la celda y a dejarme sola, pero ahora mucho más desesperada. Necesitaba saber que mi hermana estaba bien, hablar del tema y conocer sus planes. Era probable que se pareciesen a los míos, pero eso no significaba que no quisiese oírselos explicar. Después, le hubiese pedido que me enviase un abogado, pues no me fiaba de la palabra de ese estúpido carcelero uniformado, pero eso lo hubiese dejado para el final.

Me senté en la cama derrengada. Me pregunté qué había pasado con mi vida en las últimas veinticuatro horas. Me planté ante ellas con ilusiones, con un espléndido concierto en ciernes y con muchos más por delante. Tenía suficientes pacientes en mi consulta como para sentirme orgullosa y realizada, y me permitían soñar con una posición financiera, al menos, desahogada. Ahora estaba arrestada por algo ajeno a mí, con poco más de cuatrocientos días en el calendario y una sensación de derrota como nunca antes la había tenido.

Me recosté en la cama y cerré los ojos. Mis fuerzas empezaron a sedimentarse sobre la almohada como atraídas por la gravedad y enseguida me quedé dormida.

XII

22 de julio de 2019
Día 2 del Año de Incertidumbre

Alguien me llamó. Abrí un ojo. No discernía si había llegado a quedarme dormida o no, pues sentía mi consciencia como una nebulosa lejana y difusa. Junto a la puerta estaba el policía pelirrojo que ya conocía, abriendo la cerradura. «Hora de largarse», dijo sin más. «¡Por fin!» Uno de mis compañeros de calabozo protestó airadamente: «¡Vaya! Parece que a no todos los que estamos aquí nos dispensan el mismo trato. La mudita está en el grupo de los delincuentes prioritarios. ¿Quién eres, guapa, la puta de algún ministro?» Otro de los detenidos rio su ocurrencia. El tercero no reaccionó. No sabía si estaba dormido, si no le había hecho gracia o si ya lo habían soltado. No me fijé en su celda la última vez que pasé frente a ella.

El agente me acompañó hasta la entrada, me entregó mis cosas y me advirtió que no me fuese muy lejos durante los próximos días. No entendía qué había pasado para que mi situación cambiase de repente, pero no quise preguntar. Si me dejaban ir, sería por algo. Seguramente, el raciocinio había encontrado un pequeño hueco por el que colarse en sus cuadriculadas cabezas, haciéndolos reflexionar.

Un gran tumulto se agolpaba en torno a la puerta de la comisaría, no en actitud violenta, pero sí bastante nerviosa. Lanzaban proclamas contra la Policía ante una barrera de antidisturbios. Bajé la escalera y a duras penas me fui abriendo paso entre ellos. Por suerte, mi presencia no atraía su atención y la mayoría se apartaba unos centímetros sin ni siquiera darse cuenta.

Al salir de la zona con mayor densidad de gente, le pregunté a una mujer cariaceda el motivo de sus quejas. «La Policía está impidiendo el acceso a los hospitales y, como la mayoría de clínicas no abren desde ayer, mucha gente se está quedando sin atención médica y sin medicinas», me dijo. Me pareció muy comprensible su enojo. Por mi profesión sabía la importancia de una medicación continua y bien planificada.

Me aparté del grupo unos cuantos metros y encendí mi teléfono móvil. La batería se había descargado casi por completo y apenas tenía cobertura. Miré la hora en su alargada pantalla y abrí el calendario. Eran casi las seis de la tarde del lunes 22, lo que significaba que había dormido unas cuantas horas y que había perdido un día y medio de mi año de incertidumbre entre rejas. Era para tirarse de los pelos.

Cuando volví a alzar la vista enseguida noté que algo había cambiado a mi alrededor. Melbourne me seguía resultando una ciudad gris y apática, repleta de gente contaminada por sus propias preocupaciones. La mayoría siempre me había parecido que se movía de una forma mecanizada, como si el interior de sus cuerpos estuviese formado enteramente por muelles y engranajes. Cuando abrían la boca para hablar, solo se oían los chirridos de sus piezas mal engrasadas rozando entre ellas. Sin embargo, palpé algo en el aire que no estaba dos días antes. Aparte de una menor afluencia en las calles, por primera vez, un vínculo común unía todas nuestras almas como una gran telaraña tejida con hilos de miedo. La gente caminaba mirando al suelo, alzando solo la cabeza para comprobar el estado de algún semáforo o la proximidad de los coches al cruzar la carretera. Hasta ese día nunca había sentido tal conexión. Lo normal era que unos fuesen a trabajar pensando en sus familias, otros en el béisbol y otros en sus deudas o en su cada vez más patente exceso de peso. Pero a partir de entonces, los pensamientos empezaron a ser los mismos para todo el mundo. Quizá no era el hecho de saber que teníamos fecha de caducidad, porque eso era algo que todos sabíamos desde el principio, sino el darnos cuenta de que ese instante había sido fijado ya en el calendario y estaba mucho más cerca de lo que a todos nos hubiese gustado.

Me paré frente a un dispensador de periódicos que todavía contenía algunos ejemplares del día anterior. Herald Sun, The Daily Telegraph y The Age abrían sus ediciones con la misma portada. Lo que mostraba la última la hacía sin duda la más impactante de las tres: una gran cruz de mármol con una leyenda que rezaba: «Descanse en paz, Humanidad». Sentí un escalofrío arrollador. ¿Hasta qué punto podía un rotativo afirmar que la Humanidad estaba sentenciada sin tener la rotunda certeza de que así ocurriría? ¿Habían estudiado detenidamente todas las informaciones aparecidas en la televisión y las habían completado con indagaciones propias? ¿Hasta dónde habían podido investigar en un par de horas? ¿Contarían con el testimonio de alguno de los científicos que participaron en el descubrimiento? Sentí curiosidad

por saber si dentro del rotativo se desvelaban esas cuestiones pero, al no llevar dinero suelto encima, renuncié a comprar algún ejemplar.

Busqué un taxi libre por la zona y en cuanto lo identifiqué, le hice un gesto para que parase. El vehículo aminoró la marcha y se detuvo a mi lado, dándome tiempo para subir en él. En su interior encontré a un taxista gordo y velludo que, a juzgar por el olor a tabaco en el que flotaba, solía fumar con asiduidad.

—¿Qué hace sola por la calle con la que se está preparando? —me preguntó antes de nada.

—Intento ir a casa. ¿Me lleva?

—No estoy de servicio, pero la he visto ahí, medio perdida, con esa cara de no creerse lo que está pasando, y he tenido que parar a recogerla.

—Ah… Pues muy amable.

—Ande, dígame a donde la llevo.

Le indiqué mis señas y me abroché el cinturón, rogando no haberme topado con un hombre necesitado de alguien con quien hablar. En cualquier caso, si trataba de darme conversación, lo menos que podía hacer era corresponderlo. Como se vio muy pronto, no todo el mundo estaba dispuesto a seguir trabajando hasta el mismo día de su muerte, y yo necesitaba que alguien me llevase a casa. Me acordé de mi coche, aguardando solitario en el taller a que algún mecánico piadoso lo reparase y comprendí que nunca volvería a subirme en él.

—Si le parece bien, daremos un pequeño rodeo por Elizabeth Street. Vi gente muy nerviosa en Chinatown la última vez que pasé por allí.

—Sí, como usted quiera.

—Muy bien —dijo el taxista, al tiempo que engranaba la primera marcha.

En la radio tenía sintonizada una emisora que cubría la única noticia que probablemente le importase ya a la gente.

—Parece que estamos bien jodidos, ¿eh, señorita? —dijo con voz rota, mirándome a través del espejo interior.

—Eso parece.

—Antes han dicho que hay riesgo de que se empiece a especular con la comida.

—Ya.

—Por lo visto, en algunos supermercados que abrieron ayer se agotaron las provisiones en cuestión de minutos.

—¿De veras?

Eso sonaba muy preocupante.

—Sí. Hoy la mayoría de las tiendas no han abierto al público y mañana es posible incluso que no lo haga ninguna. Ya sabe, en las que tengan todavía mercancía estarán liados cambiando etiquetas por otras con unos precios diez veces mayores.

—¡Serán capaces!

—No lo dude. Se teme que muchas empresas cesen su actividad, con lo que algunos productos básicos podrían convertirse desde ya en artículos de lujo. Además, los cajeros se han quedado sin dinero en efectivo y los bancos no piensan reponerlo.

—¡Qué barbaridad! ¿Y qué dice el Gobierno?

—¡Nada! ¿Qué va a decir? Pide a los empresarios que no inflen los precios y que sigan produciendo como hasta ahora. Como si alguien fuese a hacer caso a esos botarates encorbatados.

—Tiene usted razón.

Siguiendo en parte mis instrucciones y, en mayor medida, su propio criterio, el taxista se las arregló para dejarme a las puertas de mi edificio. No nos topamos con grandes aglomeraciones de gente, pero sí con varios grupos de jóvenes que gritaban y bebían a morro botellas de alcohol. A esas horas su estado físico empezaba a resentirse. Seguramente la desesperación hubiera hecho a la mayoría beber más de la cuenta. Le pagué al taxista la cantidad que marcaba el taxímetro más una buena propina y bajé del vehículo echando un rápido vistazo alrededor. La situación parecía en calma, pero aun así opté por cubrir corriendo los escasos metros que me separaban del portal, al tiempo que buscaba en mi bolso la llave de la puerta. Oí gritar a alguien al final de la calle, pero no me volví para ver quién era. Metí la llave en la cerradura y la giré hasta accionar el mecanismo. Quien quiera que estuviese a lo lejos volvió a gritar. Sentí un escalofrío y me apresuré a entrar en el edificio y cerrar la puerta. Miré durante unos segundos a través del cristal, pero nadie se acercó, lo que me ayudó a recobrar una incierta tranquilidad.

Cuando me di la vuelta enseguida me llamó la atención el desorden que reinaba en el portal. Alguien había volcado las papeleras y las macetas, desperdigando restos de basura y tierra por el suelo. Dos lámparas de pared estaban rotas y no alumbraban, aunque gracias a que otras dos todavía funcionaban, aun en penumbra, podía verse dónde se pisaba. El señor Francisco no estaba en su portería, en esos momentos cerrada a cal y canto y con la luz apagada. Llamé al ascensor y esperé su llegada. Se oían ruidos provenientes de la escalera, como si alguien estuviese moviendo

muebles por el descansillo. Sin embargo, a nadie se oía hablar. Debía tratarse de una única persona.

Me dio la impresión de que el ascensor partió del tercero, pero el tiempo que tardó en llegar hasta el bajo me pareció una eternidad. Cuando por fin se detuvo ante mí y abrió sus puertas, pude contemplar su caótico interior. El suelo estaba encharcado de un líquido que por su olor y tonalidad parecía orina, y en las paredes alguien había garabateado con spray varias palabras malsonantes. No me apetecía nada encerrarme en semejante retrete durante casi medio minuto, pero los ruidos de la escalera tampoco me gustaban, así que busqué una pequeña porción de suelo a la que no había llegado la presunta micción y situé en ella los pies.

Por fortuna, conseguí aguantar la respiración durante todo el trayecto, y solo necesité tomar aire una vez que ya había salido del elevador. De todos modos, mi alegría duró muy poco. La puerta de mi apartamento se encontraba entreabierta, aunque estaba segura de que la había cerrado antes de irme. Miré a ambos lados, pero no vi a nadie, ni tampoco cuando me asomé por el hueco de la escalera. El que estuviese moviendo muebles hacía un par de minutos, ya se había ido. Me fijé en las puertas de mis vecinos y constaté que todas ellas estaban bien cerradas. Quien hubiese forzado la mía debió elegir mi apartamento a sabiendas de que no había nadie dentro. Me recordé a mí misma que velar por la seguridad a partir de esos momentos iba a ser fundamental.

Afiné el oído, pero no capté ningún ruido que pudiera provenir del interior del inmueble. Por un momento me sentí tentada de llamar a algún vecino, y también a la Policía, pero al final me decanté por valerme por mí misma y empujé suavemente la puerta rezando por que no chirriara demasiado.

Dentro, la casa aguardaba invadida por la oscuridad. Como es lógico, preferí no encender la luz y dejarme guiar por mis dilatadas pupilas. Me armé con un paraguas que dejaba siempre en el recibidor y me interné en el salón andando de puntillas.

Casi se me sale el corazón del pecho cuando noté a Coyote pasar restregándose por mis tobillos. Mi grito asustado alertó de inmediato al ocupante de mi apartamento, que no se había percatado de mi llegada y dormitaba en una silla junto a la ventana. El intruso saltó como un resorte de la silla y me encaró pero, contra todo pronóstico, pronto adoptó una posición defensiva.

—¡No! ¡Espera! —gritó sobresaltado. Por su timbre de voz, era un hombre.

Su presencia allí no podía significar nada bueno, así que le

asesté un duro golpe con el paraguas en la cabeza y corrí a encender la luz. Él chilló dolorido.

—¡Espera, por favor! ¡No he venido a hacerte daño! —gritó para detenerme, pero haber entrado sin permiso en mi casa no me parecía un buen comienzo.

Al accionar el interruptor, el ambiente se aclaró y el individuo se reveló ante mí como un hombre joven de buena estatura, vestido con tejanos negros y una sudadera con capucha con la que cubría la mayor parte de su rostro. No estaba armado ni, en principio, parecía dispuesto a utilizar la fuerza contra mí.

—¡Cálmate!

—¡Quítate la capucha! —le exigí con un coraje impropio de mí.

El joven obedeció la orden sin resistirse.

—¡Tú! ¡Tú eres el tipo que guardaba fotos mías en el ordenador! —lo acusé nada más reconocerlo. Mi propia voz canalizó mi ira hacia un nivel superior.

—Sí, así es, y lo siento —se disculpó. Parecía en verdad avergonzado—. Por favor, deja que te lo explique.

—¿Qué pasa, eres algún tipo de psicópata o solo las querías para… para…?

—¡No! Ni una cosa ni la otra.

—¿Ah, no? ¡¿Y qué estás haciendo ahora en mi casa, cabrón?!

—¡Esperarte!

—¿Esperarme?

Lo apunté con el paraguas para dejarle claro que volvería a usarlo si me obligaba a ello.

—Te envíe un mensaje hace unos días, y también un correo electrónico. Quise llegar a ti en dos ocasiones, pero en ninguna de ellas me lo permitiste.

—¡Sal de mi casa ahora mismo o llamo a la Policía!

—¡No, por favor! ¡Deja que te explique!

—¿Qué tienes que explicarme? ¡Vamos, habla!

—Aquí no estamos seguros, Daniela, ven conmigo y te lo aclararé todo —me pidió, muy nervioso.

Me resultó chocante que me tratara por mi nombre de pila.

—Por favor… —insistió al ver que no me movía—. Has visto la puerta. Lo creas o no, no fui yo quien la forzó.

—¿Dónde está el portero?

—¡No lo sé!

—¿Quién lo hizo? La puerta. ¿Quién la forzó?

—¿Quiénes van a ser? ¡Los mismos que te llevaron la otra noche! No tenían una orden para registrar tu casa, así que entraron

por la fuerza.

—Pues parece que sí la tenían para registrar la tuya. ¿Por qué?

En esos momentos, el ruido de unos cristales rotos y un maullido llegaron juntos desde la cocina. Coyote había tirado al suelo el vaso en el que había atrapado a la araña que correteaba por la pared. A buen seguro, al pequeño arácnido le había sobrado tiempo para escabullirse entre los trozos de vidrio. Coyote también salió corriendo de casa hacia las escaleras.

—¡Dichoso gato!

—¿Ha sido el vaso de la araña?

—Sí.

—¿Y qué hacías con una espalda roja metida en un vaso?

—La encontré caminando por la pared.

—¿Por la pared de esta casa?

—¡¿Y a ti qué más te da?!

Pero a decir verdad, todo parecía de suma relevancia para él.

—Coge lo que necesites, pero no mucho, y vamos tras él. Aquí no estamos a salvo —dijo, mirando con cuidado por un lateral de la ventana—. ¡Date prisa!

—¿Que no estamos a salvo? ¿Y adónde deberíamos ir para estarlo?

—No lo sé, fuera de la ciudad, al menos. Andar por la calle también se ha vuelto muy peligroso. Tenemos que resguardarnos en un lugar seguro cuanto antes.

Lo miré detenidamente. La realidad es que no me infundía el más mínimo temor, por mucho que tuviese en cuenta su allanamiento de morada. Entonces volví a pensar en la araña. No tenía ni idea de dónde se habría guarecido y ni por todo el dinero del mundo estaría tranquila sabiendo que ese ser del infierno campaba a sus anchas por mi casa.

—Y no es solo una cuestión de seguridad; lo hago por ti, quiero hacerte abrir los ojos.

Intencionada o no, su afirmación estableció una rápida conexión en mi cabeza.

—«Si tus ojos no pueden ver, mira a través de los míos».

El chico asintió.

—Vamos —volvió a insistir—, Coyote ya debe estar bastante lejos.

—¿Cómo sabes su nombre?

Él se subió otra vez la capucha y respondió como si fuese una obviedad.

—Sé mucho sobre vosotros.

Pensé que con esa respuesta no hacía más que empeorarlo, pero me di cuenta de que la introversión era una de sus mayores virtudes y lo encuadré en su contexto.

—Déjame hablar contigo y, si quieres, vuelve luego y quédate aquí —reiteró.

Pero por mucho que me garantizase la conveniencia de seguirle el juego, no conseguía convencerme de que esa fuese mi mejor alternativa. Entonces sucedió algo con lo que ninguno contábamos.

—¿Danieeela? —preguntó alguien con voz melosa desde la puerta.

«¿¿Desmond??» Le hice un gesto al chico informático para que se escondiera y pegué la espalda a la pared.

—Acabo de oírte, sé que estás ahí —me advirtió Desmond Warren. El tono empleado me produjo un terrible escalofrío—. Vamos, no pretenderás esconderte en un apartamento de, no sé, ¿cuarenta metros cuadrados, a lo sumo? Dios santo, no sé cuánto dinero se podría sacar por un cubículo así.

No entendía qué hacía ese hombre en mi casa, y mucho menos comportándose de ese modo. Tal vez se había propuesto ratificar lo grandísimo hijo de puta que era.

—He venido antes, pero no estabas. ¡Una pena! Aunque… no te preocupes, como ves, soy un hombre paciente. Cuando quiero algo, no me precipito ni pierdo la cabeza. Simplemente, voy dejando que poco a poco se vaya acercando a mí hasta que… ¡Zas! ¡Lo atrapo con los dientes!

Desmond Warren cerró la puerta tras de sí de un portazo. Estaba claro que sus intenciones no eran honestas. Debía tener cuidado, pues no sabía si poseía algún arma, y aunque su voz no lo denotase, podría haberse drogado o emborrachado.

—Contigo ha sido así, pequeña conejita —continuó diciendo mientras se acercaba—. Llevas escondiéndote de mí desde la primera vez que nos vimos, pero ya ves, aquí estamos tú y yo. Ese cometa te ha jugado una mala pasada, ¿sabes? Porque me ha hecho replantearme alguna que otra cosa.

El chico informático me miró buscando indicaciones sobre cómo actuar. Aunque deseaba que saltase sobre él y le reventase la cabeza, le hice un gesto para que se mantuviese oculto. No veía ningún objeto contundente cerca de mí que pudiese usar para defenderme, pero junto a él había un cenicero de cristal bastante robusto. Le indiqué que lo cogiese.

—Un año y pico, dicen que nos queda. Después… ¡Pum! ¡Todo al cuerno! Como que las cosas han dejado de tener mucho sentido,

¿eh? No sé, el trabajo, los ahorros, las deudas, las condenas…

«¿Las condenas? ¡Cerdo de mierda! ¡Vas a saber lo que es una condena!»

El sonido de unos trozos de cristal pisoteados llegó desde la cocina. Parecía que Warren había elegido ese lugar para empezar a probar suerte en su cacería. De haber estado sola en esos momentos no sé lo que hubiera pasado. Pero no lo estaba, y aunque el chico informático era flacucho y se notaba que no había levantado una pesa en su vida, sí que tenía nervio encerrado.

—He pensado que lo más lógico sería invertir ese tiempo en disfrutar de los placeres de la vida, ¿no te parece? Y quien dice «de la vida», dice «de la carne…». Estoy seguro de que ambos lo podemos pasar muy bien. Total, ¿qué puede ocurrir? ¿Qué te arrepientas? No será una carga que arrastres muchos años…

Ya de por sí, imaginarme teniendo sexo con semejante espécimen me revolvía las tripas. Pero es que, además, el muy cabronazo había venido a violarme. Había oído la noticia en la televisión y lo único que su mente había elucubrado era que podría forzar a las mujeres sin temor a represalias. Solo por individuos como Desmond Warren el mundo podía irse tranquilamente a la mierda y nadie lo echaría en falta.

—A propósito —añadió al atravesar la puerta que unía la cocina con el salón—. Sé que no estás sola. Hablabas con alguien, pero los teléfonos no funcionan. Estás con una amiga, ¿verdad?

El señor Warren no tuvo tiempo de poner el segundo pie en el salón. En cuanto entró en su campo visual, el chico informático se abalanzó sobre él y le estampó el cenicero en el rostro.

—¡No soy ninguna amiga, mamón! —le gritó al golpearlo.

Dando un enorme alarido, el señor Warren reculó. El duro cristal le había partido el tabique nasal y una gran hemorragia brotaba por sus narices. Me sorprendió la rapidez y la decisión con la que el chico informático lo había atacado, que unido al factor sorpresa, habían formado un embate demoledor. Pero la víctima era corpulenta y sus niveles de adrenalina se habían disparado.

—¡¿Y tú quién cojones eres?!

Entonces vi que portaba un bate de beisbol en la mano y me enfurecí. ¿Para qué pensaba utilizarlo ese desgraciado cuando entró con él en mi casa? Me lancé sobre su espalda y le propiné un fuerte mordisco en el hombro. Nunca había sido una persona violenta, pero lo que pretendía hacer conmigo ese individuo merecía un castigo. Desmond Warren volvió a gritar con la misma virulencia.

—¡Serás zorra! ¡Te vas a enterar!

Con un rápido movimiento me cogió del pelo y, dando un brusco tirón, me arrojó al suelo. El chico informático corrió en mi ayuda, pero el señor Warren se anticipó a su ataque y le asestó un golpe con el bate en la pierna, haciéndolo doblar la cintura. De inmediato, aprovechó para estrellárselo de nuevo en la cara, dejándolo temporalmente inconsciente.

—¡Eres un psicópata y un salvaje! —le grité, deseando desde lo más profundo poder hacerle mucho daño.

—¡Gracias! —exclamó pegándome una bofetada—. ¿Y ahora? ¿Quién te va a defender? Vine con la intención de que ambos lo pasásemos bien, pero me has hecho cambiar de opinión. Ahora solo seré yo quien disfrute.

Intentó arrancarme los botones de la camisa pero lo sujeté por la muñeca y se lo impedí. Entonces lanzó un pequeño quejido, atenuado sin duda por la ingente cantidad de testosterona que colmaba su cuerpo.

—¡Maldito bicho!

El inquieto arácnido, liberado de su cárcel de cristal, se las había arreglado para trepar a su mano y había hincado sus afilados dientecillos en ella. El sarpullido fue inmediato; debía tratarse de una especie bastante venenosa. Desmond Warren miró a la araña, la espachurró de un puñetazo contra el suelo y luego se acercó la mano a los ojos. Lo que vio no debió gustarle.

—¡Una espalda roja! ¡Joder, cómo escuece!

La urgencia del imprevisto le hizo aligerar su opresión.

—¡Rápido, dame el antídoto!

—No tengo ningún antídoto.

—¿Qué? ¿Tienes espaldas rojas en casa y no tienes antídoto? ¡Eres más tonta de lo que pensaba!

Desmond Warren se incorporó y sacó de un bolsillo del pantalón un puñado de bridas de plástico. Me agarró una mano e intentó rodearla por la muñeca con una de las alargadas tiras, pero sus movimientos empezaron a volverse torpes e inseguros. Sus ojos empezaban a perder la orientación dentro de sus cuencas oculares. Parecía sentirse aturdido y mareado. Se puso en pie tiritando y se apoyó en el armario.

—No… no te muevas de aquí. Vuelvo… enseguida —dijo, mientras se daba la vuelta y se alejaba dando tumbos hacia la puerta.

Gateé hasta el chico informático y le sujeté la cabeza. Tenía una fuerte contusión en la frente. Me levanté y fui al baño. Mi pulso seguía enloquecido. Cogí una toalla, la empapé de agua fría y

regresé con ella al salón. Se la puse sobre la cabeza y esperé a que le surtiese efecto. Por fortuna, solo tardó unos segundos en despertar.

—Uff… qué dolor de cabeza…

—Venga, tenemos que irnos de aquí.

—¿Dónde está ese tipo?

—Se ha ido, pero volverá en cuanto pueda.

El chico informático asintió. Lo ayudé a levantarse y lo acompañé hasta una silla.

—Cogeré cuatro o cinco cosas imprescindibles.

Fui hasta la habitación, busqué mi maleta y me dispuse a meter en ella algunas mudas para cambiarme y artículos de higiene personal. Pero entonces me di cuenta de que seguía llena con las cosas que había llevado a Hong Kong. La abrí y vi que todo estaba limpio y ordenado, tal y como lo había colocado antes de partir. Resoplé. No tenía tiempo para comerme el tarro con sinsentidos. Reuní algo de dinero rebuscando por los cajones y lo arrojé dentro. Después, cerré la cremallera y volví al salón.

—Vamos. ¿Tienes el coche cerca?

—¿El coche?

—Sí, el mío está en un taller y hemos acordado que las calles no son seguras.

—Mi coche está en el garaje —dijo—. Pero todavía no tengo carné de conducir.

—¿Tienes coche pero no tienes carné?

—Bueno, es una larga historia.

—De acuerdo, si no sabes conducir, lo haré yo. Andando.

Salimos del apartamento sudando cautela. Me asomé por el hueco de la escalera y comprobé que todo estaba en calma. Bajar caminando nos obligaría a estar alerta, pero prefería eso a tener que usar el ascensor.

—Qué silencio —susurró el chico informático.

Le hice un gesto para que me siguiera y comencé a descender los primeros peldaños. Al llegar al descansillo, nos encontramos a Desmond Warren caído en el suelo, bocabajo. Tenía una brecha en la frente por la que había perdido sangre, pero no parecía que la hemorragia constituyese su mayor preocupación.

—¿Crees que está muerto?

—No lo sé.

Le toqué el cuello. Tenía pulso, aunque su temperatura era muy alta. Probablemente el veneno de la araña le hubiese provocado fiebre. Supuse que no le quedaría demasiado con vida y me alegré.

Estuviese bien o estuviese mal, lo hice.

—Todavía respira. Tendrá que arreglárselas por su cuenta. No se merece que perdamos el tiempo con él —sentencié.

Continuamos bajando sin interrupciones hasta el portal. Estaba en penumbra, pero el camino hacia la calle parecía despejado. Me acordé otra vez del señor Francisco. Vivía en un piso de la primera planta. Acabábamos de pasar por ella sin sobresaltos, así que no supondría un mayor problema subir de nuevo y llamar a su puerta. Le tenía una gran estima y quería asegurarme de que se encontraba bien.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida.

El chico informático se sorprendió y me miró preocupado.

—¿Adónde vas? —me preguntó, pero para entonces yo ya saltaba los escalones de tres en tres hacia arriba.

Cuando llegué al rellano, me dirigí a la puerta bajo la A mayúscula y pulsé el timbre. Del interior llegó un sonido que parecía querer imitar las imponentes campanas de las catedrales europeas, pero, aunque esperé unos segundos, el señor Francisco no acudió a mi llamada. Sentí unos ojos sobre mi nuca, provenientes del piso superior. Me giré con rapidez, pero no vi a nadie junto a la barandilla de la escalera. Hubiera jurado que allí había alguien, escondido quizá entre los oscuros dobleces de las sombras, pese a que no pudiera situarlo. Sentí miedo. Noté una presencia a mi espalda, alguien pegado a mí alargando su brazo hasta tocarme.

—Eh, ¿qué haces aquí?

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar del susto. Mi corazón había saltado tanto que casi había impactado contra la úvula.

—¡Dios! ¡Por poco me matas! ¿Estás loco?

—Perdona, no era mi intención —se disculpó el chico informático.

—Creo que hay alguien en la escalera. Allí —dije, señalando hacia el descansillo del segundo piso.

Él se acercó al hueco y, alzando la vista, escudriñó la penumbra.

—Si hay alguien ahí, hace esfuerzos por ocultarse —remarcó—. Venga, vámonos cuanto antes. En la calle las cosas empiezan a ponerse feas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Hay tensión en el ambiente.

Esta vez fui yo la que le seguí a él escaleras abajo y mientras atravesábamos el portal. Tal y como decía, del exterior llegaban gritos que presagiaban aguas revueltas.

—¿No has visto a Coyote? —quise saber.

—No. Habrá salido del edificio. Los gatos suelen escaparse por cualquier recoveco.

Era cierto, pero no me consolaba. Y aunque no fuesen casos comparables, tanto Ronnie como el señor Francisco, como Coyote…, digamos las personas y seres más cercanos a mí, iban poco a poco desapareciendo, y por desgracia, cuando más los empezaba a necesitar a mi lado.

Abrimos la puerta y alargamos el cuello para otear la avenida. Un nutrido grupo de gente armaba jaleo a unos trescientos metros. Los más exaltados se habían subido a unos coches y agitaban palos y barras de metal en el aire. Cuando les parecía, los estampaban contra los vehículos entre risas descontroladas y vítores. Parecían guiados por la ebriedad más que perseguir algún objetivo o reivindicación clara. Cerca de ellos, ardían unos contenedores volcados en mitad de la carretera.

—Por ahí es mejor que no intentemos pasar —dedujo con buena lógica el chico informático.

—Está mucho peor que cuando llegué hace un rato.

—Y más que se pondrá. ¿Ves esa furgoneta blanca? A la de tres vamos hacia ella y desde allí cruzamos la calle hasta el buzón. Luego iremos pegados a los edificios hasta la esquina, con mucho cuidado de que no nos vean. A unos cincuenta metros por la misma acera está la entrada al garaje.

—De acuerdo.

—¿Preparada?

Le aseguré estarlo.

—¡Vamos!

Caminamos agachados hasta la furgoneta y, sin dejar de movernos, atravesamos la carretera. Nada más pisar el ándito opuesto, la alarma de un escaparate empezó a sonar de forma estruendosa. Alguien acababa de romper su cristal con un ladrillo.

—¡Vosotros! —voceó de repente un hombre corpulento a escasos metros de donde nos encontrábamos. Estaba sentado en el escalón de un portal junto a otro individuo medio dormido. Ambos tenían cara de haberse pasado la noche bebiendo vino.

—No tendréis un par de dólares por ahí, ¿verdad?

—¡No te pares! —apremió el chico informático.

—¡Venga, hombre! ¿Para qué queréis ya el dinero?

—Lo siento —le dije—, no llevamos suelto.

Pero el hombre no acostumbraba a darse por vencido, así que sacó una pistola del interior de su cazadora y me apuntó con ella.

—¿Dónde vais? ¡Volved aquí ahora mismo!

Parecía incapaz de sujetar derecha el arma. Aunque disparase, sería muy difícil que nos alcanzase. Sin embargo, el ruido atraería a los violentos que calle abajo habían empezado a desbalijar los comercios más cercanos y era muy difícil prever su comportamiento.

—¡Dadme todo lo que llevéis encima! —ordenó en tono tajante.

El chico informático y yo nos miramos nerviosos.

—No llevamos nada, ya se lo hemos dicho —dijo él, palpándose los bolsillos.

—¡No me toquéis los cojones que os pego un tiro! —gritó mientras pasaba a encañonarle—. ¿Y esas bolsas y esa maleta, qué?

—¿Qué haces, tío? —balbuceó su compañero, entornando al fin un ojo.

—Estos, que no nos quieren ayudar.

—Ah… Pues cárgatelos.

—Sí, eso va a ser lo que haga.

Aquel individuo parecía carecer de escrúpulos que le impidiesen llevar a cabo sus amenazas; sin embargo, el sonido de una sirena de policía aproximándose lo hizo recular.

—¡Joder, tú, vámonos! —le azuzó a su compañero.

—Lo que nos faltaba…

A duras penas, los dos individuos lograron ponerse en pie y se alejaron tambaleándose calle abajo. El chico informático parecía tentado a seguirlos, pero seguramente entendió que eso no nos llevaría a nada y cambió de parecer. El coche de policía pasó a nuestro lado a alta velocidad, dirigiéndose a los disturbios desatados al final de la avenida. Al verlo llegar, la caótica algazara se descontroló y cada uno de sus integrantes reaccionó de una forma distinta. La mayoría optó por salir corriendo, pero otros cuantos creyeron que lo mejor era dejar claro desde el principio que no pensaban someterse a una autoridad nunca más y comenzaron a lanzar objetos hacia los agentes en cuanto estos pusieron un pie sobre el asfalto. Los dos policías no se amedrentaron y, armados con rifles de proyectiles de goma, abrieron fuego contra los insurgentes. La trifulca tenía visos de no haber hecho más que empezar, y no parecía conveniente quedarse a comprobar su incierto devenir.

—¡Vamos! —le dije al chico informático, tirándole del brazo.

Recorrimos la distancia que nos separaba de la esquina del edificio y la doblamos con precaución. Era imposible saber qué nos esperaría en cualquiera de los rincones de la ciudad, así que se antojaba crucial actuar en todo momento con la máxima cautela. La

calle aparentaba estar tranquila, tal vez por ser una vía estrecha sin mucho interés de paso. Su mayor virtud era servir de conexión entre la avenida principal y otras paralelas, pero no albergaba comercios ni servicios públicos. Nos metimos en el garaje bajando por la rampa de vehículos a sabiendas de que constituía una temeridad. Tal y como estaban los nervios, podíamos encontrarnos con un coche viniendo de frente y no tener tiempo de apartarnos, pero no pensamos en ello en aquellos momentos.

—Está en el segundo sótano.

Descendimos dos pisos por las escaleras de hormigón y entramos en la zona de los aparcamientos. Algunos fluorescentes del techo parpadeaban rogando un mantenimiento al que nadie atendía. Me fijé en que muchas de las plazas estaban vacías, lo que significaba que la gente se había apresurado todo lo posible a hacer las maletas y dejar su casa. Esperaba no toparme con ellos a la salida de Melbourne o el atasco sería monumental.

—¿Cómo puede ser que todo el mundo se haya ido ya de la ciudad? —pregunté.

—Porque tienen pánico. Los he visto desde el tren mientras volvía a por ti, dando puñetazos al claxon como posesos, como si la salvación les fuese en ello. Pero no te preocupes, nosotros no seguiremos su misma ruta.

El chico informático accionó un botón de la llave de su coche y un Mitsubishi Magna de color granate y apático acabado encendió sus intermitentes a modo de bienvenida. Tenía una buena capa de polvo encima y algunas abolladuras repartidas a lo largo de su carrocería, la más profunda, situada en el parachoques delantero.

—No sabía que a esos modelos tan antiguos los hubiesen dotado de apertura automática —observé.

—Creo que se lo puso el anterior dueño, no venía de serie —repuso él—. Toma las llaves, quedamos en que conducías tú.

Me extrañó que para no tener carné siempre llevase las llaves encima, pero no quise comentar nada al respecto.

—Está bien —accedí.

Entramos en el coche y nos abrochamos el cinturón. Lancé mi mochila al asiento trasero y ajusté los espejos y la distancia a los pedales. Introduje la llave en el contacto y la giré. El viejo motor diésel gruñó como un ogro que despierta de un sueño legendario y empezó a carburar.

—De acuerdo. ¿Adónde vamos? —pregunté, agarrándome al volante.

—Hay unos garajes en Malvern East que usamos las bandas de la

zona para ensayar. Nos resguardaremos dentro unas horas.

—¿Tocas algún instrumento?

—La guitarra.

Asentí. Saber que era músico mejoraba mi predisposición hacia él.

—¿Crees que estaremos a salvo allí?

—Es donde me he escondido estos días, desde que supe que la Policía iba a inspeccionar mi casa.

—¿Quieres decir que no te arrestaron?

—Por supuesto que no me arrestaron. Tengo pinchadas sus emisoras, conozco sus pasos y puedo anticiparme. —El chico hizo una pausa—. Bueno, las tenía. Ahora vamos a ciegas.

—Llevo bastantes horas sin dormir, no sé si aguantaré despierta muchas más.

—No te preocupes, en quince minutos habremos llegado. Hay un sillón y algunas mantas, y quizá quede algo de comer. Podrás descansar un rato —dijo, interactuando con la pantalla de su teléfono—. Ahora necesito que te concentres en la conducción. Venga, salgamos de aquí.

Sin más dilación, puse en movimiento el vehículo y enfilamos las rampas que nos llevaban de vuelta a la calle.

—Izquierda —indicó el chico informático poco antes de entrar en la vía.

Seguí las sucesivas instrucciones que me fue dando y en poco tiempo estábamos a tres o cuatro manzanas de nuestros edificios. Hasta allí no habíamos encontrado ni semáforos ni personas, algo que a partir de entonces cambió radicalmente. Nada más desembocar en una de las calles que bajaban al puerto, una gran masa humana se irguió ante nosotros cortándonos el paso.

—¿Te preguntabas dónde se había metido la gente?

—Por ahí no podremos pasar —constaté.

—Ni de coña. ¡Media vuelta!

Frené y di marcha atrás unos metros, girando para poder cambiar de rumbo.

—Probaremos por Hoddle hasta Alexandra.

—¿Te has fijado? Casi todos llevan algún objeto contundente —dije, al verlos portar barras de hierro, bates de beisbol e incluso machetes.

—Espero que solo quieran usarlos para defenderse. ¡Métete por aquella!

Entre tanto, un pequeño grupo formado por tres hombres y dos mujeres se había pegado demasiado al coche, dificultando nuestro

avance.

—¿Y a estos qué les pasa? —se impacientó mi copiloto.

—Intentaré dejarlos a un lado.

Solté medio embrague y aceleré despacio. No quería hacerlos presuponer que pretendía atropellarlos. Pero mis precauciones fueron en vano. Sin mediar palabra, uno de los hombres golpeó el capó del coche con un palo bastante grueso mientras lanzaba un grito de furia.

—¡¡Me cago en…!! —exclamó a su vez el chico informático—. ¡Date prisa, Daniela, que nos cosen a hostias!

Clavé el pie en el pedal derecho y di un volantazo para no pasar por encima de ninguno de ellos, aunque en mi opinión bien lo mereciesen. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto antes de propulsarnos hacia delante. Los viandantes dieron un paso atrás temiendo lo peor, pero por fortuna nadie resultó herido. Esquivamos a unas cuantas personas más que se habían acercado a nosotros no sabía muy bien por qué, y aceleré con la calzada despejada. Se me helaba la sangre al ver las calles de Melbourne convertidas en el plató de una película de zombis, con gente deambulando perdida como si tuviese frito el cerebro.

—¿¿Y los semáforos?? —pregunté al aproximarnos con rapidez al luminoso círculo rojo que nos ordenaba detenernos frente a un cruce de caminos.

—¡Nos los saltamos! ¡Todos! —sentenció Omar.

Me pareció buena idea. Levanté un poco el pie del pedal y no dejé de mirar a ambos lados hasta que atravesamos la perpendicular. Después, callejeamos con rapidez por varias manzanas hasta desembocar en Hoddle Street, desde la que enlazamos con Punt Road hasta cruzar el Yarra. Luego tomamos Alexandra Avenue hacia el este, dejando la isla de Herring a un lado, antes de girar al sur y afrontar una Toorak Road en la que el tráfico se volvía más denso.

—Lo has hecho fenomenal —reconoció el chico informático.

—Gracias. No estoy acostumbrada a conducir bajo tanta presión.

—Lo imagino. Ya solo nos queda coger la autopista Monash un poco más adelante y pronto habremos llegado.

Aparcamos en una explanada de gravilla rodeada de una veintena de garajes y bajamos del coche. Tenía los dedos agarrotados por la tensión con la que había estado sujetando el volante y los ojos enrojecidos por una excesiva concentración en la carretera.

—Es ese de ahí —me indicó.

Cogimos nuestras cosas y esperamos unos instantes para

corroborar que no nos había seguido nadie. El chico informático abrió la portezuela del garaje que había señalado y entramos dentro. Una ventana en la parte trasera dotaba al espacio de cierta claridad, pero todavía faltaban unas cuantas horas para que amaneciese. Omar la cubrió con una cortina y encendió una bombilla que, a modo de lámpara minimalista, colgaba solitaria del techo.

—Aquí practicaba con mi banda dos días por semana —dijo, haciendo desviarse mi atención hacia un póster que anunciaba un concierto colgado en la pared. El nombre del grupo era Final Exit y el evento había ocurrido hacía algo más de seis meses—. Podemos quedarnos unas horas. Duerme ahí, yo tengo libros para entretenerme, y también vigilaré de vez en cuando por si se mueve algo fuera.

Aparté unos cuadernos con partituras para guitarra y me senté en un hueco del sofá. Era muy antiguo y estaba lleno de manchas, pero parecía cómodo. Seguramente proviniese de la renovación del mobiliario de alguna vivienda cercana. El chico informático cogió una manta que reposaba sobre una silla y me la tendió. Olía a armario cerrado, pero parecía libre de parásitos, así que la acepté sin reproches y me cubrí con ella las piernas. Sin decir nada más, el chico dio media vuelta y se sentó en la silla que había quedado libre.

Me recosté sobre el brazo del sofá y subí los pies, adoptando una postura más cómoda. Sentía un enorme aturdimiento por todo lo que había acontecido en mi vida en los últimos días, pero tenía la esperanza de encontrar pronto algunas respuestas. También sentía mucho miedo. Miedo hacia lo desconocido, hacia lo salvaje, hacia el hombre hecho hombre de vuelta a las cavernas. Nadie podía predecir nuestro destino sin tener una gran probabilidad de equivocarse. Pero eso tampoco es que importase demasiado porque, en el fondo, ya todo daba igual.

XIII

27 de septiembre de 2012
7 años antes del Año de Incertidumbre

Respiré hondo. Quedaban diez minutos para las nueve de la mañana y la cafetería del hospital empezaba a verse bastante concurrida, sumando empleados del propio centro y familiares de pacientes con cara de no haber pasado una buena noche. Apuré mi valeriana y dejé la taza en la bandeja. Había llegado la hora, el momento para el que me había estado preparando toda mi vida. Si todo iba bien, y no tenía motivos para esperar lo contrario, desayunaría allí por segunda vez cada día durante los próximos años. Tal vez junto a algunos compañeros que se encontraban entonces a mi lado. Me encantaba la idea. Había visto a varias mujeres con aspecto de auténticas profesionales de la medicina y mi sueño era convertirme poco a poco en una de ellas e ir compartiendo con mis colegas los casos de pacientes anónimos. Esperaba, sobre todo, que me asignasen una buena mentora de la que pudiese aprender las vicisitudes de la medicina práctica.

Me levanté, dejé mi bandeja en el carro y salí de la cafetería. Tomé uno de los ascensores en la planta baja y subí al cuarto piso, donde se encontraba la unidad de psiquiatría. Acudí al mostrador y hallé a un hombre tecleando frente al ordenador, muy enfrascado en su trabajo.

—Buenos días —le saludé.

El hombre alzó la mirada. Tenía aspecto de ser un tipo simpático.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte?

—Soy Daniela Palmer, me han dicho que pregunte por la doctora Natalie Hoffman.

—¡Ah! ¿Eres la chica que empieza hoy? —me preguntó mientras descolgaba el teléfono.

Le dije que sí.

—¡Pues bienvenida! Seguro que te va bien aquí, ya lo verás. Somos todos una pequeña familia. ¿Doctora Hoffman? —le dijo al aparato—. Está aquí la señorita Palmer, digo, la doctora Palmer.

Perdona —me dijo, tapando el micrófono con la mano—. Muy bien, de acuerdo. Ajá. Muchas gracias, doctora Hoffman. Espere aquí, por favor, que ahora mismo viene.

—Gracias.

Me entretuve observando un corcho con dibujos y fotografías expuesto junto al mostrador. Había instantáneas tomadas con una Polaroid en ese mismo sitio y también otras celebrando varios acontecimientos, no sabía si jubilaciones de veteranos, despedidas o simplemente algunos cumpleaños. La gente salía muy sonriente en las fotografías. Se podía respirar un buen ambiente en ellas.

Los pasillos se veían tranquilos —eso era importante en un hospital—, y las paredes estaban pintadas con colores suaves. La luz era adecuada. Me pareció un buen entorno para trabajar.

—Por cierto, yo soy Tobias Atkins, aunque me suelen llamar Tobit.

—Encantada, Tobit. ¿Esos de las fotos sois todos vosotros? —le pregunté señalando al tablón.

—Pufff… Pues muchos sí, los irás conociendo. Otros han cambiado de centro, aunque de vez en cuando quedamos alguna noche para tomarnos una copa. Hay un pub irlandés bastante chulo aquí cerca y la cerveza es barata. Los que salen sin bata son, en su mayoría, pacientes que están o han estado ingresados en esta planta.

—Tienen buena cara.

—Sí, bueno, suelen ser fotos de cuando les damos el alta.

—¿Doctora Palmer?

Podría decir que la jefa de psiquiatría se había casi materializado detrás de mí.

—Buenos días, doctora Palmer, soy la doctora Natalie Hoffman, jefa de la unidad de psiquiatría.

La primera impresión que me dio esa mujer fue diametralmente opuesta a la que me había dado Tobit minutos antes. La noté fría, impenetrable, capaz de ser sustituida por una máquina de cubitos de hielo sin la menor merma de sentimientos.

—Mucho gusto —le contesté.

—Venga conmigo, le enseñaré los vestuarios y el que será su despacho. ¿Le han dado el uniforme?

—Todavía no.

—Lo pediremos por el camino.

Acompañé a la doctora por los pasillos mientras me iba explicando qué era cada sala, hacia dónde dirigía cada desvío y quiénes eran las personas a tener en cuenta en cada una de las

áreas. Aunque no era el mayor hospital de Melbourne, se constituía en un edificio bastante grande, con varias plantas y un montón de gente trabajando en él.

Nos detuvimos frente a una máquina de café expreso con la fotografía de una humeante taza entre granos de café tostados. Sin embargo, el olor que desprendía la cubeta de goteo evocaba otra cosa.

—¿Quiere un café?

—Acabo de desayunar abajo, gracias.

—Ha hecho bien. A partir de este momento, y mientras esté en este centro, no tendrá tiempo de volver a hacerlo.

Creí percibir un atisbo de sonrisa maliciosa en sus labios.

—Bueno, si vengo un poco antes de que empiece mi turno…

Su semblante se ensombreció.

—Usted verá, pero, estando ya en el hospital, perder el tiempo en la cafetería… En fin.

—Claro.

De inmediato confirmé mis sospechas: aquella mujer dejaba bien claro las líneas que no debían cruzarse, y entre su vida profesional y la personal había marcado un trazo bien grueso.

La doctora Hoffman recogió su cortado y proseguimos nuestra ronda. Cada cierto tiempo interrumpía su discurso para dar un pequeño sorbo al café. Me sorprendió que, tras el primer contacto con su boca, la bebida no se hubiese helado por completo. Cogimos un ascensor y descendimos a la planta baja para recoger mi bata en el almacén.

—Mire, hoy va a conocer al doctor Kinnaman —me dijo la doctora, señalando con una carpeta hacia adelante—. Es el director.

El doctor Kinnaman era un hombre alrededor de los cincuenta, serio, con el pelo moreno, de constitución ancha y alta estatura. Vestía un traje marrón oscuro y unos zapatos negros relucientes. Hablaba con dos mujeres de bata blanca que supuse serían médicos o enfermeras del hospital. Al vernos llegar, se despidió de ellas y nos prestó su atención.

—Doctor Kinnaman, le presento a la doctora Palmer.

—¡Ah! Es la psicóloga que se une a nosotros hoy. Es un placer tenerla en nuestro equipo.

Su voz era ronca y profunda, transmitía experiencia; era una voz perfecta para el cargo que ostentaba. Que la doctora y él no se hubiesen saludado al empezar a hablar me hizo suponer que ya se habrían visto antes. Agradecí su deferencia con cortesía y le mostré mi agrado por formar parte de la plantilla.

—Vamos a por el uniforme —informó la doctora.

—Bien, que tengan un buen día.

—Igualmente. Por cierto, doctor Kinnaman, tenía pendiente entregarle esta carpeta, así que aprovecho ahora que le tengo delante.

El director Kinnaman se colocó las gafas que le colgaban del cuello, tomó la carpeta y la abrió para ojear los documentos que contenía.

—Muy bien. Cuando los lea, nos reunimos y lo hablamos.

Nos despedimos nuevamente y continuamos sin más interrupciones hasta el almacén de vestuario. Allí me entregaron dos batas como las del resto de facultativos y me dieron la opción de adquirir más unidades a precio reducido. Después, volvimos a la cuarta planta y, tras unas pocas indicaciones más, por fin pude ver cuál sería mi consulta. Era un espacio diáfano y funcional, con todo lo imprescindible para recibir a mis futuros pacientes. Me hubiese gustado contar con butacas más cómodas que las típicas sillas ordinarias que se podían encontrar frente a la mesa de cualquier consulta, pero no estaba mal para comenzar.

—Siéntase cómoda. Llamaré a los del soporte informático para que le enseñen a conectarse con su usuario y le den unas instrucciones básicas. Luego vendrá un compañero a explicarle cómo funciona el programa con el que trabajamos. Si necesita cualquier cosa, llámeme. Con el teléfono de su escritorio hay que marcar el 0 al principio.

La doctora Hoffman me entregó una tarjeta con su número y se fue a atender otros asuntos que la requerían, dejándome sola en la consulta. No me lo creía. Había conseguido mi sueño. Años y años de duro trabajo y esfuerzo sobrehumano para lograr ser una de las primeras de mi promoción y conseguir una plaza en el hospital de una de las principales ciudades de Australia. Me sentí realizada y orgullosa de mí misma. Quería hacer partícipes a los demás de mi felicidad y pensé en llamar a mi madre, o a Diana, o a Ronnie, uno de mis mejores amigos por aquellas fechas.

Mi vida profesional apuntaba bien alto y ni por lo más remoto imaginaba que en apenas un año y medio daría un vuelco tan violento como el que dio. Quizá debí haber intuido que amenazar con destapar una trama tan truculenta como la que se cernía sobre el hospital solo podía acarrearme represalias.

XIV

23 de julio de 2019
Día 3 del Año de Incertidumbre

Oí cómo la cabeza del chico informático chocaba contra la bombilla, haciendo oscilar el cable y animando las sombras de la pared y el suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó, intentando controlarse—. Mierda, ¿te he despertado?

Solté un pequeño bostezo. Aunque de buena gana la hubiese alargado un poco más, me había venido muy bien esa cabezada.

—¿Habías olvidado que estaba ahí?

Él no contestó. Vi que llevaba dos latas de cerveza en las manos. Se acercó a mi lado, abrió una de ellas y me la ofreció. Estaba sedienta y tenía mucha hambre, y como no sabía si en aquel pequeño antro habría algo masticable, decidí conformarme con la bebida. Pegué el frío envase de metal a mi cara para espabilarme antes de probarla y me estiré.

—¿Es la cena o el desayuno?

—Lo segundo. Pronto saldrá el sol.

—Me encanta la cerveza por las mañanas —afirmé con sarcasmo.

—Me temo que en adelante tendrás que aprender a amoldarte a lo que tengas. Como todos.

Di un par de sorbos. Al menos era clara y de sabor suave.

—¿Y bien? —le pregunté. Sentía una impaciente curiosidad por ver cómo hilvanaría la disculpa que me debía por tener fotos mías en su portátil.

—¿Qué?

—Soy toda oídos, Omar. Porque te llamas así, ¿verdad? Me suena habérselo oído decir al comisario…

—Sí —confirmó sin vacilar.

—Pues adelante.

Omar bebió de su cerveza. Parecía no saber muy bien por dónde empezar, pero había captado que le exigía una explicación.

—Oye, para que pueda confiar en ti, lo primero que debes

explicarme es por qué había fotos en tu ordenador en las que salía yo.

Él tragó saliva.

—Vamos, no me hagas tirarte de la lengua.

—De acuerdo —accedió a aclarar—. No sé si lo creerás, pero las fotos eran solo un señuelo, una distracción para situaciones de emergencia.

—¿Un señuelo? ¿A qué te refieres exactamente?

—A que yo no quería tus fotos para nada que no fuese el desviar la atención de la Policía en caso de que mis equipos fuesen requisados.

—¿Bromeas?

—Para nada. Necesitaba material, te veía todas las noches en tu terraza y pensé en tomarte unas cuantas fotografías para aparentar ser un acosador.

—Pero no lo eres.

—No.

Saqué los cigarrillos del bolsillo de mi chaqueta. Le ofrecí uno, pero lo rechazó. Me lo llevé a la boca y lo prendí. Aspiré una larga calada. En ese momento me di cuenta de que había estado bastante tiempo sin fumar y tampoco era que lo hubiese echado de menos.

—¿Y quieres que me crea esa estupidez?

—Eso espero.

—¡Pues no! ¿Por qué no se te ocurrió descargar unas cuantas fotografías de internet?

—¿De chicas anónimas? ¡No! Cualquiera tiene en su ordenador ese tipo de fotografías. Ningún investigador las tendría en cuenta. Necesitaba material de alguien específico, alguien próximo a mí.

—Y me elegiste al azar.

—Prácticamente, sí, así fue.

Guardé silencio. Todavía no sabía cómo de enrevesado podía llegar a ser aquel muchacho, por lo que su versión no debía descartarse tan pronto.

—Estuviste a punto de meterme en un buen lío.

—Lo sé. Y lo siento.

Bebí otro sorbo de cerveza. Seguía bastante fría. Sin duda, aunque vieja y medio oxidada, la pequeña nevera que tenían en el garaje cumplía de sobra su función.

—Por lo visto, tu estrategia no te sirvió de mucho. Al final te descubrieron, fuese lo que fuese eso que tenías entre manos…

Omar se frotó los ojos. Parecía molestarle el humo, así que apagué el cigarrillo contra la lata de cerveza y eché la colilla

dentro.

—Bueno, en realidad solo en parte.

—¿Solo en parte? ¿Es que piensas hundir alguna otra compañía más antes de que acabe la semana? Si te digo la verdad, ahora mismo creo que es una pérdida de tiempo.

—A ver, escúchame atentamente —dijo, mirando hacia el suelo—. Esa dedicación no ocupaba más del cinco por ciento de mi tiempo. No era más que un *hobbie* para relajarme.

—Pues no sé si quiero saber más…

—¡Tienes que saberlo! Porque te guste o no, tú también estás involucrada. Tú y el resto del mundo, claro.

—No me digas.

—Así es, te guste o no.

Me recosté en el respaldo del sofá. Que todas estas circunstancias se estuviesen dando a la vez no podía ser casual.

—¿Guarda alguna relación con el cometa Arcángel? —me aventuré a preguntar.

—¡Sí! Bueno, en cierto modo.

—¿En cierto modo? Vamos, ve al grano de una vez.

—Muy bien. —Omar carraspeó—. A parte de mi afición por la música y mi trabajo de administrador de sistemas… Por tu comentario anterior deduzco que ya sabes a qué me dedico, ¿no es así?

—Eres un hacker. Me lo dijeron en la comisaría.

A él ese término no parecía acabarle de encajar.

—Digamos que analizo vulnerabilidades en redes y sistemas distribuidos.

—Y aprovechas esos análisis para robar información clasificada de empresas y hacerlas quebrar.

—Solo cuando lo merecen —se escudó, rechazando la acusación.

Sin ninguna duda, Omar era de esos jóvenes brillantes que si se hubiesen decantado por el laboratorio en lugar de por la informática, habrían descubierto ya varias vacunas. Sin embargo, él se dedicaba a hundir grandes compañías en sus ratos libres.

—¿Quiénes tienen que merecerlo? ¿La directiva? ¿Los accionistas? ¿El grueso de la plantilla?

—El ochenta y cinco por ciento de los trabajadores de Hoffmeister fueron contratados por empresas de la competencia, si eso es lo que te preocupa.

—Pues aún falta el otro quince.

—Mira, puede que no entiendas mis motivaciones, pero en el fondo me da igual. Seguramente tampoco entiendas la música que

hago en este local o los pensamientos que cada dos por tres cruzan por mi cabeza. Pero nada de eso tiene relevancia para mí.

—Bien.

—Lo único que quiero que entiendas, y por eso te he traído hasta aquí, es lo que está sucediendo a tu alrededor. Y a la vez, que me ayudes a comprenderlo a mí.

—Entonces creo que te corresponde a ti abrir la partida.

—Eso pretendo —se quejó—. Escucha, es normal que estés un poco aturdida por culpa de todas esas noticias de los informativos.

—Si te soy franca, no sé qué ha pasado en el mundo desde que lo anunciaron. Estuve en comisaría dos días y la conexión a internet de mi teléfono ha dejado de funcionar.

—Sí, ese problema lo hemos tenido todos. Dime una cosa, ¿has notado algo extraño durante los días previos?

No necesité hacer demasiada memoria para recordar que muchos de los hechos recientes me habían desconcertado.

—Creo que mi vida en su totalidad ha sido bastante extraña.

—¿Y, que tú sepas, ha sido solo la tuya o también la de alguien más?

Su intencionada pregunta hizo que mi pulso se acelerase.

—No. También le ha ocurrido a otra gente que conozco. Pacientes, vecinos, amigos…

Él asintió.

—¿No te resulta sospechoso?

—Mentiría si lo negase.

—Hay algo oscuro detrás de esto, algo que no nos han contado sobre Arcángel pero que es determinante. Yo estaba cerca de ese algo, y por eso fueron a por mí. Al menos, gracias a tus fotos y a otras distracciones, estaba preparado para una situación de ese calibre, y se quedaron con cara de idiotas cuando no encontraron en mis ordenadores nada de lo que andaban buscando.

—Es decir, que analizando las vulnerabilidades de los sistemas gubernamentales, casi descubres algo muy importante relacionado con la noticia del cometa. Entonces, de algún modo, sus sistemas de inteligencia captan tus intrusiones y dan la orden de ir a por ti, pero tú, que eres un chico listo, estás prevenido y enmascaras todas tus huellas bajo la falsa y común figura de un acosador cualquiera.

—Un buen resumen.

Me quedé unos segundos pensando en su planteamiento.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí. Al cien por cien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Todo podría ser fruto de tu imaginación. Soy psicóloga y has

dicho que necesitabas mi ayuda.

—Te elegí porque me sentía en deuda contigo por el tema de las fotografías. Incluso antes de que las encontrasen ya te había seleccionado, por eso te envié el correo electrónico y te pasé la nota por debajo de la puerta. Lo único que necesito de ti es que me ayudes a llegar a donde quiero ir.

—Suena muy halagador —ironicé para disimular la sorpresa que me suponía poner así fin a esos misterios—. ¿Y adónde quieres ir?

—A la sede de la empresa para la que trabajo.

—¿Qué se te ha perdido en ese lugar?

—En el ordenador de mi oficina guardo una copia de seguridad de todos mis datos y la mayoría de las claves de acceso. La Policía no me ha devuelto mis equipos personales, y aunque lo hicieran tampoco me servirían ya de mucho. Borré con cuidado todo lo que podía comprometerme antes de que se los llevaran, así que no me queda otra alternativa que ir allí a terminar lo que estaba haciendo. Necesito llegar al fondo de este asunto cuanto antes.

—¿Borraste bien toda la información? He oído que a veces se puede recuperar…

—Si no la hubiese borrado bien, a ti no te habrían soltado tan pronto ni yo hubiese podido esperarte en tu casa. ¿Conoces el algoritmo de Gutmann?

—No, lo siento. Pero tranquilo, te creo —le dije—. Oye, ¿está muy lejos tu empresa?

—En Sídney. Por eso normalmente trabajo desde casa.

Ignoraba lo que nos costaría llegar hasta Sídney, pero allí vivían mis padres, y más pronto que tarde se hubiese convertido en mi destino. En cualquier caso, él me había garantizado respuestas y, por el momento, eran pocas las que había recibido por su parte. Precisaba un impulso mayor para seguirle.

—Buscas que colabore contigo, Omar, pero estoy segura de que te reservas información relevante. Dijiste que me abrirías los ojos, pero sigo tan ciega como al principio y necesito pensar que lo que estoy haciendo tiene algún sentido.

Omar introdujo sus manos en los bolsillos de la sudadera y encogió y cruzó sus piernas. Sin duda era una persona introvertida.

—No pienses que sé demasiado, solo algunas cosas que he ido averiguando con cuentagotas. Pero es cierto que mereces que las comparta contigo —dijo, mientras sacaba un mechero del bolsillo derecho y se ponía a darle vueltas en su mano—. ¿Cuánto hace que se ha hecho público lo del cometa? No sé. ¿Algo más de cuarenta y ocho horas?

—Sí, más o menos.

—¿Y qué pensarías si te digo que hemos sido los últimos en enterarnos?

—¿Los últimos de qué?

—Los últimos del mundo.

No entendía lo que quería decir. Hasta donde yo sabía, la transmisión se había hecho en directo para todo el planeta. O al menos en Australia así creía que lo habíamos visto.

—Pues… No sabría qué pensar. Tal vez que te lo estarías inventando.

—Nada de eso —dijo, negando con la cabeza—. Daniela, lo que viste en televisión, lo que todos los australianos vimos, era una grabación diferida de algo que ya se había emitido mundialmente casi una semana antes.

Me quedé paralizada. Eso no tenía ningún sentido.

—¡¿Una semana antes?! ¡¿Quieres decir que hemos tardado siete días más que el resto del mundo en enterarnos?!

—Algo menos, pero sí.

—¡¿Pero por qué?!

—No tengo ni idea. Lo que está claro es que alguien de las altas esferas sabía que el anuncio se efectuaría en esa fecha y levantó una enorme muralla informativa alrededor del continente. Por eso se han interrumpido las comunicaciones con el exterior, se han cortado los suministros, las noticias que se han emitido estos días han sido viejas grabaciones repetidas… Llevábamos una semana aislados del mundo, sumidos en la inopia mientras miles de millones de personas ya lloraban su final. Lo que estamos viviendo ahora, Daniela, este caos incontrolable, ya lo han sufrido el resto de países hace días.

—Es… difícil de creer —reconocí.

—¿Y qué no lo es? ¡Todo se ha convertido en una inmensa locura!

Busqué una relación entre lo que decía y los últimos sucesos vividos. Los correos que enviaba y no podían ser entregados, los sitios de internet caídos, los… ¡los viajes irrecordables! ¿¿Qué demonios había ocurrido en aquel avión?? ¿Y si no me acordaba de nada porque no había nada que recordar? Dónde habíamos estado y qué nos había pasado constituían un enorme interrogante de respuesta compleja. ¿Y Ronnie? ¿Qué habría sido de él? ¿Estaría bien en la jungla de Hong Kong? ¿Cómo se las arreglaría para volver a casa, si los medios de transporte transoceánicos habían dejado de funcionar? Aunque… pensándolo bien, seguramente no

valiese la pena siquiera intentarlo. Era probable que nunca más volviese a verlo. No obstante, lo que al menos sacaba en claro era que no estaba enloqueciendo. Habíamos sido manipulados y confundidos de forma intencionada para ocultarnos la verdad, una verdad imparable que, como era de esperar, había finalmente emergido desde las profundidades.

—Conocer la actualidad de cualquier otro país nos serviría para saber hacia dónde nos encaminamos.

—¿Quieres saber hacia dónde nos encaminamos? ¿De verdad no te lo imaginas? —le pregunté con la mirada perdida en el suelo.

—Tengo esperanza.

—¿Esperanza? No hay más que dos túneles frente a nosotros. Uno nos lleva a morir achicharrados cuando ese cometa atraviese la atmósfera y el otro a un callejón donde nos esperan tipos como Desmond Warren, dispuestos a autoproclamarse los reyes del vertedero.

—Puede que aparezca alguien a tiempo capaz de solucionarlo.

Preferí no seguir dinamitando su fe. Miré la hora en mi reloj.

—Son casi las seis y está a punto de salir el sol —dije, levantándome del sofá—. Coge lo que tengas que coger y en marcha.

—¡Espera! —alertó Omar.

Tardé como tres o cuatro segundos más que él en escuchar lo que parecían las ruedas de un coche sobre la grava.

—Viene alguien. ¡Apaga la luz!

Me acerqué hasta la bombilla y tiré de la cadenita. Al momento nos quedamos a oscuras. Omar abrió una rendija la puerta del garaje y echó una ojeada, pero desde su posición era incapaz de ver nada. El ruido había cesado, lo que indicaba que el coche se había detenido. Rogué por que el nuestro no fuese boicoteado ni nos hubiese encontrado alguien violento. Se oyó cómo se habrían unas puertas y al momento volvían a cerrarse. Unos pasos firmes comenzaron a acercarse hacia nosotros.

—¡La puerta está abierta! —dijo alguien fuera—. ¡Como nos hayan destrozado el local te juro que mato a alguien!

Al oír la voz del visitante, Omar abrió la puerta del todo.

—Tranquilo, Markus, que soy yo.

—¡*Omi*! ¡Tío, qué mal rollo!

—Tú también me has asustado. No esperaba a nadie.

Omar se volvió hacia mí.

—Es Markus, nuestro cantante.

—¡Joder, Omar, has tenido la misma idea que yo! Pues mira que

no pensé que a ti te diese también por traerte chicas al local.

—Es una amiga, capullo.

—Sí, claro. Pues vamos a tener que hacer algo, que nosotros traemos bastante calentón en el cuerpo. ¿No os apetece montároslo en el *buga*?

—No te preocupes, que ya nos íbamos.

—Tampoco molestáis aquí —dijo la chica que acompañaba a Markus.

—No es por eso —intervine—. Nos encantaría quedarnos y jugar todos juntos, pero tenemos un largo viaje por delante.

—¿Adónde vais?

—A Sídney.

—Pues han dicho en no sé qué emisora que la Hume está cortada. Un camión quedó atravesado ayer y nadie va a retirarlo. Hay más de veinte kilómetros de coches parados.

—Si no podemos usar la autopista estamos jodidos.

—Iremos por la costa. Tardaremos más, pero evitaremos todo el tráfico que vaya a Camberra —observé.

—Tienes razón.

Omar metió en una mochila algunas cosas y se puso el abrigo.

—¡Oye, no te lleves las cervezas! —exclamó Markus.

—¿No habéis traído nada?

—Algo, pero poco. Además, ya sabes que el alcohol y el coche son malos compañeros.

—No conduzco yo, así que no te preocupes tanto.

—¡Qué tacaño eres! Menos mal que ya no volveremos a tocar juntos, con gente así no me gusta tratar.

Aunque dicha con ironía, la afirmación de Markus despertó en ambos cierta nostalgia.

—¿Te ha contado *Omi* cuando casi ganamos un Grammy? —me preguntó.

—Nos faltó bastante para ganarlo —repuso Omar.

—¡¿Qué dices?! Lo tuvimos al alcance de la mano. Cuéntale cómo fue la historia. ¡No se la va a creer!

—Se la contaré por el camino.

A Markus le sirvió para darse por satisfecho.

—Tío, lo hemos pasado bien, ¿eh?

—Sí, ha estado genial —coincidió Omar—. Os echaré de menos a todos.

Guardaron un instante de silencio. Posiblemente cada uno estuviese recordando alguno de sus momentos más especiales como grupo. Pensé en mi orquesta. No me había podido despedir de

ninguno de mis compañeros, ni siquiera de Marcelo. Al verlos gozar de ese privilegio no pude evitar sentir un retazo de envidia.

—Salúdalos cuando los veas.

—Claro, de tu parte, tío. Cuídate.

—Y tú. Nos habría quedado un disco muy guapo, ¿eh?

—Sí, las canciones molaban un huevo…

Markus cantó un par de versos a capela de lo que supuse que era un tema nuevo que iban a incluir en el disco. La letra era un poco críptica para mi gusto, pero el tipo afinaba con solvencia.

—Vaya, cantas muy bien —le dije—. Y tienes un buen registro.

—¡Gracias! ¿Eres músico?

—Toca el violín en una orquesta —se adelantó Omar.

—¡Genial! El violín tiene pinta de ser muy chungo.

—Bueno, requiere su técnica y mucha dedicación —admití—. Ha sido un placer conoceros, creo que es mejor que nos vayamos ya.

—Sí, vamos. Pasadlo bien, chicos. Ya nos veremos en otra vida.

Nos despedimos una última vez y nos fuimos al coche impregnados en cierta melancolía. Era duro decirle adiós a alguien sabiendo que muy probablemente nunca más volverías a verlo, pero estábamos obligados a adaptarnos a las nuevas circunstancias.

—Este sitio ha sido como mi segunda casa —dijo triste Omar, echándole un último vistazo a su local.

—Quizá a la vuelta de Sídney puedas seguir viniendo a tocar algunos días. ¿Qué mejor forma de emplear el tiempo que nos queda que haciendo lo que más nos gusta?

—No sé si tendré mucho ánimo para volver aquí. De este lugar partían todos mis sueños, pero ahora no tiene sentido seguir soñando.

—Te equivocas. Mientras nos quede vida, todo seguirá teniendo sentido —lo corregí, aunque no sabía si lo decía convencida o era mi profesión la que emergía por mi garganta.

Entramos en el coche y bloqueamos las puertas. En el horizonte zigzaguearon un par de relámpagos. Encendí las luces y arranqué el motor. Si era verdad que el mundo todavía conservaba algún sentido, no me moriría sin encontrárselo.

XV

10 de marzo de 2014
5 años antes del Año de Incertidumbre

Mis inicios en el hospital fueron prometedores. Me movía en un entorno tranquilo, cooperativo y bien organizado, con unos compañeros profesionales que enfocaban todo su esfuerzo en buscar el beneficio de sus pacientes. Descubrí que la buena fama del hospital en el fondo se sustentaba en ellos y me sentí una privilegiada por haber conseguido una plaza allí. Me enorgullecía vestir el uniforme con su nombre bordado.

Sin embargo, no todo lo que parecía ejemplar lo era, y aprovechando aquella fachada construida con nuestro trabajo, se ocultaban otros subnegocios de oscura naturaleza y propósito. Conversaciones furtivas, actitudes desconfiadas, llamadas habituales y privadas que debían atenderse en la intimidad, exceso de celo ante determinados asuntos… Hechos que poco a poco me iban haciendo sospechar que algo se estaba fraguando en las cloacas. Y en el centro de todas mis elucubraciones se encontraba una figura concreta: la doctora Hoffman. A mi juicio, ella era la principal instigadora y de quién surgían mis conjeturas. A menudo se reunía con hombres trajeados, con aspecto de estrictos comerciales, con los que nunca llegaba a alcanzar ningún acuerdo. O por lo menos, ninguno que se materializase ante nuestros ojos en forma de nuevos equipos o instrumental. Diría que el resto de la plantilla no compartía mis impresiones, porque nunca hacían comentarios al respecto, ni parecían molestos por la situación. Me recordaban a un equipo de patinaje artístico danzando en una fina capa de hielo sobre la superficie de un pantano, quedándose con la belleza exterior sin darse cuenta del cieno que amenazaba nuestros pies.

Un día decidí investigar. Aprovechando una visita al mostrador para consultar un cambio de turno, le traté de sonsacar a Tobias algo de información, aun no teniendo muy claro que pudiese contestarme.

—¿Sabes si la doctora Hoffman está en consulta, o está con los comerciales?

—Pues no sabría decirte… Hoy no la he visto con nadie, así que supongo que estará atendiendo a algún paciente. ¿Quieres que la avise al *busca*?

—No, no… No te preocupes. Pasaré por su consulta dentro de un rato a ver si la localizo. Últimamente es difícil coincidir con ella, siempre está de reuniones con esos tipos.

—¿Qué tipos? ¿Los comerciales?

—Los de traje azul marino.

—Ah, ya, perdona. Sí, es normal. Se ocupa de negociar con ellos el material y el mobiliario que vamos necesitando.

—¿Sabes de qué empresa son los que te digo?

Tobit me miró extrañado.

—Bueno, tengo un conocido que ha montado una ortopedia y necesita conseguir clientes. Me ha preguntado si le resultaría complicado entrar en la cartera de proveedores del hospital.

—Pues no creo que sea fácil. Son los mismos desde hace muchos años. Los últimos que aparecieron por aquí son precisamente los de Albiorix, que son los tipos a los que creo te refieres, ¿no?

—Albiorix, eso es. ¿Y de qué nos proveen?

—Pues a decir verdad, no sé lo que suministran. Igual algún tipo de servicio, simplemente.

—¿No hay ningún albarán?

—Si lo hay, no ha pasado por mis manos. Ten en cuenta que esos temas los lleva la doctora Hoffman y, si acaso, es ante el doctor Kinnaman ante el que debe rendir cuentas.

—Comprendo. Bueno, le preguntaré a la doctora si puede recibir a mi conocido.

—Claro, no pierdes nada por probar. Si mejora el precio y el servicio de algún otro… Igual con el cambio nos ahorramos un dinerito.

—Sí, esa es la idea. Muchas gracias.

—¡A ti!

Tuve que esperar casi una semana para volver a encontrarme con uno de aquellos hombres por los pasillos. Ya lo había visto otras veces, caminando siempre tan rígido como un pilar del vestíbulo y sin hacer ningún caso a lo acontecido a su alrededor. Ya podía pasar junto a un niño enrabietado que por mitad de una sala llena de enfermos terminales; su atención no se desviaba un milímetro ni su expresión se veía alterada. O bien no consideraba útil observar a los pacientes a los que debía satisfacer con sus productos, o bien esos no eran del tipo que le interesaba.

Me topé con él al salir del ascensor. Venía directamente hacia mí y ya no tenía tiempo de maniobrar para esquivarlo o esconderme detrás de una columna. «Doctora Palmer», me saludó al cruzarse conmigo. Me quedé impertérrita. ¿Cómo diantres sabía mi nombre? Nunca nos habían presentado. ¿Existía la posibilidad de que la doctora Hoffman le hubiese hablado de mí? ¿Con qué propósito podría haberlo hecho? Oí las puertas del ascensor cerrarse detrás y tomé una decisión: lo seguiría a donde fuese. Abrí la puerta de acceso a las escaleras y me lancé por ellas hacia la planta baja.

El ascensor era bastante lento y solía hacer paradas, así que tuve tiempo de llegar antes de que sus puertas se abriesen para dejar salir a mi objetivo. Iba mirando la pantalla de su móvil y seleccionando en ella varias opciones. Luego se lo llevó a la oreja y a los pocos segundos comenzó a hablar. Su expresión facial siguió siendo plana durante la breve conversación telefónica, y como tampoco sabía leer los labios, pude sacar poco en claro. El hombre se metió en el quiosco de prensa y compró un periódico. Buscó un banco libre y se sentó a ojearlo. Me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo espiándolo, además de que mi actitud podría llamar la atención de cualquiera.

Decidí volver a mi consulta; había dejado a un paciente esperando en la puerta y no procedía demorarme más. Entonces el hombre miró el teléfono y se levantó. Debió llegarle algún tipo de aviso. Caminó hasta la puerta principal y abandonó el edificio. Un coche estaba esperándolo en la entrada, estacionado en una zona reservada para recibir a las emergencias. El supuesto comercial abrió la puerta trasera del vehículo y se acomodó tras unas lunas ahumadas que ocultaron de inmediato su presencia. Arrancaron e iniciaron la marcha hacia la salida del recinto hospitalario. Dudé si bajar corriendo al parking y perseguirlos en mi coche o llamar a un taxi para ir tras ellos, pero ambas eran ideas absurdas; en unos segundos serían absorbidos por el tráfico y su rastro se diluiría en el asfalto caliente.

Tomé el ascensor y subí hasta nuestra planta dispuesta a pesquisar, pero Tobias no estaba es su silla habitual. Me asomé a la sala de descanso que había tras el mostrador, pero tampoco se hallaba tomando café. Me acerqué a su sitio para dejarle una nota indicando que quería hablar con él. Pero al coger las notas autoadhesivas, mis ojos se fijaron de forma inconsciente en las fotos que había en el corcho. En una de ellas, el propio Tobias aparecía junto a varios de mis compañeros, incluida la doctora Hoffman, rodeando al individuo al que había estado vigilando en el vestíbulo.

Vestía uno de nuestros uniformes y, si tuviera que haber apostado, lo hubiese hecho por que esa foto retrataba su acto de despedida.

—Doctora Palmer, ¿puedo ayudarla?

Era Tobias con cara de no gustarle verme junto a su mesa.

—¿Quién es este? —le pregunté, señalando la fotografía.

—No la entiendo, doctora Palmer.

—No es tan difícil. ¿Quién es este tipo? —insistí.

—Un antiguo compañero nuestro.

—No es un comercial, ¿qué hace en este hospital fingiendo serlo?

—De verdad, doctora Palmer, me está desconcertando.

—¿Por qué lo proteges? ¿Tú también estás metido en el ajo?

—Yo como el resto. ¿A qué viene ahora esa pregunta? —preguntó Tobias, acentuando su perplejidad.

—No quieres confesar, ¿eh? Muy bien, pues tendré que averiguarlo por mis propios medios.

—Doctora Palmer, no siga por ahí.

—¿Qué os pasa, chicos? —se interesó una de nuestras compañeras al vernos discutir de forma distinta a la acostumbrada.

—Nada —respondí escuetamente.

Pero algo raro estaba pasando en mi hospital y me veía en la obligación de investigarlo.

Al acabar mis consultas, me senté frente al ordenador y busqué información sobre Albiorix, la supuesta empresa para la que trabajaba el también supuesto comercial. Sin embargo, lo único que encontré fueron referencias a una de las lunas de Saturno. Abrí la página de la Oficina de Patentes y Marcas y busqué por ese término. No apareció entrada alguna bajo su denominación. Resultaba muy extraño que una empresa de suministros que trabajaba con hospitales importantes operase bajo un nombre sin registrar.

Mi infecunda búsqueda sirvió para agrandar mi curiosidad y las sospechas de que a mi alrededor sucedían cosas opacas que alguien debía destapar. El problema era que entre ellas y yo se levantaba un muro enorme que no me dejaba ver más allá de sus ladrillos. Iba a necesitar la ayuda de terceros para poder seguir avanzando. Gente que no me traicionase y en la que fuese asumible confiar. Por suerte, sabía perfectamente quién estaría dispuesto a cooperar conmigo.

XVI

24 de julio de 2019
Día 4 del Año de Incertidumbre

Recorrimos los cien primeros kilómetros con la radio apagada y sin apenas decir nada. En ese punto empezaron a caer unas gotas de lluvia cuyo golpeteo en el techo se sumó al deslizamiento de los limpiaparabrisas sobre la luna delantera. Estaban muy gastados y en ninguna de las pasadas eran capaces de achicar toda el agua, obligándome a centrarme en la conducción mucho más de lo que hubiera querido. Omar iba tranquilo, con la cabeza apoyada en el cristal y la mirada perdida en el paisaje. Me sentí tentada de preguntarle si había sustituido las escobillas alguna vez, pero no me apetecía quebrar sus pensamientos con digresiones inoportunas.

Evitar la autopista principal resultó ser un acierto. Desde la salida de Melbourne habíamos viajado sin incidentes, si bien cada vez que nos aproximábamos a un pueblo teníamos que extremar las precauciones. De todos modos, en ellos no parecían haberse tomado las noticias de la misma forma que en la ciudad, o quizá fuese que a la hora de destrozar las cosas, se encontraban con que todo pertenecía a algún vecino cercano. No les envolvía ese halo de impropiedad y anonimato que rodeaba a los contenedores, los escaparates y los coches aparcados en las calles de la gran urbe. En el pueblo el daño se le hacía a alguien conocido, así que los arrebatos furiosos no tenían las mismas consecuencias.

De manera fortuita, el indicador naranja del aceite se encendió en una esquina del cuadro de mandos. Comprobé la temperatura del motor. Empezaba a ser demasiado alta para el ritmo que le estaba exigiendo. Parecía como si el vehículo no hubiese recibido una puesta a punto desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez que llevaste este trasto al taller?

—Pues… es posible que haga más de cuatro años.

—¿¿Tanto??

—No creo que pase nada, apenas lo he usado en ese tiempo.

—Los coches requieren un mantenimiento aunque no se utilicen.

—¿Y cómo iba yo a saber que lo necesitaría por algo así?

Normalmente me muevo en tren o autobús.

—Tenemos que parar y dejar que se enfríe. Ya veremos si podemos continuar después, y durante cuántos kilómetros.

—Oh, genial…

Detuve el coche en la cuneta y apagué el motor. Quité la llave del contacto y me la metí en un bolsillo de la chaqueta. Bajé del coche y tanteé con el pie la presión de los neumáticos delanteros. Parecía quizá un poco baja, pero lo peor es que estaban demasiado gastados.

—¿Has invertido un solo dólar en esta lata desde que la compraste?

—Trasto, lata… Vas a terminar por herir sus sentimientos. Y los míos, como el propietario que soy.

—Sí, y ese va a ser el motivo por el que nos deje tirados, ¿no?

—Sería por tu culpa.

Le mostré el dedo corazón, insinuándole que se lo podía meter por donde le cupiese.

—Anda, ya que estamos aquí, aprovechemos para comer algo. Coge la bolsa del asiento trasero y la manta que está en el maletero.

Descendimos por un prado en pendiente y nos acercamos hasta una zona arbolada a unos treinta metros de donde habíamos dejado el coche. No se veía ninguna casa ni nave industrial por la zona, parecía un lugar tranquilo. Extendimos la manta y nos sentamos bajo un roble de copa amplia y aspecto vigoroso. Saqué de la bolsa unas patatas fritas y se las lancé a Omar. Cogí unas galletas de centeno para mí.

—¿Habías venido alguna vez por aquí? —le pregunté, echando una mirada a los alrededores.

—De pasada, hace tiempo. Últimamente no viajo demasiado. ¿Y tú?

—No. La única vez que fui en coche de Sídney a Melbourne me moví por la autopista, y el resto de veces he ido en avión.

—¿Sueles hacer ese trayecto a menudo?

—De vez en cuando, para ver a mis padres. Pasé la juventud y parte de mi infancia con ellos. Cuando me gradué, me trasladé a Melbourne buscando trabajo. Estuve un par de años en un hospital y después monté una consulta privada.

—¿Eres enfermera?

—Psicóloga.

—Ah, qué interesante.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Llevas mucho tiempo en esa empresa?

—Lo suficiente como para saber bastantes cosas de ella.

—Pero no las suficientes como para utilizarlas en su contra.

—Todavía no.

—Oye, para no conducir, ni tener carné, conoces muy bien el callejero.

—¿Qué?

—Que sabías muy bien por dónde teníamos que meternos con el coche para salir de la ciudad.

—Ya, bueno…

No me pareció que quisiese darme ninguna explicación.

—No eres muy hablador, ¿verdad?

Omar se encogió de hombros.

—No me gusta demasiado hablar de mí —confesó.

—Hablemos de otros, entonces. En tu edificio hay un hombre que pinta cuadros, dos pisos por debajo de ti.

—Sí. Thomas Hayer, se llama.

Sentí un gran alivio al constatar que alguien más se había percatado de su existencia. ¿Por qué no habría podido llegar a él cuando salí a buscarlo?

—Veo que lo conoces. ¿Qué me puedes contar acerca de su persona?

—Que creo que también hace esculturas y da clases de arte en la universidad. Alguna vez ha participado en exposiciones vendiendo cuadros y todo eso.

—¿Sabes de dónde es?

Omar negó con la cabeza.

—No. Me parece que es australiano, pero nada más. No sé en qué lugar concreto nació. ¿Por qué te interesa?

—No, por nada, no te preocupes —dije.

—Tú tampoco te explayas demasiado en tus respuestas.

Supuse que estaba en lo cierto y que, si quería sonsacarle información, necesitaba mostrarme más abierta ante él.

—Perdona, tienes razón.

Dejé las galletas y abrí un botellín de agua.

—Uno de estos últimos días vi uno de sus cuadros y me llamó mucho la atención. Era un paisaje costero, un atardecer frente a un acantilado. A un lado del lienzo había pintado un faro y, junto a él, un hombre y una niña de vestido azul volando una cometa.

—Tiene fama de ser muy bueno, seguro que era un cuadro bonito.

—Sí, parecía muy realista —afirmé. Bebí un sorbo de agua y volví a dejar la botella en la bolsa—. El caso es que esa escena me resultó muy familiar. Demasiado, diría yo.

—¿En qué sentido?

—Conocía ese lugar. Iba allí a menudo, cuando era pequeña.

—¿En serio?

—Sí. Con mi padre y mi hermana. Los domingos por la tarde salíamos a caminar y nos acercábamos al faro. Solía soplar mucho viento allí, por eso era un sitio ideal para volar la cometa.

—¿Quieres decir que la niña del cuadro eras tú y el hombre tu padre? —preguntó Omar, interesado.

—Apostaría a que sí.

—¿Y tu hermana?

—No la pintó.

Omar masticó varias patatas mientras le buscaba explicación, pero no debió deducir nada que lo contentase.

—Bueno, sería mucha coincidencia, pero tal vez él también haya estado allí en alguna ocasión y recuerde la escena. Puede que le pareciese entrañable y quisiese rescatarla de su memoria.

—Sí, supongo que es posible. Pero no deja de ser una casualidad inmensa. La otra opción sería que todo fuese una increíble coincidencia —reconocí, porque lo recordaba como un lugar solitario en el que casi nunca nos topábamos con nadie—. En ambos casos sería sorprendente, porque ese lugar está en Los Ángeles.

—¿En Los Ángeles?

—Sí. Viví allí cuando era una niña.

—Vaya, eso lo hace ciertamente excepcional.

—Sí. Lástima que ya no podamos preguntarle —me resigné—. ¿Seguimos otro poco?

Recogimos nuestras cosas y volvimos al coche. Las nubes se habían hecho a un lado y el sol incidía en él, convirtiéndolo en un horno.

—¿No es raro que no haya tráfico a estas horas? —apunté, al constatar la ausencia de vehículos por la carretera.

—¿Y qué no es raro desde lo del cometa?

—Tienes razón. Pero mientras veníamos, no estábamos solos y ahora lleva un buen rato sin pasar nadie.

—¿Y qué sugieres?

—No lo sé —dije, devolviendo la mochila y la manta al maletero —. Será otra coincidencia.

El vehículo arrancó a la primera y, en apariencia, no sufría ninguna avería. El sonido del motor era ronco y elevado, pero ya lo era cuando lo puse en marcha por primera vez en el garaje.

Nos incorporamos a la vía y proseguimos nuestro camino a buen ritmo, aunque sabiendo que a no mucho tardar tendríamos que

volver a parar, esta vez a cargar combustible. Habíamos pasado varias estaciones de servicio cerradas y otras cuantas que indicaban que el suministro se había cortado. Como era lógico, Omar no había previsto realizar un viaje tan largo a corto plazo y, al no usar el coche a menudo, el gasoil que tenía en el depósito no era mucho. Empezaba a hacerse tan necesario como difícil el repostar, o nos quedaríamos tirados en cualquier cuneta.

A los veinte minutos, se encendió el piloto que indicaba la entrada en reserva. A partir de entonces tendríamos combustible para tirar algo más de cincuenta kilómetros. Pensé que sería un buen momento para empezar a rezar, pero recordé que me había despedido de Dios hacía mucho tiempo y todavía no estaba preparada para volver a su lado. Por fortuna, un poco más adelante nos topamos con una señal que anunciaba una gasolinera a cinco kilómetros siguiendo una comarcal de doble sentido. Aminoré la marcha para pensar antes de llegar a la salida si sería buena opción jugarnos esos diez kilómetros a una sola carta. Miré a Omar. Estaba quedándose dormido. Deduje que una carretera secundaria tendría menos afluencia de coches, con el consiguiente menor número de repostajes, así que si en algún lugar quedaba una sola gota de gasolina tenía que ser en aquel. Giré el volante a la izquierda y nos metimos en el carril de desaceleración que desembocaba en la carretera comarcal.

Cada kilómetro que recorríamos era una nueva gota de sudor que caía por mi frente. Pensar que podíamos estar malgastando combustible inútilmente yendo hacia un lugar sin salida me ponía muy nerviosa. Omar pareció darse cuenta de que habíamos dejado la nacional justo en el momento en el que se refirió a ello.

—¿Nos hemos desviado?

—Hay una gasolinera cerca —le informé—. Necesitamos llenar el depósito y quizá fuese buena idea comprar alguna garrafa adicional para llevar. No sabemos lo que nos encontraremos más adelante, pero si es como hasta ahora, nos va a venir bien cada gota de gasoil que llevemos encima.

—Sí, supongo que es buena idea —admitió Omar.

Al llegar a la estación de servicio, comprobamos con alivio que no había ningún cartel disuasorio a la entrada. De hecho, los dueños de una furgoneta se encontraban rellenando el depósito de su vehículo con aparente normalidad.

—Parece que es una estación de autoservicio y está en funcionamiento —observé.

—Hemos tenido suerte. Aprovecharemos para comprar también

algo de comida.

Aparqué junto al surtidor libre, fijándome en que se adecuase a nuestro motor.

—Llena tú el depósito —me pidió Omar—. Yo voy a pagar y de paso cojo lo que me parezca. ¿Alguna preferencia?

—Bizcochos de nata, si los hay.

—Bizcochos de nata, vale.

—¿Tienes dinero?

—Sí, de sobra.

Nos bajamos del coche y le devolvimos el saludo al tipo de la furgoneta, quien acababa de colgar su manguera y se encontraba apretando el tapón del depósito. Mientras Omar se iba dentro, introduje el boquerel en el Mitsubishi y apreté el gatillo para comenzar a cargar. El mecanismo de llenado automático estaba estropeado, así que me vi obligada a mantener pulsado el gatillo durante todo el repostaje.

—Menos mal que hemos encontrado esta gasolinera, ¿eh? —dijo el tipo del surtidor de al lado, muy sonriente.

—Pues sí.

—La mayoría ha acabado con sus reservas y en ninguna saben si recibirán más. El suministro empieza a complicarse en todo el país.

—Eso no suena nada bien.

—¡Ya lo creo que no! ¿Vais muy lejos tu amigo y tú?

—Sí. Nos quedan unas cuantas horas.

—¡Vaya! ¿Y no te parece un poco egoísta por vuestra parte?

Su pregunta me desconcertó.

—¿Disculpe?

Me pregunté, a su vez, si había oído bien, pues aquel giro en la conversación me había cogido por sorpresa. ¿Me estaba acusando aquel hombre de gastar demasiado gasoil?

—Lo que digo es que con el poco combustible que hay, vosotros dos os dedicáis a hacer viajecitos por ahí. ¿Crees que eso está bien?

En esos momentos Omar salió de la tienda corriendo y dando voces.

—¡¡Daniela!! ¡¡Entra en el coche!!

—¡¿Qué pasa?!

—¡¡Corre, corre!!

Intenté colocar rápidamente la pistola del surtidor en su sitio, pero con los nervios no conseguía engancharla.

—¡Déjala! ¡Vamos! ¡Entra y arranca!

Bastante asustada, solté la manguera y corrí a meterme en el automóvil. Omar abrió la puerta del acompañante y saltó sobre el

asiento.

—¡Vamos, vamos!

Saqué la llave del bolsillo y traté de meterla en la cerradura de contacto, pero no conseguía atinar.

—¡Dime qué pasa!

—¡Esos dos, joder! ¡Se han cargado al tipo de la gasolinera!

—¡¿Qué?!

—¡Vamos, coño! ¡Que vienen!

Miré hacia el otro surtidor. El individuo arrogante se acercaba riendo. Su compañero también venía hacia nosotros siguiendo los pasos de Omar. Llevaba una escopeta en las manos, seguramente la que habría usado para matar al dependiente. Logré hacer entrar la llave al tiempo que el hombre se situaba frente al coche y golpeaba con sus dos grandes manazas el capó. Si con su gesto pretendía intimidarnos, lo había conseguido. Arranqué el motor y pisé fuerte el embrague, empujé la palanca de marchas hacia la primera posición y aceleré.

—¡El freno de mano!

—¡¡Bajad del puto coche!!

—¡No va a apartarse!

—¡¡Pues pásale por encima!!

—¡¿Cómo voy a atropellarlo?!

—¡¡Venga, que nos fríen!!

Entendí que eran ellos o nosotros. Pulsé el botón y bajé la palanca que desactivaba el freno de estacionamiento y volví a acelerar. El hombre se inclinó sobre el capó, enfurecido. La sonrisa de su cara había dejado paso a una mueca iracunda.

Lo arrastramos unos cuantos metros hasta que sus pies se engancharon en el suelo y su cuerpo fue engullido por los bajos del vehículo. El coche se elevó al pasarle por encima mientras gritaba de dolor. Miré por el retrovisor y lo vi retorcerse en el suelo como un gusano sumergido en alcohol.

—¡¡Joder!! —exclamé, desbordada por la adrenalina.

Entonces se oyó un disparo y la luna trasera reventó en pedazos. Debíamos alejarnos rápido o estabamos perdidos.

—¡¡Me cago en la puta!! —gritó Omar a mi lado.

Se produjeron dos disparos más sin aparentes consecuencias antes de que tomásemos la primera curva y escapásemos de su alcance. Me temblaban las manos, los pies, la mandíbula… Me costaba un esfuerzo enorme mantener el coche en la carretera. Nunca me había visto en una situación tan tensa, ni siquiera estando bajo el enorme cuerpo sudoroso del señor Warren. Y no era

la única. Omar a mi lado estaba pálido. Miraba al frente solamente por miedo a mirar atrás. O quizá fuese porque sus pupilas se habían congelado en esa posición. Quise pedirle que vigilase si nos seguían, pero sabía que no me iba a escuchar, así que pisé el acelerador todo lo que pude e intenté poner tierra de por medio entre aquellos bastardos y nosotros. Lo más importante era llegar a la nacional. Allí ellos no sabrían hacia dónde habríamos tirado. Me alegré de no haberle dicho al tipo de la furgoneta cuál era nuestro destino porque eso nos daba un cincuenta por ciento de posibilidades de que perdiesen pronto nuestro rastro.

Mis ojos regresaban cada poco a los retrovisores, mi respiración era agitada y mi pulso seguía desbocado. Y todo sabiendo que los sucesivos cambios de rasante harían imposible verlos a no ser que estuviesen muy cerca de nosotros.

Tras un frenético trayecto que parecía no acabar nunca, conseguimos llegar a la nacional sin que nadie nos pisase los talones. Pese a que era probable que el pistolero se hubiese quedado socorriendo a su compañero atropellado, en todo momento tuve la impresión de sentir su aliento acosándonos. Tenía el presentimiento de que las ruedas no le habían pasado por encima del tronco, pero sí que alguna extremidad había podido verse afectada. Era horrible haberle hecho eso a aquel hombre, pero tampoco había tenido alternativa. Si me hubiese quedado clavada junto al surtidor, para entonces Omar y yo estaríamos muertos o seríamos sus rehenes. La gente se había vuelto loca, había dejado salir su lado más salvaje en pos de su supervivencia y muchas veces eso llevaba implícito imponer la ley del más fuerte. Al menos, me había dado tiempo a llenar el depósito de combustible, lo que nos permitiría recorrer un gran número de kilómetros sin parar. Aunque esos dos se propusieran seguirnos, cada metro que les ganásemos sería un metro que nos tendrían que recortar después. Eso, obviamente, era lo que yo pensaba.

Cubrimos media docena de kilómetros haciendo todo lo posible por recobrar la calma. Pusimos algo de música suave de una emisora de country que estaba sintonizada al encender la radio, e intentamos entablar una conversación. Pero no éramos capaces de enlazar dos o tres frases seguidas. Entonces se produjo un chirrido bajo el capó. Omar y yo nos miramos de inmediato. Ningún ruido en el mundo parecido a ese podía deparar algo bueno.

—Ha sonado como si se rompiese alguna pieza —apunté con temor.

—¡No fastidies!

Silencié la radio y nos mantuvimos callados unos segundos, agudizando el oído por si escuchábamos alguna nueva señal de alarma, pero el coche parecía haberse repuesto de lo que hubiese ocurrido en su interior.

—¡Está claro que no ha sido nada! —exclamó Omar en un tono falsamente animado.

—Sí, estamos demasiado pendientes de todo lo que puede salir mal. Tendríamos que ser más optimistas.

—Estoy de acuerdo. Nos iría mejor. ¡Adelante!

Pese a su enérgica inyección de moral, solo pudimos recorrer quinientos metros más. La aguja del indicador de la temperatura del motor empezó a subir rápidamente, entrando al instante en la zona de riesgo.

—El motor se ha puesto al rojo vivo —indiqué, volviendo a la cruda realidad—. No refrigera.

Omar se inclinó para comprobar el panel con sus propios ojos.

—¡Mierda!

—Tenemos que parar.

—¡No! Vete más despacio a ver si baja.

—¿Qué? Se quemará. No podemos continuar así.

Omar lanzó un gruñido desesperado y se echó las manos a la cabeza. Detuve el vehículo en el arcén y paré el motor. Accioné la palanca que liberaba el gancho del capó y miré por el retrovisor para asegurarme de que no venía nadie.

—Vamos a echar un vistazo, a ver si vemos algo.

—Como no podamos seguir, estamos jodidos. Dudo que el servicio de grúa esté operativo.

—Sí, nadie va a venir a buscarnos.

Bajamos del coche y levantamos el cobertor metálico. El líquido anticongelante había bullido hasta salirse del depósito y se había desparramado sobre el motor.

—El circuito de refrigeración no funciona —observé, señalando al origen de la fuga—. Decididamente no vamos a poder seguir en esto.

—«Esto» es mi coche —protestó Omar.

—Como sea. El caso es que Sídney aún nos queda muy lejos, no tenemos medio de transporte, por aquí no pasa nadie y el pueblo más próximo, que creo que es Morwell, está a unas horas andando.

Omar se apoyó sobre el chasis y resopló.

—Tarde o temprano tendrá que pasar alguien, es una carretera. Caminaremos hasta que nos recojan —propuse para paliar su sinsabor.

—Supongo que no nos queda otro remedio. ¿Y el equipaje?

—Todo lo que no nos haga falta debe quedarse en el coche. Y gran parte de lo que nos la hace, también.

Pero había otras opciones, y Omar hizo bien en recordármelo.

—¿Y si nos quedamos aquí esperando a que pase alguien? Podríamos cargar todas nuestras cosas en su coche y no tendríamos que prescindir de ellas.

—Puede que tengas razón. Pero me aterra la posibilidad de pasar la noche en este lugar. No estamos tan lejos de la gasolinera como para que esos tipos desistan de ir tras nosotros, si han decidido hacerlo.

—¿Escondemos el coche?

—El guardarraíl nos lo impide.

—Es verdad —admitió Omar al caer en ello.

—Debemos ponernos en marcha antes de que empiece a anochecer. Lo peor que nos puede pasar es llegar a un pueblo antes de que nos recoja alguien. Haríamos noche en él y mañana buscaríamos un medio de transporte. Habrá algún autocar que cubra la ruta a Sídney y si no, tal vez podamos alquilar otro coche.

—Pues no lo demoremos más.

Volvimos a sacar del maletero la mochila, la cargamos todo lo que pudimos con comida, una linterna y ropa, y salimos del asfalto para caminar más seguros junto a la carretera.

—Lástima todo ese gasoil que queda en el depósito —se lamentó Omar.

—Al menos no llegaste a pagarlo, ¿no?

—Eso es cierto. Pero seguro que en una semana su precio será cinco veces mayor.

—Como el del resto de las cosas, supongo.

Lo que me temía era que en pocos días casi nadie fuese capaz de pagar los bienes de primera necesidad y la gente empezase a optar por tomarlos a la fuerza. Algo así como lo que había pasado en la gasolinera, pero a gran escala.

—Oye, no pude cogerte los bizcochos que me pediste.

Me hizo gracia que en esos momentos se disculpase por algo así.

—Más te vale que encontremos unos cuantos por el camino o no te lo perdonaré nunca.

—¡Qué idiota! —remató.

Anduvimos una hora siguiendo la carretera sin encontrarnos con ningún automóvil, lo que cada vez se volvía más extraño. Afortunadamente, tampoco los asesinos de la escopeta hicieron acto de presencia. Sin embargo, la eventualidad de que el hombre

atropellado hubiese muerto me hizo sentir una punzada en el corazón. Hice todo lo que estuvo en mi mano para escapar de él, pero no había sido mi intención aplastarlo. Esperaba con sinceridad no haberlo matado.

Se me empezaba a hacer duro caminar. No había salido de casa con un calzado preparado para recorrer distancias largas y eso me estaba pasando factura. Me dolían los pies y los notaba muy cansados. Tenía mucha sed, pero apenas nos quedaban un par de botellines de agua, así que decidí racionarlos. Me entraron ganas de patalear, de agarrar un berrinche como un niño pequeño y quejarme de lo injusto que estaba siendo el mundo conmigo, pero en momentos así lo que procedía era tirar de carácter y templar los nervios. Era psicóloga, no tenía sentido mostrarme como la más débil e incapaz.

Para cuando empezó a anochecer, aún no habíamos divisado ningún pueblo en el horizonte. Obviamente, no podíamos estar muy lejos del más próximo, aunque nuestras ansias de llegar hacían que ese último tramo se estuviese haciendo eterno.

—¿Vas bien? —me preguntó una vez Omar.

—Empiezo a estar cansada.

—Ese maldito pueblo está más lejos de lo que pensábamos, ¿eh?

—Pues sí.

—Espero que aparezca pronto, porque ya está oscureciendo y este lugar me da escalofríos —admitió, refiriéndose al perímetro boscoso que rodeaba la carretera, el cual, poco a poco se iba convirtiendo en una masa negra e impenetrable.

—No hemos visto ni una sola señal que nos diga cuántos dichosos kilómetros nos quedan —me quejé.

—No, y nos habría venido muy bien.

—Seguro que enseguida vemos las primeras luces, allá adelante.

—Allá adelante no sé, pero allá atrás ya han aparecido las primeras.

—¿Qué…?

Me giré y vi las luces a las que Omar se refería. Sin duda procedían de los focos de un vehículo aproximándose en la distancia. No venía a gran velocidad, lo que me hizo pensar que sus ocupantes no huían de nadie. También podía deberse a que el conductor repartiera su atención entre la carretera y sus lindes. Eso me trasladó directamente al incidente vivido en la gasolinera. Tal vez fuesen esos tipos haciendo una redada para encontrarnos.

—¡Eh! Escondámonos antes de que nos vean —sugirió presuroso Omar.

—Pero entonces pasarán de largo, y nosotros lo que necesitamos es que nos auxilien.

—¿Y si son los locos de la furgoneta?

—Quien quiera que sea el conductor, lo mejor será hacerle aminorar la marcha para ver si lo reconocemos cuando esté cerca. Si nos inspira confianza, intentaremos captar su atención para que se detenga.

—Es arriesgado.

—Sí. Pero también es nuestro último cartucho para evitar pasar una noche a la intemperie.

Omar bufó al no tenerlas todas consigo.

Nos agachamos tras el quitamiedos, evitando movernos hasta que tuvimos el coche muy cerca. Entonces comprobamos desahogados que se trataba de una camioneta desconocida para nosotros y que la fisonomía del único hombre que viajaba en ella no tenía nada que ver con la de nuestros temidos perseguidores. Borrados nuestros miedos, nos levantamos gritando bien fuerte para hacernos notar. El conductor de la camioneta detectó nuestra presencia inmediatamente y, como esperábamos, detuvo su vehículo en el arcén. Permaneció inmóvil hasta que nos situamos a su lado, entonces bajó la ventanilla y nos miró entre curioso y extrañado. Era un hombre moreno y musculado con aspecto de haber trabajado toda su vida bajo el sol.

—¿Quiénes sois? —profirió.

—Me llamo Daniela Palmer y él es Omar. Nos dirigimos a Sídney, pero nuestro coche se ha averiado.

—¿Es el Magna de allá atrás?

—Sí.

—Habéis caminado bastante. ¿Qué le pasó?

—El motor empezó a calentarse y hubo una fuga de anticongelante.

—¿Nos podrías acercar a Morwell?

—¿Queréis ir a Morwell? —preguntó, sorprendido.

—Sí. Tenemos intención de pasar la noche allí, y ya pensaremos por la mañana cómo continuar —afirmé, muy segura de la idoneidad del plan.

—¿Y si queréis ir a Morwell para qué seguís caminando?

—¿A qué te refieres?

—A que ya lo dejasteis atrás hace veinte kilómetros.

—¿En serio?

—Claro. El próximo pueblo es Rosedale, a unos diez.

Me extrañó su respuesta. No conocía muy bien la zona, pero no

había sido consciente de haber pasado por Morwell.

—También nos sirve —se mostró conforme Omar—. ¿Puedes llevarnos?

—Puedo hacer algo más, incluso. Mañana partiremos un pequeño grupo hacia Sídney, que será una escala de nuestro viaje. Cuantas más personas vayamos juntas, mejor será para todos.

—Bueno, podemos pensarlo durante la noche —acordé. En aquellas circunstancias, no me atraía la idea de compartir medio de transporte con desconocidos, si bien Omar hasta hacía muy poco también lo había sido.

—Iréis mejor con nosotros que en esa tartana, de eso puedes estar segura.

Noté cómo Omar se mordía la lengua para contener su orgullo. No entendía por qué le costaba tanto reconocer que lo que él tenía era solo un viejo cacharro gripado.

—Mirad, si decidís acompañarnos, iré temprano hasta vuestro coche, extraeré el combustible que llevéis en el depósito y os traeré alguna cosa que hayáis podido dejar en él.

Nos pareció una propuesta muy buena, casi calcada a aquella con la que habíamos especulado unas horas antes.

—Es diésel, ¿verdad?

—Sí, y está lleno.

—Estupendo. Nos vendrá bien ese gasoil.

Solo faltaba cerrar el trato.

—De acuerdo. Te agradecemos la ayuda.

—Pues venga, subid atrás. Puede que todavía lleguemos a tiempo para la cena.

Accedimos al vehículo por las puertas traseras y dejamos los bultos junto a nuestros pies. La decoración del interior resumía a la perfección el uso habitual del mismo. La tapicería de los asientos dejaba entrever la espuma que los rellenaba en varios puntos, el suelo estaba lleno de barro seco, hierbajos y herramientas, y los cristales se mostraban tan sucios por dentro como por fuera. Del espejo retrovisor colgaba un rosario nacarado. Olía tanto a polvo que, pese a no haber sufrido nunca episodios de asma, mis bronquios amenazaron con bloquearse.

—¿De dónde venís? —quiso saber el hombre, sin volverse hacia nosotros.

—De Melbourne.

—Hay una buena liada allí, según ha dicho la radio.

—Por lo que hemos visto, no es el único sitio donde la situación se está desmadrando.

—La gente acostumbra a perder muy pronto los estribos.

—Has sido el primer coche con el que nos hemos cruzado en varias horas. ¿Ocurre algo allá atrás?

—No he llegado muy lejos, pero no he visto nada raro ni a la ida ni a la vuelta —nos aseguró mientras nos poníamos en marcha—. Lo único que me ha llamado la atención es lo que dices, que no hay nadie en la carretera. ¿Os importa que lleve encendida la radio?

—Claro que no. Un poco de información nos vendrá bien.

—¿Y que fume?

—Es tu camioneta, no te retraigas.

—Gracias. Me llamo Jorn, por cierto. Ahí atrás tenéis unas cuantas botellas de agua, por si traéis sed.

—Encantados, Jorn —le dije.

—Te agradecemos el agua —añadió Omar—. Y también te agradecería algo de tabaco.

Jorn le lanzó la cajetilla a las manos y Omar cogió uno de los cigarrillos. Después me ofreció otro a mí.

—Lo he dejado —rechacé. Igual era una idiotez abandonar el hábito de fumar cuando iba a morir de todas formas, pero pensé que aprovechar el tiempo que me quedaba para proponerme retos importantes sería la única forma de mantenerme activa.

—Pues a buenas horas… —rio Omar, devolviéndole el paquete a Jorn.

Las noticias locales eran un calco de mis presentimientos. La emisora cubría la actualidad del sur de Australia relatando sucesos que bien podrían resumir lo que ocurría en cualquier otra parte del mundo. Caos financiero, político, social… Ningún país estaba preparado para afrontar una catástrofe como la que se avecinaba y, en pocas horas, había quedado en evidencia. Las principales potencias habían invertido sus recursos en ir saliendo al paso de los problemas sin poner su mirada más allá de sus intereses inmediatos. «Sal al paso de lo que ocurra en tu legislatura, no importa lo que debas hipotecar para ello, y que la herencia que le dejes a tu sucesor sea un hueso duro de roer», parecía ser la mayor consigna de los mandatarios.

—Oye, ¿has visto una furgoneta amarilla por el camino?

—No he visto a nadie.

Por una parte era un alivio no tener a aquellos dos pisándonos los talones, pero por otra, me sentía mal ante la posibilidad de que el hombre atropellado hubiese muerto. Yo no era una asesina; tal vez en poco tiempo me viese en la obligación de tener que matar a alguien para sobrevivir, pero no estaba preparada para que

sucediese de aquella manera. Omar supo captar mi aprensión.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—Gracias. Pero no puedo evitar preocuparme. Puede que ese hombre haya muerto.

—Por supuesto, seguramente te lo hayas cargado. Pero era algo necesario. De lo contrario, ahora seríamos como dos erizos despachurrados en aquella cuneta. En el futuro tendrás que volver a matar, y es importante que lo asumas. Tu vida dependerá de ello.

Asentí convencida de que era mi sino. Lo único que esperaba era ser capaz de aguantar hasta el último momento antes de ajusticiar a otra persona; no tener más remedio que apretar el gatillo, clavar el cuchillo o empujar al vacío para salvar mi vida.

Apenas diez minutos después, Jorn aparcó en una de las calles perpendiculares a la carretera que atravesaba la pequeña Rosedale, al amparo de una casa de dos plantas de aspecto deslucido y anticuado.

—Hemos llegado.

Bajamos de la camioneta. Se había hecho noche cerrada y soplaba un viento racheado que hacía de la estancia al aire libre una experiencia desapacible. Pasar la noche al raso hubiese sido algo parecido a juguetear con la enfermedad, y no podíamos permitirnos caer en esos contratiempos.

—Es aquí —anunció Jorn, refiriéndose, como me temía, a la casa—. Creo que todos están acostados ya.

Ciertamente, desde nuestro lado no se veía ninguna luz encendida. Por un instante temí que nos estuviésemos viendo envueltos en el intrincado plan de un psicópata y que todo aquello no fuese sino una disimulada cacería. Pero lo cierto es que Jorn no tenía aspecto de loco ni de caníbal, y su comportamiento hasta entonces no merecía mi desconfianza.

Lo que sí me asustó, y bastante, fue vislumbrar una oscura silueta humana junto a la escalinata de una de las propiedades aledañas. Por la melena suelta y su complexión menuda deduje que se trataba de una mujer, y no demasiado mayor, quizá de unos sesenta años. Estaba quieta, observándonos sin decir nada.

—¿Qué pasa? —me preguntó Omar al notar mi sobresalto.

—Hay una señora en esa casa que nos está mirando —le mostré.

Me di cuenta de que la mujer vestía un camisón largo hasta los tobillos e iba descalza. Parecía como si se hubiese levantado de la cama para salir ex profeso al jardín.

—¡Joder, es verdad! ¡Qué miedo!

Jorn la identificó enseguida.

—Es Margaret, una vecina.

La mujer no se inmutó al ver que habíamos reparado en ella, ni tampoco cuando Jorn agitó una mano para saludarla.

—No os preocupéis, no está loca ni nada parecido. Solo que, desde que es sabido lo del cometa, no duerme bien por las noches y sale de vez en cuando al jardín a mirar el cielo.

Sin embargo, era a nosotros a quienes estaba mirando.

—Pero todavía falta un año para que sea visible —señalé.

Jorn miró hacia la mujer con cara de lástima. Seguramente recordase que pocas semanas atrás, ella era una persona normal, amable, de las que siempre es una suerte tener como vecinas.

—Oye, ¿tendremos que madrugar mucho mañana? —preguntó Omar, al que se veía impaciente por entrar en la casa.

—Si te preocupa levantarte demasiado pronto, no temas. A ninguno nos gusta dormir demasiado y, cuando toca viajar, preferimos salir temprano.

—Ah, fabuloso —fingió alegrarse Omar, cuyos deseos, obviamente, iban encaminados hacia otra dirección.

—Venid, entraremos por detrás.

Lo seguimos hacia la parte posterior de la casa, muy oscura al tratarse de una zona alejada de las farolas de la calle principal. Mis ojos no se separaron de la mujer hasta que salió de mi campo visual. Ella siguió sin reaccionar en todo ese tiempo.

—Vamos —apremió Jorn—. A ver si hay algo para que cenéis antes de acostaros.

—No te preocupes, no tenemos hambre —dije, aunque al menos yo sí la tenía. No obstante, el hombre ya había hecho bastante por nosotros y, si el apetito nos impedía dormir, siempre podríamos picar algo de las bolsas que llevábamos en las mochilas.

—¿En serio no queréis comer nada?

—No. Además, no me gusta ir a la cama con el estómago lleno.

Omar se limitó a asentir cuando Jorn se volvió hacia él para conocer su opinión.

—Bien, pues os acompañaré a vuestro cuarto. Hay dos camas, no sé si dormís juntos o separados…

—De momento, separados —le aclaré, ante el silencio de mi compañero.

Jorn metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Me froté los ojos mientras contenía un bostezo. Llevaba tiempo sin dormir en una cama decente.

—Adelante, estáis en vuestra casa.

XVII

07 de abril de 2014
5 años antes del Año de Incertidumbre

La tenue iluminación diseñada para crear ambientes cálidos fue engullida de inmediato por unos focos mucho más funcionales que invitaban al público a ir abandonando el teatro. Busqué a Diana entre el respetable, segura de que habría disfrutado del concierto, pero no la pude ubicar. Había mucho movimiento de gente y el graderío era muy amplio. Sin embargo, allá atrás, en una de las últimas filas, semioculto bajo las sombras de los palcos superiores, lo vi a él. Me miraba directamente a los ojos, dedicándome una media sonrisa de labios prietos. Su repentina aparición me dejó paralizada. Podía ser casual que hubiese ido a presenciar el concierto —había mucha gente que amaba la música clásica y nuestra orquesta tenía fama de dar buenos recitales—, pero el observarme con mirada fija conllevaba intencionalidad. Obligado por el movimiento migratorio de sus compañeros de bancada, el hombre se levantó de su butaca, se abrochó el primer botón de su americana y se dejó arrastrar hacia el pasillo.

Tras unos instantes de duda, decidí seguirlo, sin haberme parado a pensar qué le diría cuando lo alcanzase. Dejé mi instrumento sobre la silla y bajé rápidamente entre los dos grupos de violinistas, con mucho cuidado de no derribar a ningún compañero de un empujón. Crucé frente al estrado de Marcelo y troté escaleras abajo hacia el pasillo lateral. El hombre se encaminaba hacia la salida; tenía que llegar a él antes de que se mezclase con el resto de los asistentes en el hall principal.

—¡Daniela! —exclamó Ronnie, saliendo de la nada y plantándose en mitad del pasillo.

—¿Ronnie? Creía que trabajabas esta noche.

—He cambiado el turno con un compañero; no quería perderme el concierto.

—¡Ah, estupendo! ¿Y te ha gustado? —le pregunté, alzando la vista por encima de su hombro.

—Pues sí, habéis estado perfectos. ¿Cenamos juntos?

—Pues… ¿Me disculpas un momento?

—¿Eh…? Sí… —aceptó, un poco sorprendido. Para entonces yo ya me encontraba driblando por el pasillo a los más rezagados.

Como me temía, la interrupción de Ronnie me hizo perder de vista a mi objetivo y cuando llegué al recibidor, la masa humana complicaba enormemente su localización. Me dirigí con rapidez al ropero, con la esperanza de encontrarlo allí, pero no estaba entre la gente que aguardaba a que le entregasen sus abrigos. Entonces, un inesperado golpe de suerte hizo que mis ojos reparasen en una figura lejana justo antes de que esta desapareciese por las escaleras de acceso al parking subterráneo. ¡Y era él! Esquivé a cuantos tenía delante durante su persecución, sin poder evitar que algún desafortunado se llevase un fortuito codazo en las costillas.

Seguí sus pasos hasta el primer sótano y corrí hacia él cuando lo identifiqué junto a su automóvil.

—¡Eh, espere! —le grité.

El hombre se volvió con gesto muy serio.

—Solo quiero hablar con usted —le confesé.

—Señorita, no deben vernos juntos.

—¿Qué?

—La discreción es fundamental.

—Dígame por qué ha venido, por qué me estaba mirando y qué líos se trae con algunos médicos del hospital.

—Se lo repito, señorita Palmer, no deben vernos juntos.

—O me lo cuenta usted, o tendré que averiguarlo por mis propios medios. Y eso no les va a gustar.

La expresión del hombre pasó de la desaprobación a la amenaza.

—Atrévase a poner en riesgo nuestra empresa y será lo último que haga en su vida profesional.

Sin más, abrió la puerta de su coche y se sentó frente al volante.

—Considérelo una última advertencia de cortesía —dijo, antes de cerrar de golpe.

El vehículo arrancó y se puso en marcha mientras el parking se llenaba de gente dispuesta a seguir sus pasos. Lo acompañé con la mirada hasta que se perdió por la rampa de salida, jurándome que haría lo imposible por destapar los sucios negocios que ese tipo se traía entre manos.

Pasaron dos semanas desde el concierto sin que hubiese logrado ningún avance. El comercial no volvió por el hospital en ese tiempo y, que yo supiese, claro, la doctora Hoffman no mantuvo ninguna reunión con otras personas del mismo palo. Esa frustración me

había llevado a pensar en explorar otras vías de investigación menos lícitas, tal vez, pero más efectivas, y para ello necesitaba ayuda. La noche anterior me había registrado en una comunidad de hackers y había estado leyendo varios artículos sobre intrusismo digital. Lo que buscaba, en resumen, eran formas de extraer información de los ordenadores de la doctora Hoffman y del director Kinnaman. Lo incluí a él porque me costaba creer que estuviesen haciéndose negocios de cierta magnitud en su hospital sin que tuviese constancia. Un volcado de sus discos duros, por ejemplo, podría contener la clave de sus misteriosas actividades y, seguramente, para los expertos en infiltraciones no supusiese demasiado esfuerzo. Pero por más que leía, no acababa de entender nada. Estaba claro que hacían falta unas nociones muy avanzadas de informática y programación para perpetrar lo que estaba tramando.

Al final, me había acostado tardísimo y a la mañana siguiente pagué las consecuencias. Cuando me di cuenta, llevaba media hora de retraso respecto a mi horario habitual. Salté de la cama, me duché con agua fría por no esperar a que calentase, y engullí una magdalena de la que bajaba al garaje. Prescindir de ese primer café al levantarme implicaba estar arrastrándome el resto del día, así que, en cuanto pude, me acerqué a la cafetería del hospital y pedí un café americano para llevar.

Volví a mi consulta y me senté en la butaca, dispuesta a tomarme el café y espabilar cuanto antes. Entonces reparé en unas hojas que mi impresora había escupido a la bandeja de salida mientras estaba fuera. Al recogerlas comprobé que eran los expedientes de varios pacientes de la unidad de salud mental del hospital. Entre ellos hallé unos cuantos relacionados conmigo, gente a la que yo trataba desde hacía más o menos tiempo, y algunos otros que conocía de haberlos visto por los pasillos. En total, unos veinte, de los que tres cuartas partes eran hombres y el resto mujeres. Si habían salido de mi impresora sin que yo los hubiese enviado, significaba que provenían de otro equipo informático enchufado a la red, y creía saber de cuál.

La doctora Hoffman estaba sentada frente a su ordenador, pulsando con insistencia el botón izquierdo del ratón. Maldecía en voz baja como si el trebejo no le estuviese haciendo ningún caso.

—Doctora Hoffman, ¿tiene un segundo? —pregunté, golpeando con los nudillos la puerta de su despacho.

—Me pilla en un mal momento, tendrá que ser otro día —dijo ella sin apartar la mirada de la pantalla. Se notaba nerviosa.

—Es que es bastante urgente.

Movió la cabeza hacia mí, pero no sus ojos.

—Está bien. Dígame qué sucede.

—Alguien ha imprimido estos expedientes, creo que sin autorización.

Mis sucintas palabras consiguieron por fin atraer su atención.

—¿Expedientes?

—Sí, son todos pacientes de psiquiatría, algunos míos, otros no.

La jefa de planta se sorprendió tanto al verme con ellos en la mano que intentó actuar con naturalidad, pero solo consiguió ponerse más nerviosa y balbucear.

—Pues… ehhh… no sé… ¿Dónde los ha encontrado?

—En mi impresora —dije sin indirectas—. Pero creo que los imprimió usted.

—¿Cómo dice?

—Que son suyos.

La doctora Hoffman se mordió el labio inferior antes de mentir. Seguramente aquella situación fuese algo que no se esperaba.

—¿Pero qué está diciendo? No tengo nada que ver con ellos. Puedo consultarlos cuando quiera desde mi ordenador.

—Entonces ¿por qué los ha imprimido? ¿Se los ha pedido alguien?

—Doctora Palmer, le estoy diciendo que no tengo nada que ver con ellos.

—Sabe igual que yo que los expedientes son altamente confidenciales. Jamás pueden dejarse al alcance de cualquiera, y mucho menos ofrecérselos a alguien ajeno al hospital.

—Démelos, los destruiremos y ya está.

—No, no está. Debe decirme a quién se los iba a dar.

—¡Ya está bien! —se defendió de una forma más agresiva—. ¿De qué cree que va? Acaba de llegar, como aquel que dice, y ya está poniendo y quitando a su antojo, diciendo lo que los demás debemos y no debemos hacer. ¿Pues sabe una cosa? Le importa una mierda lo que yo haga y así va a seguir siendo, ¿me ha oído?

—Doctora Hoffman, los compromisos básicos de confidencialidad no deben nunca ser ignorados. ¡Usted misma me los hizo firmar!

—No me trate como a una paciente suya, no soy ninguna retrasada.

—Sé que usted y el doctor Kinnaman se traen algo turbio entre

manos y pronto voy a averiguar qué es.

—Tenga cuidado con las amenazas.

—¿Quién está amenazando a quién?

—Créame, bonita, estoy en disposición de hacerlo —me lanzó como un dardo—. Hemos terminado.

Tenía razón, seguir discutiendo no llevaba a ninguna parte. Ella no iba a soltar prenda sobre sus asuntos y yo no veía ninguna cuerda de la que tirar; solo un puñado de fichas clínicas cuyo propósito y relación desconocía. Dediqué un severo gesto de desaprobación a mi superiora y me dirigí derecha a mi consulta.

En su soledad, traté de buscar las posibles conexiones que pudiera haber entre los pacientes. Esparcí los documentos por la mesa y los observé con detenimiento. Estaba claro que compartían alguna peculiaridad que los hacía igualmente interesantes para la jefa de psiquiatría, pero podría ser difícil el establecer cuál. No era el sexo, eso se descartaba de inmediato. Tampoco la edad, la mayoría rondaba la treintena, pero los había de edad más avanzada y al menos un caso de veintipocos. Me concentré y pensé durante varios minutos, hasta que por fin me di cuenta de que solo estaba moviéndome en círculos en torno a la solución más obvia. Lo que unía a todos ellos eran unas patologías concretas: el trastorno de identidad disociativo y la esquizofrenia.

Alguien llamó a la puerta.

—Doctora Palmer.

—Sí, ¿qué desea?

Samuel, uno de los guardias de seguridad más veteranos, abrió y asomó la cabeza.

—Doctora Palmer, debe recoger sus cosas en no más de diez minutos y acompañarme.

Al momento comprendí que acababa de ser cesada de todas mis funciones.

—Claro, Samuel. No le haré esperar.

XVIII

25 de julio de 2019
Día 5 del Año de Incertidumbre

Pese al agotamiento que arrastraba desde hacía varios días, me desperté al alba. La orientación de la habitación hacía que el sol se colase desde muy temprano por entre las tablillas de la persiana, colmándola de luz. Si el resto de dormitorios daban también al este, no era de extrañar que en esa casa todos se levantasen tan temprano. Me incorporé y miré a Omar. Seguía echado en su cama, pero estaba también despierto. Tenía la atención fija en el techo y no pestañeaba. Era imposible saber en qué lugar del universo se encontraba su mente.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunté tras detectar, al rato, el primer pestañeo.

—No muy bien. No me acostumbro a dormir en otro sitio que no sea mi cama. ¿Y tú?

—Mejor de lo que esperaba. Estaba muy cansada.

—¿Nos levantamos ya?

Me hubiese gustado seguir arremolinándome en la cama durante horas, pero ponerse en marcha era lo más adecuado.

—Sí, no es de buena educación hacer esperar a nuestros anfitriones. ¿Te importa si uso el baño la primera?

—No te preocupes, yo ya he ido.

Aprecié que tenía el pelo aún mojado.

—Ah, genial.

Cogí una camiseta y unos tejanos limpios de la mochila y me dirigí al servicio. Al salir de la habitación escuché a gente conversando en el piso de abajo, seguramente en la cocina. Una voz femenina predominaba sobre de las demás. Entré en el pequeño cuarto azulejado y al instante me despojé del pijama y de la ropa interior. Abrí el grifo del agua caliente y mientras esta adquiría cierta temperatura me senté en el váter. Se respiraba un profundo olor a lavanda, de esos capaces de marearte pasado algún tiempo inhalándolos. Estar sola en un lugar desconocido me hizo de pronto sentirme diminuta, insignificante. Quizá lo fuese, de hecho. El caso

era que echando la vista atrás, no había estado realmente sola desde el momento en que había abandonado la comisaría y eso me había impedido pararme a reflexionar sobre lo delicado de nuestras vidas. En condiciones normales, yo debería estar a punto de salir de casa para ir a mi consulta y recibir a unos cuantos pacientes habituales. Me contarían cómo habían pasado las últimas semanas y luego se irían. Entonces saldría a comer con Anette y por la tarde ensayaría con la orquesta. Tal vez Marcelo se acercase a contarme cualquier tontería al acabar, como hacía tantas veces, y por la noche, cenaría en la cocina con Coyote a mis pies. No sabía lo que opinarían los demás de mi vida, pero tampoco era algo que me importase. Yo era una persona independiente, realizaba una buena labor social con gente que lo necesitaba y cuidaba de mi planeta. Razones suficientes para justificar mi existencia. Anette, Marcelo, el señor Francisco… ¿Qué habría sido de ellos? Ronnie… Pensé que quizá Megan tuviese noticias suyas. Pude haberla llamado hacía días; ella era su novia, la primera persona a la que por lógica él habría recurrido, pero no caí en la cuenta. ¿Y Coyote? ¿Dónde estaría mi gato? Era un animal espabilado, seguro que sabría buscarse la vida en cualquier entorno. Añoré poder reencontrarme con él algún día…

La ducha me sentó de maravilla. Salí del cuarto de baño rejuvenecida y con el ánimo ligeramente renovado. No olvidaba la situación en la que estaba, esa no había cambiado, pero al menos la afrontaba con el pelo limpio y la piel fresca. Era como empezar un nuevo asalto en el combate después de unos días arrastrándome por la lona.

Omar me estaba esperando en lo alto de la escalera para bajar juntos con los demás. Me asomé a la habitación y comprobé que había recogido nuestras cosas y hecho las camas; todo un detalle por su parte. Fui hasta mi mochila y guardé en ella la ropa usada y mi cepillo de dientes. Tenía tanta hambre que, por educación, pensé en llenarme la boca de frutos secos antes de bajar a desayunar para no agotar las reservas de su nevera, pero creí conveniente ir aprendiendo a administrar los recursos de los que disponíamos. Omar así lo hacía.

De la que bajábamos, me fijé por primera vez en los cuadros que colgaban de las paredes del pasillo. Todos mostraban imágenes religiosas de diversa índole; seguramente la gente que habitaba en la casa fuese muy creyente.

—Estás muy guapa —me lisonjeó Omar.

Le sonreí.

—Venga, a ver si podemos comer algo antes de irnos —apremié.

Terminamos de bajar las escaleras y entramos en la cocina atraídos por el olor de un delicioso desayuno americano. La boca se me estaba haciendo agua.

—Buenos días —nos saludó una mujer negra que sostenía una sartén llena de huevos revueltos—. Sois Daniela y Omar, ¿verdad?

—Sí.

—Jorn nos lo ha dicho —informó, y se señaló al pecho—. Nira. Él es René y ella, Vana.

René resultó ser un hombre recio, de barba y largos cabellos rubios, con ojos achinados, que nos saludó levantando el tenedor. Por su parte, Vana era una niña de siete u ocho años, también rubia, con la piel clara y la mirada avispada. Supuse que tal vez fuese hija de René pero no de Nira, basándome en un planteamiento meramente genético.

—También nos dijo que vendréis con nosotros.

—Nos lo…

—Vaya, hay jaleo ahí fuera… —me cortó Nira al ver algo desde la ventana.

—¿Jaleo? —preguntó René.

—Sí, nada. Unas personas que están hablando en la calle —dijo. Luego se volvió hacia mí—. Perdona, ¿me decías?

—Sí, eso, que nos lo ofreció y nos pareció bien.

—Nuestro coche se averió a unos cuantos kilómetros de aquí. Jorn nos recogió anoche con su camioneta —explicó Omar.

—Lo sé. Ha ido a sacarle la gasolina del depósito —dijo la mujer, acercándose a la mesa.

Efectivamente, Jorn me había pedido las llaves con ese propósito la noche anterior.

Nira vació su sartén en los tres platos situados frente a ella y se los puso delante a los otros dos.

—Ahora mismo os preparo lo vuestro.

—Por favor, no dejes que se te enfríe el desayuno. Permite que nos lo preparemos nosotros —le pedí.

A ella le pareció bien y se sentó a la mesa.

—Usa los huevos que quieras, el resto nos los llevaremos cocidos —dijo, cortando unas rebanadas de pan de centeno—. También tenéis ahí beicon y salchichas caseras, por si os apetecen.

Omar me hizo un gesto para dar a entender que todo le apetecía, y como yo estaba igual de famélica, no escatimé a la hora de añadir elementos a la plancha. Nos servimos café en unas tazas de tamaño extra grande y nos sentamos junto al resto. Vana se entretenía

jugando con una muñeca de trapo mientras los demás daban buena cuenta de su desayuno.

—Es una muñeca muy bonita, ¿cómo se llama?

—Diana —respondió Nira en su lugar.

No esperaba tener que enfrentarme a ese nombre de una forma tan repentina.

—¿Diana?

—Sí, como la princesa de Gales.

Asentí, todavía tambaleándome en la silla.

—¿Se viene también con nosotros?

—Vana no habla demasiado, pero es una gran madre. No la puede dejar aquí sola —explicó la mujer.

La acaricié en la mejilla y la sonreí. Deseé con todas mis fuerzas que su mutismo no obedeciese a un episodio doloroso.

—¿Qué tal las cosas por Melbourne? —preguntó René, girando la cabeza hacia nosotros.

—Vana, cariño, si ya has acabado, ¿por qué no subes a jugar con Diana?

La niña asintió y, abrazada a su muñeca, se fue corriendo escaleras arriba.

—Muy descontroladas —le resumí con tristeza—. Lo abandonamos hace un par de días y por entonces ya habían empezado los saqueos. La gente deambulaba por la calle como si no supiese adónde ir, y algunos ya dejaban entrever de qué pasta estaban hechos.

René pareció esperarse mi respuesta.

—Las cosas por aquí no difieren demasiado.

—Ayer intentaron robarnos, y no hemos sido a los únicos —añadió Nira.

—Es el momento idóneo para largarse.

—¿Hacia dónde os dirigís? —le pregunté sin rodeos—. Después de Sídney.

—Nueva Zelanda.

—¿Nueva Zelanda? Eso está lejos. Tardaréis en llegar.

—Nadando sí —admitió René—, pero no volando.

Creo que expresé mi sorpresa con un gesto involuntario, porque enseguida se apresuró a explicármelo.

—Jorn fue piloto de las Fuerzas Aéreas. A las afueras de Sídney hay un aeródromo militar desde el que volaremos hasta Auckland.

—¿Y qué haréis cuando lleguéis?

—El abuelo de René construyó un refugio nuclear a mediados de los años ochenta, después de lo de Chernóbil. Aquel accidente lo

afectó bastante y a partir de entonces la seguridad nuclear se convirtió en una obsesión para él. ¿No es curioso? Después de tantos años, ese viejo agujero va a servirnos para algo. La idea es aguantar fuera todo lo que podamos y después, meternos dentro a rezar.

—¿Y cuando se os acaben los víveres?

—Supongo que moriremos. Para entonces las cosas ya estarán bien organizadas en el cielo y no tendremos que hacer cola a la entrada —bromeó Nira, levantándose de la mesa y recogiendo los platos vacíos—. ¿Sois creyentes?

—No demasiado —dije por los dos.

Omar no quiso desmentirlo, viendo que a ella no pareció importarle.

—En cualquier caso, os buscaré por allá arriba para charlar un rato. Será interesante cotejar a quiénes les ha ido mejor en sus últimos días.

Se lo agradecí con una sonrisa.

—Descartáis entonces que esto tenga arreglo.

René se pasó la mano por los cabellos y ladeó la cabeza.

—Mi fe se alimenta en Dios más que en el ser humano.

—¿Y si el cometa cambia su trayectoria? ¿Y si se desvía y pasa rozando la Tierra en lugar de chocar contra ella? Ahí no intervendría la mano del hombre.

—Bueno… Si algo así ocurriese, volveríamos a casa, supongo.

Alguna vez había oído que existía esa posibilidad, que la trayectoria de un asteroide podía alterarse al verse afectada por el campo gravitatorio de algún astro o planeta junto al que cruzase. Ojalá el Sol actuase como un ángel de la guarda y nos salvase la vida.

—¿Y vosotros? ¿Adónde vais? —se interesó Nira.

—Sídney es nuestro destino final.

—No creo que los ánimos estén más calmados en Sídney que en Melbourne —opinó René, amontonando unas migas con la servilleta.

—No, seguro que no. Pero quiero visitar a mis padres antes de que el mundo se convierta del todo en un manicomio.

—Es importante pasar estos meses con la familia —apuntó Nira —. ¿No tienes a nadie más? ¿Vosotros…?

—Omar y yo nos conocemos desde hace poco, somos amigos, y lo cierto es que no, no hay nadie más.

—También debemos pasar por las oficinas de mi empresa —intervino Omar, tal vez por sentirse algo incómodo.

—¿Y a qué se dedica tu empresa, si no es indiscreción?

—Consultoría especializada.

—¿Eres informático?

—Así podría resumirse.

—Me lo parecías. Pues me hubieras venido muy bien en otras circunstancias. Ahora no creo que vuelva a usar nunca ese viejo cacharro.

En esos instantes Jorn entró por la puerta y echó una mirada a la cocina.

—Veo que ya os habéis conocido.

—Sí, son unos chicos muy majos —nos halagó Nira.

—Podemos ir, entonces.

Cargamos la camioneta con los bultos que conformaban el equipaje y nos fuimos subiendo en ella. Omar se ofreció a ir sentado en uno de los asientos abatibles de la parte trasera, en vista de que con el resto se ocupaban todas las plazas principales. Mientras nos acomodábamos y nos abrochábamos los cinturones, Jorn se cercioró de que las puertas de la casa y sus ventanas quedaban bien cerradas, y se sentó a los mandos del vehículo. René haría de copiloto y atrás viajaríamos la niña y, a ambos lados, las dos mujeres. Imaginé que si esas eran las posiciones habituales, las conversaciones que debían mantener piloto y copiloto en la carretera debían ser dignas de recordar.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Nira, aún intrigada por toda la gente que se había congregado en la calle. Parecían concentrarse en las inmediaciones de la casa de la señora que observaba el cielo la noche anterior.

Jorn la miró por el retrovisor y, cuando ella se dio cuenta, le hizo un gesto ensayado. Nira puso las manos sobre las orejas de Vana para que no los escuchase. La niña, acostumbrada, siguió peinando su muñeca como si nada.

Lo que Jorn dijo me hizo desear que alguien hubiese tapado mis oídos también.

—Margaret. La han encontrado ahorcada en el granero esta mañana.

—¡Santo cielo! —exclamó Nira cerrando los ojos y santiguándose. Luego volvió a cubrir los oídos de la pequeña—. Tenemos que hablar con Henry.

—No hay tiempo para eso. Nos vamos.

—¿Qué?

—No vamos a decirle nada que no le hayan dicho ya.

—¡Pero era su mujer!

—¿Y qué? ¿Crees que ha sido la única que se ha quitado la vida esta noche? ¿Crees que será la única que lo hará de aquí a que se acabe el mundo? Seguir en el pueblo es peligroso, debemos irnos cuanto antes.

—Jorn tiene razón, Nira —se posicionó René—. Retrasando nuestra salida no vamos a arreglar nada.

Miré hacia el granero y la sensación de ingravidez en mi estómago se intensificó. Pensé que vomitaría en cuestión de segundos.

—Por favor, ¿podéis abrir la ventanilla? —les rogué a los ocupantes delanteros.

—Claro.

Jorn fue el primero en hacerlo y René lo siguió. Con el movimiento de la camioneta el aire de la mañana empezó a entrar en el habitáculo y su frescura me ayudó a mitigar las náuseas.

—Adiós, Rosedale, gracias por haber sido nuestro hogar —le reconoció René al pequeño pueblo que abandonábamos. Supuse que la mayoría de ellos, si no todos, habrían nacido en él. Mientras tanto, a nuestro lado, Nira continuaba rezando por la salvación de Margaret. Vi cómo lloraba, tal vez por su vecina, tal vez por dejar atrás una vida de la que no había querido desprenderse. Tal vez por ambas cosas. El apego que esta gente tenía por su pueblo sobrepasaba con creces la nostalgia que yo pudiera sentir por Melbourne, eso seguro, y a mí ya me había costado lo suyo decirle adiós a mi día a día.

Siguiendo la tónica general, acumulamos un buen puñado de kilómetros sin romper el escudo de silencio que protegía nuestras almas de la abrasiva realidad. No era tiempo de charlar, sino de velar por nuestro pasado y untar una buena pomada en las heridas que todos llevábamos abiertas. Incluso yo, preparada para asistir a los demás cuando el dolor los desorientaba, no encontraba un saliente al que agarrarme.

Al final nos dimos cuenta de que, aunque ninguno estuviera en disposición de hablar, todos lo estábamos de escuchar, y enterarse de la situación en la que se encontraba la ciudad a la que llegaríamos esa noche, nos haría precaver los riesgos. René encendió la radio y trató de sintonizar alguna emisora, pero era imposible captar nada. Tras pelearse con el dial un par de minutos,

al final desistió y, maldiciendo, la apagó.

—No es buen augurio que ninguna emisora de Sídney esté en el aire —advirtió Jorn.

—Para nada —coincidió él con el ceño fruncido.

—Puede que algún radioaficionado esté emitiendo en onda corta —apunté.

—No, he barrido toda la FM.

—Prueba entonces en AM, puede haber alguien en banda ciudadana.

—¿Banda ciudadana? ¿Qué carajo es eso? —preguntó René.

—Frecuencias para uso civil aficionado —se anticipó Jorn—. Buena idea, chica.

—Exacto. Mucha gente emite en ese rango del espectro en situaciones críticas, transmitiendo de forma autónoma desde sus casas. Con la telefonía móvil fuera de servicio, puede ser la única vía de comunicación vigente.

—Pues vamos a ver si hay suerte.

René accionó de nuevo la radio y seleccionó la amplitud modulada.

—¿Dónde estás, criaturita…? —canturreó mientras giraba el sintonizador.

Pero no se oía más que ruido.

«… inimaginable…»

—Creo que tampoco…

—¡¡¡Callaos!!!

«… restos de cadáveres esparcidos por el camino».

—¡Santo Señor de los cielos! ¡¿Pero adónde coño estamos yendo?! —se preguntó René en voz alta.

«En total, más de una veintena de tumbas han sido exhumadas».

—Un cementerio —apuntó enseguida Nira—. Está diciendo que han profanado un cementerio.

—¡Eso no me tranquiliza!

—¡Silencio! —exigió Jorn.

«El suministro de agua se ha interrumpido en la zona comprendida entre Castle Hill y Richmond. Se desconoce si se reestablecerá en las próximas horas. En cuanto al tráfico, los accesos a la ciudad por la A32 han sido cortados por un grupo de insurgentes que han quemado neumáticos y algunos vehículos».

—¿Es nuestra ruta de acceso? —fue la inevitable pregunta de René.

Jorn negó con la cabeza. A nosotros nos correspondía entrar por el sur, mientras que los altercados anunciados se estaban

produciendo en el noroeste. Eso no quitaba que también pudiese haber problemas más abajo, o que se desatasen antes de que llegásemos.

«En el aeropuerto la tensión puede cortarse con un cuchillo. Muchos pasajeros con billete ya comprado se han quedado en tierra porque su vuelo se ha cancelado. Lo mismo ha ocurrido con la mayoría de vuelos entrantes. Los familiares que esperaban la llegada de viajeros han comenzado a protestar airadamente ante la desinformación de las aerolíneas».

—Pronto estaremos incomunicados —presagió Nira.

«Por ahora nada más, amigos. Tened cuidado donde estéis. En cuanto tenga más novedades, volveré para informaros».

La voz del desconocido se silenció y todos los ocupantes del coche sentimos algo parecido a la congoja, estoy segura. Nos estábamos dirigiendo a una ciudad que en cualquier momento podía estallar. Era algo irracional que, al mismo tiempo, no podíamos evitar.

En torno al mediodía, encontramos un bar de carretera con apariencia de estar abierto y decidimos parar a descansar y beber algo. Vana llevaba unos kilómetros quejándose de tener muchas ganas de ir al baño y, quien más o quien menos, todos necesitábamos vaciar la vejiga. Aparcamos frente al restaurante y nos apresuramos a bajar y estirar las piernas. Jorn prefirió quedarse fuera fumando un cigarrillo y vigilando la camioneta, pero el resto ansiábamos hacer un paréntesis alejados del sol. Estábamos atravesando la franja del día más calurosa y la vieja camioneta no contaba con aire acondicionado. Era lo más parecido a un asador de pollos que había visto en mucho tiempo.

El interior del establecimiento estaba decorado siguiendo una estética muy americana, con alusiones a la filosofía motera y a la afamada Ruta 66. Los ventiladores daban vueltas en el techo y en la televisión tenían puestos videoclips de música country. El ambiente no era demasiado fresco, aunque se beneficiaba del contraste con la alta temperatura exterior. Nada más ver el billar que ocupaba uno de los rincones, Vana le pidió a Nira jugar una partida. A ella no le quedó más remedio que aceptar, pero le suplicó a Omar que las acompañase para así turnarse con él, bajo el pretexto de ser bastante mala jugando.

René y yo nos sentamos en la barra. La atendía un hombre mayor con un peto vaquero y una camisa a cuadros granate y azul.

Parecía más un mecánico que un camarero, aunque era posible que también se dedicase a reparar coches al lado del restaurante. Un chico más joven secaba unos vasos recién salidos del lavavajillas. No había nadie más en el local, así que el dueño nos atendió de inmediato. Tenía aspecto de cansado, como si llevase trabajando muchas horas seguidas, pero eso no lo impidió ser educado en el trato. Le pedimos dos cervezas, una tónica para Nira y dos refrescos de zarzaparrilla para Omar y la niña.

—¿Es tu hija? —le pregunté a René, dándole tiempo a que probara su jarra antes.

—No, no soy tan egoísta como para tener hijos.

Me sorprendió una respuesta tan tajante en un tema como ese.

—¿Consideras el ser padre un acto de egoísmo?

—Así es —me confirmó sin rodeos—. Nada supera a la paternidad en ese aspecto.

Me quedé unos minutos pensativa, sin decir nada, viendo a los chicos jugar al billar. René tampoco abrió la boca durante ese tiempo.

—No estoy de acuerdo contigo.

—¿En qué?

—En lo de tener hijos. No creo que sea egoísta.

—Lo comprendo —admitió, rascándose la barba.

—Creo que dar la vida a un nuevo ser es algo bonito y generoso.

René bebió un trago de cerveza y se encogió de hombros.

—Quizá si estuviésemos en el paraíso tendría que darte la razón. Pero traerlo a este mundo…, con independencia de lo del cometa, me parece una buena putada.

Comprendía su razonamiento y, en parte, lo compartía.

—Mujeres que paren en países en guerra para dejar a sus hijos huérfanos al poco de nacer, en desiertos en los que no tienen con qué alimentarlos… Lo siento, pero no veo que tenga nada de generoso.

—No vivimos en esos lugares.

—Pero los consentimos. Sabemos que están ahí y los contemplamos con indiferencia. Un «primer mundo» regido por la envidia y la usura tampoco es muy distinto.

—Procrear es el primer paso hacia la supervivencia. Y tenemos derecho a luchar por ella.

René apretó las mandíbulas y apuró su cerveza.

—Igual es ese el problema. Igual es que no tiene sentido sobrevivir.

—¿Por qué lo crees?

—¿Ves a esa niña? —preguntó, mirando a Vana por el espejo tras la barra—. No puede sujetar el taco derecho porque no quiere soltar su muñeca en ningún momento. Tiene un corazón puro, porque ha nacido con él. Así es como nacen los niños: puros e inmaculados. Pero a medida que crecen, los adultos nos dedicamos a corromperlos. Los educamos para que se transformen en nosotros. Los enseñamos a odiar, a desconfiar, a no perdonar al prójimo. Los convencemos de que deben hacerse mayores, de formar parte de esa condición, de ese grupo de gente que usa armas para matar, que secuestra, que tortura… Estúpidos engreídos… ¿Por qué no somos nosotros los que aprendemos de ellos?

—Vosotros no la educáis así. Es posible otro camino.

René me miró con expresión vacua. En verdad parecía un hombre desengañado del mundo.

—¿Y tú? ¿Dónde están tus hijos?

—Supongo que nunca encontré al padre adecuado, pero me hubiese gustado ser madre —le confesé. Él pareció aceptarlo.

—Somos sus tíos.

—¿Dónde están sus padres?

—Su madre, en la cárcel. Un tema de drogas. Su padre, donde nadie pueda encontrarlo, imagino.

—Pobrecita.

—Hemos solicitado un indulto. Esperemos que los jueces sean benevolentes al menos con los presos que tengan delitos menores y condenas próximas a cumplirse. Sería bueno para Vana pasar estos últimos meses con su madre.

—¿Y cómo os enteraréis de si sale libre?

—Fuimos a verla ayer. Sabe adónde vamos.

—¿Os pongo algo más? —preguntó el camarero, acercándose a retirar las jarras vacías.

—Tenemos que continuar, gracias —declinó René.

—Pues son quince dólares.

René me detuvo al ir a sacar mi billetera.

—Deja, a esta invito yo —dijo—. Por lo que veo, no tiene mucha clientela hoy, ¿eh, amigo?

—No para casi nadie —respondió el camarero—. Y de los que lo hacen, muchos se van sin pagar.

—¿Por qué no les cobra por adelantado?

—Nunca he tenido esa costumbre, creo que está feo. En fin, tampoco tiene mucha importancia. Si seguimos abiertos no es por dinero.

—¿Ah, no?

—No, que va. Estamos aquí porque no puedo abandonar este negocio. Mi abuelo se gastó todos sus ahorros levantándolo hace más de ochenta años. Luego lo regentó mi padre, que en paz descanse, y ahora es mi responsabilidad. Tal vez nunca llegue a ser propiedad de mi hijo, pero eso no significa que pueda dejarlo y largarme a cualquier parte.

—Pues le deseamos mucha suerte, es admirable su fidelidad.

—Gracias, amigo. ¿Sabe qué? Déjelo, invita la casa.

—De eso nada. Necesitará el dinero para seguir pagando a sus proveedores. Pero guárdemela para la próxima.

—Está bien —aceptó el camarero, pasando la bayeta por nuestra zona de la barra.

Alrededor de la una de la tarde dejamos atrás el desvío que en Cann River nos permitía tomar Monaro Highway y desplazarnos por la ruta interior atravesando Camberra, para seguir nuestro itinerario prefijado por la costa oriental.

«Buenas tardes a todos los que estéis escuchando al otro lado, soy Andy Handler», empezó a decir la radio del coche. René alzó la mano, pero todos sabíamos que no debíamos hablar. «Procedo a repasar algunas noticias que me han llegado y que creo que pueden ser de vuestro interés. Me centraré en Sídney. El ejército ha reprendido con dureza las revueltas insurgentes del centro de la ciudad. Parece que ha habido heridos y que se han producido detenciones. Se extiende el descontrol por los suburbios. Varias reyertas acabaron anoche con una docena de muertos, al menos cinco eran menores de edad. También se han registrado atracos y agresiones en Glebe y la violación de una chica en Surry Hills. Sigue siendo muy aconsejable no salir de casa más de lo imprescindible y nunca moverse solo. Para mañana hay anunciados repartos de víveres en Chippendale, Darlinghurst y Bondi Junction. Recordad: solo se entregará un lote por persona. El incendio declarado en Maroubra sigue activo, habiendo calcinado ya seis bloques de pisos. Espero que alguien haga algo pronto para extinguirlo o las llamas acabarán con toda la manzana. En otro orden de cosas, una mujer ha dado a luz en el barrio de Potts Point. Ella y el niño han sido atendidos por personas con conocimientos médicos y se encuentran bien. En el aeropuerto las cosas han empeorado. Ya es definitivo: se ha cancelado el tráfico aéreo en su totalidad. A partir de ahora nadie podrá entrar ni salir del continente en avión comercial. Somos los que estamos. Por otro lado, si alguien tiene pensado venir

a la ciudad en coche, aparte de mantenerse alejado del aeropuerto, que evite la entrada por el puente de Sylvania, pues los vecinos de Blakehurst han levantado una barricada que corta el paso. Para finalizar, un apunte nacional: sigue sin conocerse el paradero del presidente ni de ningún otro miembro del gobierno del país. Siento no poder daros cuenta de lo que ocurre fuera de Australia, pero utilizo un equipo bastante limitado».

Las noticias me dejaron preocupada. Maroubra era el barrio de mis padres. Esperaba que el foco del incendio y su alcance estuviesen lo suficientemente lejos de su casa como para que no les hubiese afectado. Pero, por si fuera poco, ese no era el único problema.

—Nuestra ruta cruza el puente de Sylvania —constaté—. Vamos a tener que desviarnos un poco antes de llegar y atravesar la bahía por Alfords Point.

—De acuerdo. Avísame cuando debamos tomar esa alternativa —me pidió Jorn.

Una hora después, arribamos Eden y seguimos nuestro camino pegados al mar por Princess Highway. Aunque el tráfico nunca llegó a ser ni siquiera moderado, sí que al menos no éramos los únicos en la carretera, y toparnos con varios camiones de mercancías nos produjo una sensación de cierta normalidad. Se hacía agradable ver el Mar de Tasmania desde la ventanilla y respirar el aire salino que ascendía por los acantilados. Me hubiera gustado escuchar algo de música, pero Jorn mantenía el ruido de la radio a volumen muy bajo en espera de recibir nuevas noticias. Era un poco molesto, pero merecía la pena soportarlo; cualquier información que obtuviéramos de la ciudad sería de gran utilidad. Mis acompañantes iban la mayoría del tiempo callados, pensativos, con la cabeza puesta, seguramente, en el cometa. Como todo el mundo. ¡Qué duro era vivir sin esperanza! No obstante, aunque poco habladores, estaba contenta de haberlos encontrado. Iba cómoda viajando con Omar, pero en ese grupo tenía la sensación de ser más fuerte, de no vagar sola por un laberinto sin centro ni salida. Supuse que a él le pasaría algo parecido, pero al mirarlo, vi que su cara reflejaba más mareo que otra cosa.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dijo, aunque estaba pálido y sus ojos bailaban desubicados.

—¿Quieres que paremos?

—No, estoy bien.

—De acuerdo.

Sin embargo, pocos kilómetros después, tuvimos que detenernos para que Omar vomitase en la cuneta. El calor y las interminables curvas de la ruta costera habían supuesto demasiado estrés para su estómago. Por fortuna, tras unos minutos recibiendo el soplo del mar en la cara y el momentáneo refresco de una botella de agua, Omar logró recomponerse y aguantar otro buen puñado de kilómetros sin que la cosa volviese a ir a mayores. La parte negativa fue que perdimos unos cuantos minutos de rodaje que implicarían llegar a Sídney a una hora bastante tardía. Pero ese tipo de imprevistos eran algo intrínseco a los viajes largos y poco podíamos hacer por evitarlos.

Llegamos a Wollongong pasadas las nueve. Gracias a los bidones de gasoil que llevábamos con nosotros, pudimos completar el trayecto sin necesitar una gasolinera. No habíamos vuelto a tener noticias de Andy, lo cual nos inquietaba. Esperábamos que no se hubiese complicado su situación y se encontrase bien. Vana se había quedado dormida con la cabeza apoyada en mi brazo y el temor a despertarla me impedía moverme.

—Queda una hora hasta Sídney —informó Jorn—. Es preferible hacer noche aquí y entrar en la ciudad por la mañana, cuando haya claridad. Buscaremos un motel donde descansar.

—Apoyo la moción —dijo René—. Tengo el trasero cuadrado.

Pero justo antes de apagar el motor, una última emisión llegó a nuestra antena para hacerse notar. En lo que transcurrió un segundo, nuestro destino había vuelto a cambiar, como si quisiera recordarnos que a pesar de nuestros esfuerzos por resolver con éxito las más difíciles disyuntivas, en el fondo, él siempre tenía la última palabra.

—¡Es él! ¡Súbelo!

«Hola de nuevo a todos los que estáis al otro lado. Disculpad si mi señal es limitada, emito desde una tienda y he tenido que esconderme en el almacén. Aquí espero estar más seguro, al menos de momento. No he podido recabar más novedades, lo lamento de veras, y seguramente a corto plazo siga sin poder hacerlo. Hay otros compañeros enganchados también a sus emisoras que os proveerán de información actualizada con frecuencia».

—¡Pues qué bien! —se quejó René.

«¿Qué ha sido eso?» La señal se interrumpió unos segundos.

«Joder, creo que no estoy solo». De nuevo, silencio. «No veo a nadie, pero seguro que está ahí. Puede que agachado tras las estanterías», añadió, mucho más bajo y nervioso. Se oyó un fuerte ruido de fondo que nos heló a todos la sangre. Nuestro compañero en las ondas también se asustó. «¡Joder, mierda! ¡¿Qué coño ha sido eso?! Creo que han tirado una estantería. Si estás cerca, por favor, ayúdame», suplicó. «Estoy en un Moorley's, en el 250 de Wardell Road. Hay alguien dando vueltas por aquí y tengo mucho miedo. ¡¡Joder!!» La comunicación sufrió un corte radical.

—¡Mierda! ¿Eso ha sido un rugido?

Ninguno quiso pronunciarse.

—¿Qué? ¿No vais a decir nada?

—A mí me lo ha parecido —confirmó finalmente Jorn.

—A mí también, maldición.

—¡No puede ser un rugido! —se mostró discordante Nira—. ¿Quién ruge? ¿Eh? ¿Un jodido gato? No fue un rugido. Punto.

—¡A la mierda! ¡Tenemos que ir a ayudarle! ¡Jorn!

—¡Pero no sabemos dónde está! —recordó Nira.

—Lo encontraremos. Él nos ha ayudado, debemos corresponderlo.

—Abrochaos otra vez los cinturones —resolvió Jorn.

Nira gruñó desesperada.

—No digo que le neguemos nuestra ayuda, pero nos queda otra hora hasta Sídney. Más lo que tardemos en dar con él. Si está en apuros y llegamos, lo haremos tarde.

—Lo comprobaremos —sentenció Jorn antes de dar marcha atrás y enfocar el morro de la camioneta hacia la carretera.

Nada más ver el aspecto de la ciudad, me vino a la mente el escenario de una guerra. No asumía cómo en tan pocos días se había podido producir tanta destrucción sin contemplar el impacto de misiles o morteros. Los cristales de escaparates y edificios estaban rotos, sus paredes, ennegrecidas. En muchos tramos los escombros habían sepultado las aceras y ocupaban gran parte de la superficie de la carretera, obligándonos continuamente a modificar la trayectoria. Daba la impresión de haber entrado en una ciudad abandonada tras una pandemia silenciosa. Una pandemia de miedo.

—Esto está peor de lo que imaginaba —observó René.

—No toda la ciudad estará igual. No puede haberse ido todo el mundo.

—Quizá las afueras sean las más castigadas.

—Estamos en una zona de oficinas, aquí no hay muchas viviendas —agregué.

—Sí, y además es tarde. La poca gente que haya a estas horas se habrá resguardado en sus casas.

Pero lo cierto era que, aunque avanzábamos, la situación a nuestro alrededor no mejoraba.

—¿Alguien sabe hacia dónde debemos dirigirnos? —pregunté.

—¿Wardell Road?

—En la guantera hay un libro de mapas —informó Jorn—. Es algo viejo, pero no creo que la ciudad haya cambiado tanto como para dejarlo obsoleto.

René abrió la puertecilla del compartimento y extrajo el libro. No me pasó por alto que junto a él había un par de pistolas y algunas cajas con munición.

—Vale, creo que estamos en este punto —señaló, al poco de empezar a situar nuestra ubicación—. Y tenemos que ir aquí.

—No está demasiado lejos.

—Creo que sé dónde es —recordé—. Estuve yendo una temporada a una clínica que había en una calle paralela. Es una zona de edificios bajos.

—¡Pues no perdamos más tiempo!

Pero aunque Jorn quisiera ir más deprisa, la conducción por un firme tan sucio era complicada. Y también peligrosa.

—Ten cuidado, hay muchos restos de hormigón armado por aquí. Podemos pinchar con una varilla —observó René con acierto.

Nos fuimos internando en la ciudad a través de tranquilos barrios residenciales por los que apenas avistamos transeúntes. Solo un grupo de personas que ocultaban su rostro tras unos pañuelos y nos lanzaron piedras y reproches al pasar y algún otro que simplemente hablaban entre ellas. Por suerte, ningún impacto alcanzó las lunas del coche, aunque una roca bastante grande rebotó en el capó provocando un buen abollón y dándonos un susto de muerte. Noté que Jorn hizo verdaderos esfuerzos para no bajarse a plantarles cara, pero todos estábamos bien, que era lo importante, y la estética del vehículo carecía de trascendencia. Además, no debíamos perder el tiempo con enfrentamientos inútiles, el chico de la radio podría necesitar nuestra ayuda y cada segundo era crucial.

Por fortuna, la zona permitía ya conducir más deprisa, posibilitando enfocar la larga avenida en pocos minutos. Identificamos el cartel rojo del Moorley's y, por prudencia, aparcamos retirados unos metros. La puerta del establecimiento estaba abierta y desde fuera se veía alguna de sus luces encendida.

—René y yo iremos a echar un vistazo —decretó Jorn, extrayendo de la guantera y cargando una de las pistolas. Se la tendió a René y repitió la maniobra con la otra.

—Yo también quiero ir —repuse.

—Vamos a echar un vistazo, si necesitamos la ayuda de alguien más, vendremos a avisaros —sentenció él antes de bajarse del coche y cerrar la puerta.

Intenté abrir la mía, pero había sido bloqueada. Jorn me miró desde fuera y sonrió.

«¡Cabrón!»

Ambos entraron en la tienda y desaparecieron de nuestra vista.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Nira a Vana, quien, somnolienta, abría los ojos unos pocos milímetros.

Al interpretar su escueto gesto como un «sí», Nira sacó un bocadillo de la bolsa y se lo pasó junto a un *brick* de zumo.

—¿Tenéis hambre, chicos?

Le dijimos que no.

—Alguna vez, no sé en qué ciudad, hubo una catástrofe y soltaron a los animales del zoo para que no se murieran en las jaulas.

—¿Lo dices por el «rugido»? Es un poco pronto para dejar campar a los depredadores por las calles, ¿no te parece?

—No hay ningún león ahí dentro, ¿vale? Estate tranquilo —resolvió Nira.

—¡Ahí están!

Jorn y René venían hacia el coche en compañía de un chico tapado con la cazadora del primero. Caminaba encogido, tiritando, parecía estar helado. Abrieron la puerta trasera y lo ayudaron a subir y sentarse.

—Omar, ¿puedes cambiarte con Nira? —le pidió René.

La mujer ocupó de inmediato su asiento y arropó al muchacho con una manta para intentar hacerlo entrar en calor.

—¿Qué le ha pasado?

—Se asustó y se encerró en la cámara frigorífica. Llevaba ahí escondido desde que se cortó la comunicación.

—Está congelado… —constató Nira—. Podrías haber muerto, ¿sabes? Estás al borde de la hipotermia.

—¿Qué fue lo que lo asustó? —pregunté.

—Fantasmas —respondió un críptico Jorn.

—¿Fantasmas?

—Ruidos y sombras —explicó René—. No llegó a ver nada concreto y, por lo que hemos revisado nosotros, en la tienda no hay

nadie más. Y tampoco ningún animal.

—Pudo haberse ido.

—Claro.

—Tenemos que mudarlo de ropa y llevarlo a algún sitio a que tome algo caliente —determinó Nira, tocándole las manos.

—¿Hay algún lugar por aquí cerca donde podamos pasar la noche y cenar? —le pregunté al muchacho.

Su mandíbula temblaba por el frío. Su piel estaba amoratada y en el pelo todavía conservaba indicios de escarcha.

—Mi… c… ca… casa.

—¿En serio? Pues si cabemos todos, nos harías un enorme favor.

El chico asintió dejando caer su rígido cuello.

—¡Fantástico! Pues danos la dirección y pongámonos en ruta.

Haciendo caso a las entrecortadas indicaciones del radioaficionado, llegamos a un bloque de dos plantas al oeste de Allawah, una zona apacible donde, pese a todo, no lográbamos sentirnos a salvo. A veces los lugares más apartados son los más peligrosos, precisamente por la discreción que aporta esa quietud.

—No me gusta nada dejar el coche en la calle —constató René al ver el aspecto de la avenida. Pero no había muchas más opciones por las que inclinarse.

—Subiremos todas nuestras cosas, si así te quedas más tranquilo —le propuso Nira.

—Oye, Jorn —intervino Omar—. ¿Podríamos ir en la camioneta hasta mi oficina?

—¿Ahora? Si son casi las doce…

—Es muy importante. Y no tardaremos mucho. Te lo prometo.

Jorn miró a René y este asintió, dándole a entender que la situación estaba bajo control. Luego buscó en mí una evidencia de lo que pensaba hacer, a lo que respondí del mismo modo. Me moría por echarme en la cama y darme la oportunidad de vivir un sueño hermoso, uno de esos que te hace despertar con una sonrisa en la boca, aunque ello comportase el fuerte desengaño de regresar al mundo real. Sin embargo, acompañar a Omar en esa especie de cruzada arqueológica de la verdad era para mí prioritario, aunque dispusiese llevarla a cabo al filo de la medianoche.

—Está bien, vamos.

XIX

26 de julio de 2019
Día 6 del Año de Incertidumbre

El edificio acristalado que albergaba las oficinas de la empresa en la que Omar trabajaba se erguía entre los demás como un enorme caparazón lleno de boquetes. Se veían cristales rotos en las ventanas exteriores de la mayoría de sus plantas, e incluso huecos enteros dejados por paneles desprendidos. Quienes los hubiesen provocado se habían divertido también arrojando por ellos el mobiliario de oficina, sembrando las aceras de sillas, papeles, ordenadores… e incluso algún armario reventado.

—No tardaremos —le dije a Jorn. Al menos, eso esperaba.

—Tomaos el tiempo que necesitéis.

Omar y yo nos dirigimos al edificio caminando con cautela. No queríamos llamar la atención de cualquiera que anduviese por los alrededores. Había mucha tecnología desparramada por la calle que bien podría valer miles de dólares y, mientras existiese la posibilidad de venderla, existiría gente dispuesta a hacerse con ella.

—No sé si podrás recuperar tus datos —reconocí, sobrecogida al pasar entre tanta destrucción.

—Espero que sí. Por suerte no los guardaba en mi equipo. Están en una unidad de red ubicada en un servidor seguro. Es una zona restringida y de difícil acceso físico, así que no creo que nadie haya podido dañarla. Con encontrar una toma de red que funcione, podré conectarme al servidor y extraerla.

—Ojalá que así sea.

Para nuestro alivio, no parecía que hubiese nadie campando por las inmediaciones. No se veían luces encendidas ni se oían ruidos superponiéndose a las sirenas que resonaban en la lejanía. Caminamos esquivando los cristales más cercanos a la puerta principal, parcialmente desencajada de las bisagras doradas que con anterioridad la habían sostenido. Metimos la cabeza por debajo del arco y, finalmente, entramos al vestíbulo.

—¡Cómo está esto! —exclamé asombrada—. ¡Lo han destrozado todo!

—¿Pero dónde está la seguridad que protege estos edificios? ¿Es que ya no les interesan a sus empresas?

—Supongo que los vigilantes intentarían contener el caos los primeros días, pero al ver que les era imposible, habrán desistido.

—¿Los primeros días? Ha pasado una semana desde el anuncio; el ejército ya debería tener controlada la situación.

—No hay suficientes efectivos para protegerlo todo. De momento tienen bastante con controlar los núcleos urbanos más poblados. Los edificios de las afueras quedan en segundo plano cuando hay vidas en juego —argumenté. De todos modos, me costaba aceptar que esas poderosas corporaciones no hubiesen podido asegurarse protección privada ni gubernamental en detrimento de la seguridad ciudadana.

—Ha bastado una semana para acabar con el orden social —reflexionó Omar.

—Así es. Cuesta creer que el mundo se sostuviera sobre unos pilares a la postre tan frágiles.

—Vamos a probar desde mi puesto; está en la segunda planta. No sé si los ascensores tendrán corriente, pero supongo que es mejor no arriesgarnos y usar directamente las escaleras.

Me pareció lo mejor. Quedarse atrapado en un ascensor en esas circunstancias era como quedarse encerrado en una jaula de tiburones. Saltamos uno de los tornos dispuestos a la izquierda de la recepción y empezamos a subir hacia la primera planta.

—No hagas mucho ruido, no me fío de esta calma.

—No pasa nada. Aunque haya alguien robando por aquí, no pienso enfrentarme a él. Por mí pueden llevarse todo lo que quieran —afirmó Omar, muy seguro.

—¿Sí? ¿Y qué pasa si te piden tu tableta?

—Pasa que en eso no había pensado… —reconoció.

Llegamos al segundo piso y, con la espalda pegada a la pared, nos asomamos al pasillo. Estaba despejado. Lo cruzamos corriendo casi de puntillas. Según Omar, la mesa que ocupaba cuando acudía esporádicamente a su oficina se encontraba en una gran sala al fondo del mismo. Al llegar allí, Omar se detuvo en seco.

—¿Qué pasa?

—Shhh… Hay un tipo ahí dentro.

—¿En tu sitio?

—No, en el mío no. Varios más acá.

—¿Y qué hacemos?

Omar se quedó pensativo.

—¿Llamamos a Jorn?

—No seas ridículo. Tenemos que saber arreglárnoslas nosotros solos.

—No parece peligroso —observó, a buen seguro intentando aparentar bravura.

—Es mejor que no nos arriesguemos.

—Tengo una idea. Espero que funcione.

Omar dio un paso hacia adelante y sacó media cabeza por el marco de la puerta.

—¡Eh, amigo! —exclamó. Me pareció una locura.

El hombre se volvió de un salto y, de inmediato, empezó a buscar con la mirada a quien lo había llamado.

—¿Quién eres? ¡Sal de donde estés! —gritó con voz renqueante.

—Tranquilo, no venimos a llevarnos nada; no nos interesan estas máquinas —advirtió Omar, avanzando con las manos levantadas.

El hombre lo identificó enseguida y se acercó a toda prisa hacia nosotros. Omar se quedó petrificado hasta que el otro llegó a su altura y, cogiéndolo del cuello, lo empotró contra la pared. Supongo que no esperaba una reacción tan violenta.

—¡¿Qué hacéis aquí?! ¡Voy a mataros a los dos!

—No... queremos...

—¡Suéltalo! —le grité, sujetándolo del brazo y zarandeándolo.

—¡Estáis muertos!

—¡He dicho que lo sueltes!

—¡Que te jodan, zorra!

Estaba claro que aquel tipo no era de los que disfrutaban con una buena negociación.

—Suél-ta-lo —repetí por última vez, poniéndole la pistola en la sien.

Lentamente, el hombre aflojó sus manos y fue moviendo los ojos hacia mí.

—¿¿Tienes una pipa?? —preguntó, incrédulo, Omar.

—Jorn me la prestó.

—¡Joder!

—Tranquila, chica, no pierdas la calma.

—¿Ya no soy una «zorra»? ¡Échate para atrás! ¡Vete hasta esa pared y ponte mirando hacia ella!

El saqueador reculó sin oponer resistencia. Supongo que, además de la pistola, vio algo en mi cara que no le gustó.

—Hemos venido a mirar unas cosas en un ordenador. Cuando lo hagamos, nos iremos. ¿Lo has entendido?

—-Vale. No os molestaré; déjame seguir con lo mío.

—Ya es tarde para cortesías. ¡Ponte contra la pared! Y las

manos, sobre la cabeza.

Le hice un gesto a Omar para que empezase a trabajar y me senté en una de las mesas, sin dejar de apuntar al ratero. Él enchufó su tableta en la toma de red y la encendió.

—¿No podías tenerla ya preparada? —le reprobé.

Omar me miró contrariado. Puede que pecase de impaciente, pero tener a un tipo tan agresivo encañonado durante mucho tiempo me ponía, digamos, un poco nerviosa.

—Cada segundo de batería es importante —incidió.

Entonces lo vi entrar en una especie de trance. Casi sin pestañear, empezó a abrir ventanas y desplegar menús mientras tecleaba códigos a toda velocidad. Se había trasladado a una dimensión propia, un estado de absoluta simbiosis con el universo binario que se expandía fugazmente ante a sus ojos. Alabé su dominio de la informática, pero él no me escuchó. Todos sus sentidos se enfocaban hacia las diez pulgadas de superficie luminosa que le unían a su «yo» digital.

Aprovechando la sumisión del retenido, fui hasta la brecha abierta en un enorme panel acristalado y eché un vistazo a la calle. Jorn estaba apoyado en la camioneta fumando un cigarrillo. Me avistó enseguida y me hizo un gesto indicando que todo seguía bien por allá abajo.

—¿Cómo va eso? —le pregunté a Omar, pero el canal de comunicación entre nosotros seguía interrumpido.

—¿En serio vas a usar ese trasto conmigo? —puso en duda el individuo girando el cuello hacia atrás.

—¿Quieres comprobarlo?

—¡No, qué va! Solo que no te veo muy capaz.

—Pues lo soy.

—¿Ah, sí? ¿Y si me doy la vuelta y te pongo en un aprieto?

—No lo hagas.

—Lo voy a hacer —decidió, bajando los brazos y dándose la vuelta por completo—. En vista de que tu amigo está ausente, voy a ir hasta donde estás y te voy a empujar a través de la ventana. Hay una buena caída, ¿no te parece?

—Te queda un año de vida, no lo malgastes —le aconsejé.

En otro tiempo hubiese sido diferente, sin duda, pero para entonces la vida de gusanos como aquel me importaba bien poco. Lo apunté al pecho y reposicioné mi dedo sobre el gatillo. Pero ese simple gesto provocó en mí un vértigo que a punto estuvo de hacerme perder el equilibrio y precipitarme al vacío. El muy cabrón tenía razón en lo que decía: no iba a ser capaz de disparar.

—Tal vez no te mate de inmediato, pero te prometo que acertaré —imprequé, tratando de mostrarme implacable—. Y desangrarte lentamente con una bala metida en el cuerpo no te resultará agradable.

—No te creo.

—¡Tengo lo que necesitaba! —prorrumpió Omar, apareciendo a nuestro lado.

El hombre se detuvo y lo miró como si acabase de salir de una hipnosis sanguinaria.

—Podemos irnos.

—¿Has conseguido acceder a los datos? —le pregunté, sin apartar el arma de mi objetivo.

—He copiado parte de la información, el resto ha quedado aislado en la nube.

—¡Bien! Nosotros nos vamos —le dije al ladrón. Me pareció que escupir hacia un lado era lo que más procedía en esos momentos, pero mi boca estaba seca—. Quédate con tu chatarra, a ver si logras un buen precio.

El tipo se quedó parado, viendo cómo nos íbamos. Parece que a última hora entendió que no merecía la pena jugarse la vida con dos desconocidos que, a fin de cuentas, solo estaban de paso y no lo volverían a incordiar. Pero en cuanto Omar y yo abandonamos la sala, la gruesa puerta de cristal se cerró herméticamente, aislándolo dentro. De inicio me quedé sorprendida, pero al instante comprendí que alguien a mi lado tenía mucho que ver.

—¿Es cosa tuya? —le pregunté a Omar.

—Bueno, digamos que me he entretenido reprogramando el sistema de seguridad de la planta.

—¡Eh! ¡Qué coño habéis hecho! ¡Abrid esa puerta! —gritó el individuo al verse enjaulado.

Bullendo de rabia, corrió hacia ella y se puso a golpearla mientras vociferaba dicterios. Al otro lado del cristal, Omar y yo nos alejábamos de él, provocándole cada vez más irritación.

—Increíble. Ese tipo estaba a punto de tirarme por la ventana, ¿y tú te divertías reprogramando puertas?

—Eso es. ¡Eh, colega! ¡Cuando salgas por la ventana ten cuidado, hay muchos cristales!

Pese a todo, aquel tipo se merecía el escarmiento y me alegraba de poder verlo tan enfadado. Gritando, cogió una silla y la arrojó contra la puerta, pero apenas le hizo un rasguño.

—¡Sí, ten cuidado, porque hay una buena caída! —le recordé.

Nos reunimos con Jorn junto a la camioneta, le devolví la pistola y emprendimos el regreso hacia la casa de Andy. Estábamos agotados. Confiaba en que el expiloto fuese capaz de mantener el vehículo en la calzada, porque yo no podía sostener los párpados en alto y sentía mi cabeza tan pesada como el ancla de un transatlántico.

Jorn nos despertó al llegar al edificio. Tanto Omar como yo nos habíamos quedado profundamente dormidos durante casi todo el camino, él abrazado a su tableta y yo a un sueño cruel que me dominaba desde mis adentros. Íbamos los tres en la misma camioneta, con la diferencia de que era yo quien conducía. Las calles también me eran familiares, es muy probable que estuviésemos atravesando Melbourne. Circulábamos solos, de noche, bajo la absorta mirada de la luna llena. No tenía consciencia de dónde veníamos ni hacia dónde íbamos, pero en cada intersección sabía qué camino tomar y los otros dos parecían conformes con mis decisiones. Entonces, en un momento dado, llegó el fatídico accidente. Una niña de unos ocho años, con el pelo rubio y un bonito vestido blanco, salía de detrás de un automóvil aparcado a un lado y empezaba a cruzar la calle sin dar muestras de notar que nos aproximábamos. Era imposible esquivarla. Traté de volantear y frenar en seco, pero la inercia del vehículo no se podía anular de repente. El violento golpe la hizo salir despedida unos cuantos metros por la calzada. El tiempo se detuvo, el mundo dejó de girar, la luna se apagó como si la hubiese visitado un sereno. «¡Vana!»

—¿Estás bien? —me preguntó Jorn al notar en mi rostro la angustia.

—Sí. Creo que me he mareado un poco. Necesito dormir.

—He aparcado al lado, en cinco minutos estarás en la cama.

Entonces me di cuenta de que el rostro de Omar traslucía una emoción incluso peor que la mía. Al acercarme a él, un rutilante destello en sus ojos delató que lloraba.

—¿Oye, qué te pasa?

—Nada. Es que yo también me he mareado —se escudó, pero no lo creí.

A salvo en casa, y tras abrigarse con ropa seca y tomar algo caliente, el chico del supermercado había recuperado su lozanía. Su aspecto no guardaba ninguna relación con el que tenía cuando lo conocimos; de hecho, en otras circunstancias, hubiera pasado ante mí por una persona diferente. Nos preparó unas bandejas de lasaña

precocinada que nos supieron a gloria y después nos acomodó en una habitación con cama de matrimonio. Al parecer, el piso había pertenecido a sus padres hasta que estos tuvieron que mudarse a una casa sin escaleras y, creyendo que Omar y yo éramos la única pareja del grupo, nos había reservado su antigua habitación durante el reparto. Esperaba que Nira y René no hubieran tenido nada que ver en ello.

Omar se tiró en la cama y empezó a trastear con su tableta. Di por hecho que estaría tratando de procesar la información que había recabado de su empresa. Fui al baño y remojé en agua jabonosa la ropa usada esos días. La aclaré y la tendí en una cuerda estirada en la bañera. Después me puse el pijama y me lavé los dientes pero, antes de acostarme, me acerqué a la cocina a prepararme un vaso de leche caliente. Encontré un cartón empezado en la nevera, y aunque al acercarlo a la nariz no desprendía mal olor, recé porque no llevase abierto desde antes de que su dueño se quedase aislado en la tienda. Tomé la leche sentada en la cocina, con la mirada perdida y unos pensamientos bastante vagos borboteando como un río de lava. Qué reconfortante era el silencio que campeaba en la noche. Incluso los crujidos de un mundo derrumbándose podían ceder unos instantes de protagonismo a una insonoridad fuera de cualquier contexto. Aunque no nos diéramos cuenta, ese silencio era uno de los mayores responsables de nuestra cordura. Después de mi último sueño, yo lo necesitaba de una forma ostensible. Aquellas nítidas imágenes me habían dejado abatida. ¿Qué misteriosos procesos psíquicos podían llevar a alguien a tener un sueño tan macabro y dañino como ese?

Enjuagué el vaso, bebí un poco de agua del grifo, y lo dejé en el escurridor. Al ir hacia la habitación pasé junto al salón. Jorn estaba tumbado en el sofá, con la cabeza apoyada en sus manos y las piernas estiradas. Tenía los ojos abiertos.

—¿Todavía estás dando vueltas por ahí? —preguntó, sin apartar la mirada del techo.

Me sorprendió que hubiese notado mi presencia con tanta facilidad.

—Me da pena quemar los pocos momentos que me quedan durmiendo.

Él no contestó. Se limitó a torcer levemente el cuello hacia mí. Entonces, al pensar en mi respuesta, temí haberle dado a entender algo que no pretendía. Me puse bastante nerviosa.

—Quiero decir…, aunque sea solo haciendo cosas normales.

—¿Como tomar un vaso de leche?

Nuevamente, era increíble que hubiese adivinado qué había estado haciendo en la cocina. No sabía si se basaba en su oído, en su capacidad de deducción o en meras especulaciones acertadas, pero su porcentaje de éxito era abrumador.

—Sí, eso es.

Jorn sacó una de sus manos de detrás de la cabeza y me la tendió. Mi corazón arrancó a latir sobreacelerado. Su simple gesto despertó en mí un éxtasis casi olvidado que de súbito ansié rememorar. Tal vez iba unido a una necesidad de gritarle al mundo que entre tantas cosas hechas por deber, también había algunas en las que todavía nos quedaba elección y que, pese al dominio primordial de la supervivencia, el ser humano se extinguiría como lo que siempre había sido: un montón de personas de carne y hueso capaces de dejarse amar.

Caminé hasta Jorn y me eché a su lado. Me rodeó el cuello con su brazo y me acarició el hombro por debajo del pijama. Con su otra mano me sujetó por la cadera. Le acaricié la cara y el pelo; después lo besé. Nuestros cuerpos se incendiaron como ascuas ardientes bajo la brisa, como dos gotas de agua que se encuentran en su descenso por el cristal de una ventana y de inmediato se vuelven una. Me olvidé del cometa, del dolor, del miedo a la muerte; me olvidé de todos a cuantos conocía. Me olvidé incluso de Jorn. Me vi a mí misma sosteniendo mi violín sobre una montaña de escombros, con la luna como única espectadora, llenando la melancolía de su noche con notas desgarradas por una intensa pasión. Mi partitura era la historia de la Humanidad, desde su comienzo hasta su inminente desenlace. Cinco líneas para representar la vida, el amor, el individuo en sí mismo, el odio y la muerte en un último y agonizante compás.

Cuando nuestros cuerpos se separaron, todo regresó al plano de la palpable realidad. Tuve la sensación de entrar en una etapa de tiempo innecesaria. Como en una de esas películas maravillosas en las que, tras lo que debería ser su final, el metraje se extiende varios minutos sin ningún sentido. Yo ya no necesitaba seguir viviendo más allá de la coda, pero el terco director de orquesta se empeñaba en prolongar el recital.

Como un yoyó de enorme cuerda lanzado a gran velocidad, mi corazón tardó un buen rato en recobrar su ritmo de pulsaciones habitual. Jorn siguió acariciándome con dulzura como un amante entregado que sabe rematar un buen trabajo. Se lo agradecí con una sonrisa y un beso sincero antes de vestirme de nuevo e irme a mi dormitorio.

Omar seguía tumbado en la cama en la misma postura que cuando me fui. Imaginé que, al igual que yo podría pasarme horas interpretando música, él sería capaz de alargar la interacción con sus ordenadores hasta la eternidad.

Cerré con cuidado la puerta y caminé de puntillas hasta la cama. Me senté en el borde del colchón y me recosté despacio para no hacerle temblar y desconcentrarle. Por suerte, la cama era lo suficientemente amplia como para que hubiese espacio de sobra entre los dos. Me quedé mirando la lámpara que colgaba del techo, la cual poco a poco iba perdiendo nitidez. Estaba relajada, había liberado una gran tensión y mis músculos requerían un periodo de recuperación.

—Vale. He conseguido descifrar casi toda la información… —dijo Omar pasados, quizá, diez minutos.

Yo ya empezaba a no poder resistir más el envite del sueño, pero supe que valdría la pena escucharlo, así que hice todo lo posible por abrir los ojos y prestar atención. Me costó un esfuerzo titánico.

—¿Sí?

—Hay bastantes cosas inservibles que me han hecho perder el tiempo, pero he encontrado algo interesante —adelantó—. Supongo que nunca has oído hablar del proyecto Onírica.

—No, ¿qué es? —pregunté a un volumen mucho más bajo que el suyo.

—Hace pocos años, un equipo de investigación saltó a la palestra porque uno de sus miembros anunció en público la inminente culminación de un proyecto revolucionario. Fue en un seminario de innovación tecnológica sin demasiada repercusión, por eso, entre una cosa y otra, el anuncio no trascendió. —Omar hizo una pausa y, por fin, se reacomodó—. El científico fue hallado muerto dos días después, pero en ninguno de los pocos medios que se hicieron eco del fallecimiento se mencionaba ni su profesión, ni mucho menos que había participado en el reciente seminario. Murió en el anonimato, como cualquier otro vecino de su barrio residencial, y nunca más se volvió a saber del proyecto en el que trabajaba su equipo.

—El proyecto Onírica.

—Exacto. Eso hasta ahí era lo que yo sabía.

—¿Y cómo te enteraste de aquello si no tuvo repercusión?

—Porque yo era uno de los asistentes al seminario.

—¡Vaya!

—Buscaba una beca en la empresa que lo impartía, así que intentaba participar en todas sus iniciativas. La empresa se llamaba

Albiorix Corporation.

Hasta entonces la historia no estaba suscitando en mí demasiado interés. Sin embargo, reencontrarme con ese nombre hizo que mi modorra se volatilizase al instante. Me vi de pronto ante la posibilidad de esclarecer los motivos que me habían expulsado del hospital, lo que supondría para mí una inmensa liberación mental. A partir de ahí, el asunto cobraba un aliciente especial.

—El proyecto Onírica fue clasificado como secreto y borrado de la faz de la Tierra. Incluso el centro en el que se desarrollaba dejó de estar involucrado sin que pudiese averiguar adónde fue trasladado.

—Parece que a alguien no le gustó que hablasen de ello en público —observé.

Como imaginaba, en torno a Albiorix se movían intereses controvertidos y personas malvadas con gran poder. Era descorazonador que los tentáculos de organizaciones así llegasen a sitios tan importantes como los hospitales.

—Alguien sanguinario, además. Incluso los asistentes al seminario recibimos intimidaciones, en mi caso hasta que pude hacerme desaparecer e inventarme una identidad nueva.

—¿No te llamas Omar?

—No. Omar Tebbetts es solo uno de los personajes tras los que me oculto.

—¿Hay más?

—Alguno.

—¿Y los conozco? —pregunté temerosa.

—Solo al que te envió el correo electrónico.

Era un alivio. No tenía claro hasta qué punto su creación de nuevos avatares respondía a una necesidad o a un trastorno mental. Al menos no me había involucrado con ninguno de ellos sin saberlo.

—Onírica debía ser un proyecto importante —reconduje antes de perderme en un laberinto de personalidades múltiples.

—Sí, sin duda. Por eso no me quedé de brazos cruzados. Desde entonces, he estado investigando sin descanso, desde mi casa, desde el trabajo… Cuando por fin di con sus ordenadores, traté de entrar en ellos, pero nunca llegué a descubrir la tecla adecuada —reconoció con escozor antes de esbozar una sonrisa—. Hasta hace un par de minutos.

—¿Has hallado algo interesante?

—Alguna cosa, pero no todo lo que habría podido encontrar en condiciones normales. Las conexiones con el exterior están cortadas y la mayoría de la información se almacena en servidores

norteamericanos.

—¿Y qué tienes?

—El nombre de unos de los responsables del equipo que heredó el proyecto: Richard Lonergan.

Como era de esperar, el nombre no me sonaba de nada.

—¿Y vive en Australia actualmente?

Omar afirmó con la cabeza.

—En Campbelltown.

—Eso está a las afueras, ¿no?

—A una hora en coche.

—Pues ya tenemos un plan para cuando nos levantemos. Ahora, tratemos de descansar. Mañana será un día duro.

—«Mañana» es hoy desde hace unas horas —me corrigió.

—Cierto. Hasta dentro de unas horas —me despedí, girándome hacia el exterior y abandonándome por fin al sueño.

—Descansa, Jorn y tú estaréis agotados…

La semiinconsciencia me impidió dilucidar si las palabras que había creído oír provenían de Omar o eran el fruto de una comprensión defectuosa. El tiempo me lo aclararía.

Un irresistible aroma a mantequilla caliente hizo de mi despertar algo mucho más llevadero. Por fortuna, no había tenido ningún sueño tenebroso, y me sentía de buen humor y con ganas de afrontar un día que, a priori, se preveía determinante. Visitar al científico podría arrojar respuestas sobre mis reiterados interrogantes que, aunque solo fuera para morirme tranquila, necesitaba conocer.

Omar estaba a mi lado, despabilado, tarareando algo casi imperceptible. Me pregunté cómo se las arreglaba para despertar siempre antes que yo. Puede que fuese consecuencia de un olfato más fino que el mío y el olor del desayuno lo trajese antes de vuelta. O puede que sencillamente necesitase menos horas de sueño que yo. El caso es que ahí estaba, esperando con paciencia a que yo también despertase para echar a andar. Seguro que incluso ya había ido al servicio.

—¿Qué tarareas? —le pregunté.

—Una de The Who.

—Ah. Huele muy bien.

—Sí. Parece que nos están preparando un buen desayuno.

—Hemos tenido suerte encontrando a ese chico.

—Y algunos no querían ir a socorrerlo…

—Ya, bueno, en estas circunstancias no siempre se toman las decisiones más acertadas. No es el mejor momento para etiquetar a alguien por su comportamiento.

—Yo creo que en estas situaciones es donde se comprueba de qué pasta está hecho cada uno.

Aunque seguía mi conversación, notaba en Omar cierta tirantez; como si estuviese reticente a tratar conmigo. Temí que mi encuentro con Jorn la noche anterior tuviese algo que ver, más aún, teniendo en cuenta lo que me había parecido escuchar antes de quedarme dormida. Traté de averiguar por dónde iban los tiros.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Vale. Si te pasara algo…, sabes que puedes contar conmigo, ¿no?

—Claro, sin problema.

—¿Está libre el baño?

—Ni idea. Cuando yo fui, sí.

—Bien. Probaré. ¿Por qué no te vas vistiendo y nos vemos en la cocina?

—Sí, ahora lo hago. En cuanto tenga ganas.

—De acuerdo.

Fui al baño y comprobé que la ropa tendida estaba ya seca. Alguien la había doblado y colocado sobre una banqueta; supuse que el primero que necesitase libre la bañera. Me duché, me vestí y volví a la habitación. Omar ya se había ido, dejando una vez más todo recogido. Sin embargo, en esta ocasión no se quedó esperándome en el pasillo. Guardé mis cosas en mi mochila y me dirigí a la cocina, sumida en un creciente parloteo.

—No me puedo creer que siempre sea la última en aparecer —dije al constatar que todos estaban ya sentados a la mesa. Sentí un respingo al ver a Vana, pero también un gran alivio porque ese tipo de sueños perecieran al abrir los ojos.

—Los de la ciudad no sabéis lo que es el madrugar —quiso picarme René—. Vamos, siéntate, que tienes para comer hasta que revientes.

No le faltaba razón, sobre la mesa había gofres, cruasanes, magdalenas, tortitas, beicon, alubias, huevos fritos, zumos, cereales… Me pareció un poco excesivo tal despilfarro de comida, más teniendo en cuenta que debíamos racionar los alimentos durante varios meses, pero, por ver a todos tan felices en unos momentos tan duros, valía la pena hacer una excepción.

—No puede quedar nada —advirtió el radioaficionado, cuyo

nombre, recordaba, era Andy.

Lo cierto es que el estómago se me estaba derritiendo como una vela en un brasero, así que tomé asiento y me serví uno de los desayunos más copiosos de toda mi vida. Necesitaba alimentarme todo lo que pudiera, pues en solo una semana había notado que la ropa empezaba a quedarme más holgada. A ese ritmo, me quedaría en los huesos antes de que pasase un mes.

Comimos y conversamos distendidamente durante largo rato. Era increíble vivir esos instantes tan especiales entre gente que apenas nos conocíamos como si llevásemos toda una vida juntos y me dolía pensar que pronto llegaría el momento de decirnos adiós. Al terminar el desayuno, recogeríamos nuestros trastos y Omar y yo nos dirigiríamos a visitar al doctor Lonergan, mientras que el resto seguiría su periplo hacia el aeródromo para volar a Nueva Zelanda. Seguramente nunca nos volviésemos a ver; la vida se había convertido en una amarga y continua despedida, y poco podíamos hacer al respecto.

Al acabar, recogimos la casa entre todos y nos preparamos para partir. Andy se ofreció a llevarnos a Campbelltown para no demorar más la partida de nuestros amigos de Rosedale. Me entristecía adelantar nuestro adiós, pero nos haría ganar tiempo a todos, así que lo aceptamos con agrado. Fuimos bajando los bultos en varios viajes mientras Jorn los colocaba en la camioneta. Habían subido todos los trastos la noche anterior y ahora, viendo que el vehículo no había sufrido ningún boicot, la medida nos parecía exagerada. Pero, al fin y al cabo, más valía prevenir que lamentar.

—Bueno, compañeros, ha llegado el momento de decirnos «hasta luego» —asumió Nira, abriendo los brazos.

—No tenemos palabras para mostraros nuestro agradecimiento —le reconocí.

—Ha sido un placer teneros con nosotros.

Nos deseamos el mejor de los futuros, intercambiando fuertes abrazos hasta que no pudimos dilatarlo más. Dejé para el final mi despedida con Vana; todavía sentía reparos de mirarla a la cara. ¿La niña del sueño era realmente ella? ¿Tenía algún significado que la hubiese atropellado o fue solo el fruto de unas aleatorias conexiones neurales en mi cerebro? Por mucho que la respuesta existiera, era tan inalcanzable para mí que nunca la encontraría.

—Me ha encantado conocerte, Vana. Nira me ha dicho que os vais a un sitio muy bonito; lamento no poder ir con vosotros. —Había un gran poso de verdad en lo que decía—. ¿Cuidarás de Diana? —le pregunté, señalando la muñeca.

La niña negó con la cabeza.

—¿No?

—No. Quiero que la cuides tú —me pidió, entregándomela.

—Yo no…

Pero, pese a mi negativa, ella mantuvo los brazos estirados. Recogí la muñeca de sus manos y la abracé. Vana sonrió complacida y salió corriendo hacia su tía.

—Yo cuidaré de Diana —le dije desde la distancia—. Te lo prometo.

El estilo de conducción de Andy distaba bastante del que Jorn había empleado los últimos días. Estaba claro que conocía la zona, pero, para mi gusto, iba demasiado deprisa. Cierto es que en los cruces levantaba el pie del acelerador, pero si hubiese venido otro coche en dirección perpendicular, nos lo habríamos comido de igual forma.

Gracias al cielo, llegamos a casa del doctor Lonergan con el corazón en un puño, pero sin incidentes. No obstante, me dolían los tendones de la mano de apretar tan fuerte la agarradera del techo. Omar tampoco llevaba cara de haber disfrutado el viaje, pero, en cuanto el vehículo se detuvo, fue embriagado por la excitación de saberse ante un descubrimiento importante.

—Os espero aquí —dijo Andy, abatiendo el asiento hacia atrás. Según había comentado durante el desayuno, apenas pudo dormir por la noche—. ¡Que tengáis suerte con ese hombre!

—A ver cómo nos lo encontramos de receptivo…

Lo dejamos intentando echar una cabezada y nos dirigimos hacia la casa. Una verja hecha con tablones de madera delimitaba la propiedad, custodiada por un American Staffordshire-Terrier sin amarrar. Buscamos el pulsador del timbre y lo accionamos. Al poco, abrió la puerta una mujer de raza negra cuya edad me resultó difícil de adivinar.

—¿En qué puedo ayudarles? —se ofreció en un tono cortés.

—Buenos días, estamos buscando al doctor Lonergan —dije—. ¿Vive aquí?

Cabía esperarse una mirada tan desconfiada como la que nos dedicó.

—Nos gustaría hablar con él un momento, si puede atendernos.

La mujer dudó unos instantes. Luego echó un vistazo a la calle, a un lado y a otro, y regresó su atención a nosotros. Bajó las escaleras y se acercó a donde nos encontrábamos.

—¿Y quiénes son ustedes? ¿Policías?

—No. Solo somos dos personas normales que quieren hablar con el doctor Lonergan.

—¿Para qué?

Estaba claro que no nos lo iba a poner fácil, así que decidí no andarme con rodeos.

—El doctor Lonergan ha trabajado en un proyecto secreto de gran importancia.

—El proyecto Onírica —concretó Omar.

—Si era tan secreto, ¿cómo es que lo conocen dos «personas normales»?

—Por favor—le rogué—. No le quitaremos mucho tiempo.

La mujer suspiró y, al fin, se animó a sujetar al perro y dejarnos pasar.

—Tiempo es lo que nos sobra. Quizá no tanto como antes de que dijesen lo del cometa, pero aún tenemos más del que necesitamos. Total, ya no se puede ni salir de casa…

Nos acompañó a una sala de estar y nos instó a ponernos cómodos. Quiso ofrecernos una taza de té que gustosamente aceptamos.

—Ahora mismo les atiende mi marido —dijo, yéndose a preparar la bandeja.

—Gracias.

El doctor Lonergan apareció en la salita cuando estaba apurando el té de mi taza. Era un hombre, como su esposa, de raza negra, alto y delgado, con el pelo canoso y unas gafas de moldura fina y metálica. Vestía muy elegante para andar por casa, desde luego; tal vez se hubiese arreglado para hablar con nosotros. Se tiró de las perneras del pantalón y tomó asiento en un sillón en el lado opuesto de la mesa.

—Soy Richard Lonergan, ¿en qué puedo ayudaros? —se presentó formalmente, aunque ya sabíamos quién era.

—Soy Daniela Palmer y él es… Omar Tebbetts. —Me sonaba raro dirigirme a él por un nombre que no era el suyo.

—Encantado de conoceros. Rosana me ha dicho que queréis hablar conmigo de un asunto de trabajo, algo referente a Onírica, ¿puede ser?

—Sí, así es.

—No sé cómo os habréis enterado de su existencia, ni tampoco de que yo guardo alguna relación con él, pero si lo habéis hecho es

porque en cierta medida también estáis involucrados, ¿me equivoco?

—Éramos amigos del doctor Fermand —mintió Omar.

El doctor Lonergan dejó salir por sus narices todo el aire de sus pulmones, mientras asentía repetidas veces.

—Era un científico brillante. Todos lo admirábamos.

—Si tanto lo admiraban ¿por qué, tras su extraña muerte, siguieron adelante con el proyecto? —preguntó Omar entre ofendido e incrédulo.

—La ciencia está por encima del individuo, jovencito. El doctor Fermand sufrió un ataque al corazón, y todos lo lamentamos profundamente. Pero su muerte no podía ser óbice para que continuásemos con las investigaciones.

A Omar no pareció satisfacerle la respuesta y lo manifestó con un gruñido.

—Mirad, este es un asunto secreto del que no puedo hablar con nadie. Es más, debería haberos echado de casa sin explicaciones, o a lo sumo, negándoos saber de qué demonios me estabais hablando. Pero os he recibido y me he sentado con vosotros, así que vamos a dejar los juicios de valor a un lado y a comportarnos como personas serias. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptamos.

—Bien. Quiero saber si sois científicos.

—No, yo soy psicóloga.

—Yo programaba software de procesamiento de datos.

—Ya. Por tanto, ninguno de los dos tiene, ni está autorizado a conocer detalles del proyecto por el que me preguntáis.

—Por favor, solo queremos saber en qué consistía y qué relación guarda con el cometa Arcángel —le suplicó Omar.

Creía que relacionar el proyecto Onírica con el cometa Arcángel había sido una ocurrencia súbita que había trascendido al lenguaje verbal; sin embargo, el doctor Lonergan la recibió con naturalidad, como una obviedad, incluso. Se limitó a coger la tetera y, tras ofrecernos otra taza, servirse una para él. Sopló su superficie y dio un cuidadoso sorbo desde el borde de porcelana.

—Supongo que no tiene mucha importancia seguir guardando secretos, viendo adónde nos han llevado —meditó en voz alta. Luego dejó la taza en el plato y se recostó en el sillón.

—Se lo agradecemos.

—Desde épocas remotas —comenzó a decir, entrelazando sus dedos—, el hombre ha perseguido técnicas y herramientas que le hiciesen la vida más sencilla y placentera. En innumerables

ocasiones, nuestros esfuerzos han ido encaminados hacia la creación de máquinas para ayudarnos a ahorrar; ahorrar diferentes cosas que al final se traducían en tiempo y dinero. Ahorrar tiempo yendo a trabajar en coche, o utilizando aviones para cruzar el globo de punta a punta, sin dejar de perfeccionar sus motores en pos de un ahorro de combustible. Construimos superordenadores buscando los más veloces cálculos computacionales, nuevos métodos de regadío que economicen el agua, o ascensores que nos eviten el esfuerzo de subir escaleras. Históricamente hemos bautizado esas innovaciones como «progreso» y hasta hoy conformaban el mundo tal y como lo conocíamos.

El doctor Lonergan apretó los labios antes de hablar de su colega. Podía apreciar en él la admiración de la que presumía y cierto dolor por su muerte.

—El doctor Fermand era una de esas personas excepcionales obsesionadas con la idea de economizar el tiempo. Analizó la vida del ser humano, buscando los puntos clave para optimizar, y llegó a una conclusión irrefutable: la gente se pasaba casi un tercio de su vida durmiendo. ¿No es impactante? ¿Cuánto más podría dar de sí la existencia de una persona si el dormir le ocupase seis o siete veces menos?

—¿Hablamos de dormir una sola hora al día? —pregunté sorprendida.

Omar no me había querido adelantar los pormenores de lo que suponía Onírica, y ciertamente, de haberlo hecho hubiera tenido serias dificultades para creerlo. Aprovechar las horas de sueño para realizar otras actividades había sido mi reflexión ante Jorn la noche anterior y ahora se revelaba como la esencia de una revolución tecnológica.

—Una hora, o incluso menos. Ese era el objetivo final del proyecto. Conseguir que, como mucho, en solo una hora de reposo total, nuestro cuerpo repusiese toda su energía y reconstituyese sus tejidos, de forma que al despertar fuese capaz de funcionar a pleno rendimiento veintitrés horas más.

—Pero eso tiene que ser imposible…

—Todo es imposible hasta que alguien se lo plantea y lo lleva a cabo —repuso, enfatizándolo con el dedo índice—. Cuando dormimos, nuestro cuerpo pasa por varias fases repetitivas conocidas como «ciclos de sueño». Cada uno de ellos suele durar una hora y media y en conjunto los podemos representar con una U. En la parte alta están la fase uno y la fase REM, que son en la que empezamos a quedarnos dormidos y en la que más soñamos,

respectivamente. A medida que descendemos, el índice de reposo es mayor, alcanzando los niveles máximos entre las fases tres y cuatro. En esos momentos nos cuesta despertar y, cuando nos obligan a hacerlo, nos sentimos desubicados y confusos.

Para entenderlo, hice un rápido cálculo mental y determiné que mi descanso diario se compondría más o menos de cuatro ciclos de sueño.

—Esas ondas que van formando los ciclos se van haciendo menos acusadas cada vez —prosiguió el doctor—, de forma que las dos últimas ni siquiera se acercan a la fase cuatro. Si restringiéramos el descanso a las fases tres y cuatro, estaríamos hablando de un periodo de menos de dos horas. Esa fue la semilla de Onírica, diseccionar el sueño para quedarnos solo con la parte provechosa y exprimirla al máximo.

—Pero, según su postulado, se perdería para siempre la fase en la que se producen los sueños —apunté con tristeza, olvidando por un instante que eso ya no importaba.

—Perder nuestros sueños es un insignificante daño colateral de lo que supone ganar treinta años de vida útil, ¿no te parece?

—Tal vez —asumí.

—En cualquier caso, eso lo matizaremos luego —adelantó—. Como aplicación práctica de lo que os decía, durante los primeros años del proyecto construimos una cápsula reparadora en la que se recreaban las condiciones óptimas para el descanso humano: un aire de enorme pureza, con un porcentaje de oxígeno próximo al treinta por ciento y el doble de ozono de lo normal. Nada de partículas contaminantes ni cancerígenas; un aire tan limpio como no se respira en ningún lugar del planeta. A la par, un alto índice de humedad ayudaba a eliminar por la piel las toxinas del sujeto, lo cual era primordial.

—Seríamos como máquinas que solo necesitaríamos recargar baterías un rato para seguir funcionando —señalé con cierto pavor, imaginándome aletargada junto a un enchufe.

—Considero ese planteamiento muy superficial —sentenció sin derecho a réplica el doctor, antes de proseguir con su explicación—. La estancia en la cápsula Onírica se complementaba con una alimentación controlada. El sujeto se tomaba entre dos y seis cápsulas antes y después de dormir que le aportaban la totalidad de los nutrientes básicos necesarios para realizar su actividad diaria. Pero eso formaba parte de otro proyecto paralelo conocido internamente como Nutrítica que todavía se encontraba en un estadio poco avanzado.

—¿Alimentarse a base de pastillas? —reflexioné. Para mí todo aquello carecía de sentido. Era buscar la mejora del ser humano prescindiendo de su humanidad.

—Sí. Y, sobre el papel, con incontestables beneficios. De todos modos, digamos que algunos contratiempos hicieron que el proyecto se tambalease.

—¿Qué clase de contratiempos?

—Bueno, no te puedo decir gran cosa porque yo no participé directamente en él, solo sé que mientras duró, los resultados nunca fueron los deseables.

—Vale. Cuéntenos entonces qué pasó con Onírica y por qué guarda relación con el cometa —quiso reconducirle Omar.

El doctor asintió.

—Como os decía, imaginaos lo que supondría que todas las personas del mundo estuviésemos despiertas veintitrés horas al día. Tendríamos tiempo para realizar el doble de tareas que ahora. También necesitaríamos el doble de alimento, de ahí la necesidad imperiosa de que Nutrítica saliese adelante…

—… O no habría suficiente comida para todos.

—Exacto —confirmó el doctor—. Pero en lo positivo, podríamos tener dos trabajos a turno completo, o destinar ocho horas del día al ocio personal. Dispondríamos de tiempo de sobra para estar con nuestros hijos, podríamos estudiar al mismo tiempo otra carrera, viajar más…

—Un universo de nuevas posibilidades.

—Desde luego, sería el mayor avance de nuestra historia.

Pero a mí me costaba admitirlo.

—No sé si el mundo estaría preparado para un cambio tan radical —apunté, llena de escepticismo.

—Ese fue el mayor problema, de hecho. Que ni siquiera estábamos preparados para enfrentarnos a la posibilidad de su consecución. ¿Queréis otra taza de té?

Le dijimos que no.

—Después de que el doctor Fermand la expusiese en aquel seminario, la idea se propagó como la pólvora en todas direcciones. Al día siguiente, el servicio de Inteligencia de los Estados Unidos se plantó en la puerta del laboratorio dispuesto a asumir la dirección del proyecto.

—¿Estados Unidos?

—Sí, Albiorix les había vendido parte de los derechos de explotación del proyecto por unos cuantos billones de dólares.

—¿Y para qué lo querían los americanos?

—¿Para qué lo iban a querer? Para fines militares. Para utilizar las cápsulas en zonas de guerra y que sus soldados pudiesen combatir día y noche sin parar. Querían convertir su ejército en un rodillo humano allá donde atacase.

—¡Qué espanto! —protestó Omar.

—Nosotros habíamos creado la cápsula para regalar a las personas nuevas vidas y ellos pretendían usarla para destruirlas.

Me sentí defraudada una vez más por la raza humana, incapaz de utilizar su inteligencia para hacer el bien. Algo que podría haber servido para que las personas tuviésemos una vida más larga y tranquila, acababa inevitablemente convertido en un arma de aniquilación en manos del mejor postor. Pero mi desilusión iba pareja a mi incomprensión.

—No obstante, Albiorix se reservó una línea de experimentación, si bien se cimentaba en unas motivaciones muy distintas a las que nos movían al inicio. —El gesto del doctor Lonergan evidenciaba que no aprobaba esa reorientación—. Nos basamos en sus capacidades de análisis y exploración para poner en marcha investigaciones secretas de muy dudosa ética desde el punto de vista científico y moral.

—¿Es que ninguna de las dos vertientes buscó el bien común? —pregunté asombrada.

El doctor Lonergan negó con la cabeza.

—Partiendo de los minuciosos estudios de las ondas cerebrales que la máquina proveía, diseñamos un sistema capaz de trasladar los modelos activos de una mente a otra. O lo que es lo mismo: podíamos inducir en una persona sueños ajenos.

—¿Hacer que una persona tenga los sueños de otra?

—Lo llamábamos «replicación onírica». Los sueños se podían registrar y reproducir en la mente de diferentes sujetos indefinidas veces. Imaginaos la proyección del negocio que automáticamente asaltó sus cabezas: ¡Sueños a la carta para todos!

Aunque a nivel económico pudiera tener unos resultados brillantes, la posibilidad de que un desconocido se sumergiese en mis sueños me parecía una violación de la intimidad infranqueable.

—No sé cuántas cápsulas llegarían a fabricar los americanos. Por nuestra parte, estuvimos experimentando con algunos individuos seleccionados según criterios específicos, en cuyas pruebas, las cápsulas no fueron los únicos contenedores utilizados.

—¿Y qué otros usaron?

—Pues, por ejemplo, sé que se probó la incidencia del gas sobre los pasajeros de algunos aviones durante vuelos comerciales o en

determinadas proyecciones de varias salas de cine.

Me llevé la mano a la boca y me mordí un dedo para no gritar. ¿Era posible que mi vuelo a Hong Kong hubiese servido de test para comprobar los efectos de ese gas sobre nosotros? ¿Cabía la posibilidad de que todo mi viaje se hubiese limitado a unas cuantas horas rociada con el gas del sueño? ¿Y el de mi paciente, el señor Patterson? ¿Hasta dónde alcanzaban las confabulaciones del proyecto Onírica?

Cerré los ojos y respiré hondo. Me empezaba a sentir aturdida y descontrolada.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—¡Daniela!

—Nuestro vecino es médico, si queréis puedo…

—Estoy bien, no se preocupe —dije, tratando de reponerme del trauma.

—Pues no lo parece.

El doctor Lonergan llamó a su mujer y le pidió una jarra de agua fresca y unos vasos para servirla. En seguida noté sus efectos y en pocos minutos, ya había recobrado el control de mi cuerpo.

—Me has dado un buen susto —se quejó nuestro anfitrión.

—Afortunadamente, se ha quedado en eso —apuntó Omar, quien también se había llevado el suyo.

—Lo que todavía no entiendo es qué tiene que ver la cápsula con el cometa —les recordé con voz temblorosa, pese a mis reservas a querer seguir conociendo los entresijos.

—Tienes razón —admitió el doctor Lonergan, inclinándose hacia delante—. Verás, al igual que el proyecto llegó a oídos de los americanos, también otros países poderosos focalizaron su atención en él y, por supuesto, no nos engañemos, con las mismas funestas intenciones. Rusia trató por todos los medios de hacerse con la patente y el conocimiento para seguir desarrollándolo por su cuenta. Los árabes, lo mismo. Todos tenían claro que conseguir la cápsula podía ser la llave para convertirse en los dueños del mundo. Empezaron una guerra encubierta con una furia y una virulencia como nunca antes habíamos visto. No sabemos quién lo originó ni hacia dónde lo dirigió primero; solo conocemos las consecuencias.

—¿Originar el qué?

—El bulo, la mentira, la gran injuria. —El doctor Lonergan se volvió a dejar caer sobre el respaldo del sofá y cruzó los brazos—. El cometa.

—¿El cometa? ¿De qué está hablando?

—De que no hay ningún cometa.

—¡¿Qué?! —exclamamos Omar y yo a la vez.

—Al menos no que vaya a chocar contra la Tierra a corto plazo. ¡No lo hay! Todo eso del año de incertidumbre, la destrucción del planeta… ¡Todo es mentira! ¡El cometa Arcángel no existe!

Al oír la confesión del doctor casi me deshago en pedazos. ¿Significaba eso que, así, de un segundo para otro, estábamos todos salvados?

—Pero… eso… es… ¡maravilloso!

—La ambición ilimitada de alguno de los países involucrados lo llevó a preparar esa farsa y hacérsela creer a los demás.

—¿Pero con qué fin?

—El de destruirlos. Que la histeria se apoderase de sus gobernantes y ciudadanos, y ellos mismos provocasen su exterminio. Una Tercera Guerra Mundial contra un único enemigo: el pánico.

—¡Qué idea más macabra!

—Y, sin embargo, ha funcionado —constató, cabizbajo, Omar.

—Para lograr algo así haría falta una infraestructura gigantesca —supuse.

—O solo simularla —puntualizó él.

—¿A qué te refieres?

—A que muchas veces no es necesario que las cosas ocurran, basta con hacer que los demás crean percibirlas.

—¿Como virtualizar percepciones? —inquirió el doctor Lonergan.

—Eso me temo…

—En cualquier caso, aunque Arcángel no vaya a destruir el planeta, resulta imposible detener esta hecatombe. El mundo entero ha retrocedido a la Edad de Piedra y nadie puede hacer nada para reconducirlo —asumió resignado el doctor Lonergan.

—Es demasiado tarde para reparar el daño —coincidió Omar.

Pero yo veía las cosas de otra manera. Saber que todavía podíamos salvarnos tan solo con evitar destruirnos me daba nuevas fuerzas para seguir peleando.

—¡Vamos! Debemos ser optimistas, ¿no era eso lo que me decías tú hace unos días? —le recordé—. Es vital que recuperes tu positivismo, porque la Humanidad te necesita.

—Ya…

—¡Haz un esfuerzo, hombre!

—Es que…

—¡¿Es que qué?!

—Es que creo que sé quién es el culpable de que se haya

extendido la falsa noticia por el mundo; el responsable de que millones de personas hayan muerto o lo vayan a hacer pronto.

—¡¿De veras?! —preguntó el doctor Lonergan, ajustándose sus gafas.

—Sí.

—¿Y puede saberse quién es ese maldito genocida? —quiso saber.

La respuesta de Omar fue breve, gélida y concisa.

—Yo —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

Dejé que pasasen veinte minutos conversando con el doctor Lonergan acerca de los fundamentos en los que se sustentaba Onírica y de la escasa relación de los científicos con los directivos de Albiorix, cuyas decisiones se tomaban unilateralmente y sin su consenso. Después, me disculpé ante él, llené un vaso de agua y salí al porche a ver cómo se encontraba Omar. Lo vi sentado en la escalera, con la mirada perdida y una actitud derrotada.

—¿Sigue Andy durmiendo? —le pregunté, ofreciéndole el agua.

—Creo que sí —contestó, aceptándola.

—Eso que has dicho antes… ¿Estás seguro de que es verdad?

—Sí.

—Quiero decir…, bueno…, si realmente lo has provocado tú, ya sabrías que la noticia era una mentira. ¿Has estado engañándome todo este tiempo?

—¡No!

—Pues es difícil de entender. Anda, bebe un poco. Es agua.

Omar se llevó el vaso a la boca, pero apenas mojó sus labios.

—¿Quieres que te deje un poco más a solas?

—No, está bien. Quédate.

Me senté a su lado con la esperanza de que no tardase en arrancar a hablar. Le debía mucho, pero su reciente confesión me había dejado trastornada. ¿Qué quería decir con eso de que el culpable era él? Era ridículo pensar que una sola persona hubiese sido capaz de propagar una noticia de semejante calado sin saber que en realidad era una falacia. No tenía ningún sentido, por eso quería dejarle explicarse antes de hacer ninguna conjetura.

—Hace bastante frío, ¿eh?

Omar no hizo ninguna apreciación al respecto. Sin embargo, parecía que por fin había reunido las fuerzas suficientes para enfrentarse a una confesión.

—Fue durante la primavera del año pasado. Creo que en

octubre.

Asentí.

—Alguien contactó conmigo y me hizo un encargo muy particular. Quería que utilizase para él el Gran Cortafuegos. ¿Sabes lo que es?

—A decir verdad, no.

—Es el sistema que controla desde hace más de diez años el tráfico de internet que entra y sale de China. Bloquea los contenidos inapropiados, analiza la información y la censura de acuerdo a los criterios establecidos por el gobierno del país. Es, en esencia, como el cortafuegos de un ordenador, pero a una grandísima escala.

—Entiendo.

—Pues lo que me pedían eran poder usar ese sistema para cribar los paquetes de datos de cualquier país. Una especie de configuración genérica que permitiese filtrar lo que los ciudadanos de un lugar concreto podrían recibir y enviar. Eso era prácticamente imposible, porque muchos de los mecanismos empleados en China son humanos; miles de individuos examinando minuciosamente cada texto e imagen. Lo que conseguí al final fue clonar partes de ese sistema y suplantar lo que llegaba a otras para que pensasen que estaban trabajando para su país, cuando en realidad lo hacían para el que yo prefijase.

—Me parece de una complejidad que no logro asimilar.

—Ya, bueno, no estás familiarizada con ese tipo de sistemas.

—Tal vez sea eso… —dije, sonriendo.

—Ahora sé que querían usar mi plataforma para lanzar la noticia del cometa en determinadas zonas aisladas y comprobar el impacto sobre ellas. Sería como abrir la puerta de un país para arrojar dentro una botella de gas lacrimógeno antes de volver a cerrarla. Encajan todas las piezas. Empezaron por China, siete días antes, usando el cortafuegos original. Por eso las comunicaciones con el país se interrumpieron de golpe.

Según se desprendía de sus palabras, al menos no era él quien había propagado la noticia, sino que solamente proveyó del canal adecuado para transmitirla, sin conocer el fin para el que se lo requerían.

—¿Y los observatorios espaciales? ¿No hubo ninguno que pudiese desmentirlo a tiempo?

—Supongo que contrataron a otra gente para atacar e inutilizar sus sistemas. A efectos, sería como si les hubiesen tapado los telescopios con esparadrapo.

Era increíble el poder que el miedo tenía sobre la gente. La

noticia sobre Arcángel lo había demostrado, propagando el pánico a una velocidad que nadie había podido controlar. La situación provocada era inédita, ni el mejor consejo de sabios y expertos podría dilucidar hacia dónde evolucionaría. Pero nosotros teníamos una opción. Confiábamos en la esperanza y en la capacidad de superación de los hombres y mujeres que poblábamos el planeta. Encenderíamos una nueva mecha salvadora y nos aseguraríamos de que llegase a cada rincón.

—Mira, da igual lo que haya pasado —le dije, pasándole el brazo por los hombros—. Olvidémonos de tu error. ¡Estás a tiempo de enmendarlo y salvar millones de vidas!

—No es tan fácil…

—¡Sí que lo es! Empecemos por encontrar a Jorn y a los demás. Tenemos que avisarlos de que no necesitan enterrarse en ningún bunker, de que pueden volver a su casa y seguir con sus vidas.

—Sería algo bueno.

—¡Claro que sí! Yo voy en su búsqueda. ¿Vienes conmigo?

Omar se lo pensó unos instantes.

—Sí —accedió finalmente.

—Gracias, amigo.

—¿Qué tal ha ido? —nos preguntó Andy nada más subir al coche.

—Ha sido muy revelador —respondí, percibiendo un fuerte olor a opiáceos en el ambiente.

—¿Algo que pueda saber?

—Bueno, para empezar, que el cometa no existe.

—¡¿Qué?! —exclamó, tal y como hicimos nosotros, abriendo sus enrojecidos ojos como platos.

—Conduce. ¿Puedes hacerlo? Te lo explicaremos por el camino.

—¿¿No existe?? ¿¿No vamos a morir??

—Todavía no. Vamos, arranca.

—No vamos a morir…

Andy parecía destinado a entrar en una fase de embobamiento irreversible.

—¡Vamos, Andy!

Por fin pareció reaccionar.

—Sí… ehhh… ¿adónde queréis ir?

—Al aeródromo de Bathurst. Tenemos que llegar antes de que despeguen.

—¡Pero eso está a tres horas de aquí!

—Así, si le pisas tanto como antes, nos dará tiempo a

interceptarlos.

—¡Eso está hecho! Pero… Si lo que decís del cometa es cierto, haríamos mejor repartiéndonos el trabajo —planteó.

—¿A qué te refieres?

—Él tiene razón —apoyó Omar—. Con que vaya una persona es suficiente. Andy, ¿te encargas de ello?

—¡Claro!

—Daniela, mientras tanto, tú y yo podemos buscar un lugar desde el que conectarnos a la red.

—Las comunicaciones en esta ciudad han dejado de responder —advirtió Andy.

—Lo sé, pero nos esforzaremos por encontrar algo. Nuestro mensaje necesita ser transmitido.

—¡Vayamos a la tienda! —propuse en firme—. Podemos empezar lanzándolo a través de tu radio.

—¡Buena idea!

—Mi emisora anunciando la salvación… —vislumbró Andy, amenazando con caer de nuevo en la ensoñación.

—No perdamos más tiempo. ¡Vamos!

—Andy. ¡Andy!

Lo zarandeé por el hombro. Estaba claro que seguía bajo los efectos del hachís.

—¿Sabes qué? Bájate, yo conduzco.

Si a la ida Andy había hecho correr el coche sobre el asfalto, a la vuelta, literalmente, yo lo hice volar. No obstante, pese a la conveniencia de ir lo más rápido posible, tuve que aminorar la marcha un par de veces. Matarnos en un accidente de tráfico conllevaría la pérdida de millones de vidas humanas. No nos lo podíamos permitir.

A esas alturas ya no sabía quién regía el destino del mundo; si el cielo, el karma o la Divina Providencia. El caso es que, una vez más, avistamos la tienda de comestibles sanos y salvos.

—Vamos al almacén. La emisora está allí —informó Andy, mientras subía la persiana metálica.

Cruzamos el establecimiento con paso decidido, deteniéndonos solamente para coger unas bolsas de patatas fritas y unas bebidas energéticas de las estanterías. No había mucho más donde elegir.

—Tengo casi toda la mercancía guardada en cajas aquí dentro. Está más protegida contra los pillajes —explicó Andy, desbloqueando la puerta del almacén—. Dejé unas pocas cosas fuera

para que, si alguien entraba, pensase que todo se había terminado.

En efecto. En el interior se apilaban varias cajas que, de estar llenas de víveres, constituirían un tesoro apetecible para cualquiera.

—Echad un vistazo si queréis y coged lo que os apetezca.

—Gracias, pero con esto nos conformamos —dije. Era increíble lo que había cambiado mi dieta en una semana.

Andy encendió la emisora y nos dio las instrucciones básicas para usarla y comunicarnos.

—Bueno, chicos, me voy a la caza de los demás. Espero llegar antes de que despegue su avioneta.

—Ve con cuidado, por favor —le rogué. No tenía claro que volviese a estar totalmente capacitado para conducir.

—No te preocupes—dijo él. Al menos, de su voz se desprendía seguridad—. Por cierto, hay una moto en la trastienda por si necesitáis ir a algún lado.

—Genial.

—Nos vemos aquí o en casa. Esta noche tendremos que celebrarlo por todo lo alto.

—Claro. Gracias por tu ayuda, amigo.

Mientras Andy se iba corriendo hacia la calle, Omar y yo nos sentamos frente a la emisora dispuestos a hacer público nuestro descubrimiento. Sin embargo, él no parecía del todo contento, lo cual me llamó la atención, pues casi era el mejor final que podía imaginar para el viaje que habíamos comenzado juntos.

—Lo conseguiremos, Omar —traté de animarlo—. El mundo saldrá de esta.

Pero él parecía enmascarar su alegría bajo un gesto sobrio y apagado.

—¿Quieres decirme qué te pasa antes de abrir el micrófono?

Omar me dedicó una mirada oscura, llena de rencor. No parecía la misma persona que había entrado conmigo en el almacén.

—Te vi la otra noche con Jorn —afirmó en tono gélido.

—¡¿Qué?! —Ni por asomo me esperaba semejante salida—. ¡¿Estabas espiándonos?!

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! —exclamé indignada.

—No, no importa. Lo que importa es que lo hiciste. Te acostaste con él.

—¿Y? ¿Qué te has creído? ¿Qué debo darte explicaciones por algo así?

—Jorn es un imbécil, y tú te lo has tirado —me reprochó con soberbia.

No daba crédito a sus acusaciones.

—¿A qué viene eso ahora, Omar? ¿Te has propuesto estropear este momento?

—Viene a que lo he dado todo por ti. Te saqué de la cárcel, te he estado protegiendo estos días, te he mostrado la verdad… Y así es cómo me lo agradeces.

—No tienes ningún derecho a decirme esas cosas —le recriminé—. Puede que hicieses algo para ayudarme a salir de la cárcel, pero también fuiste quien motivó mi arresto.

—Eres una ingrata.

—¿Ingrata? Yo no te pedí que estuvieses en mi casa esperando mi regreso aquella noche. Y te diré más, ya que has sacado el tema; Jorn es un capullo, sí, pero no se oculta tras una careta. Puede que sea un chulo, un vanidoso y un engreído. ¿Y qué? Tiene agallas y es capaz de liderar un grupo cuando lo necesitan. Tú eres un enigma, un sañudo impredecible del que nada se sabe, alguien acostumbrado a esconderse tras docenas de personajes que no dan nunca la cara.

—¿De veras? Sabes definirme muy bien, pero lo ignoras todo sobre ti.

—No me digas…

—¿Tienes idea de quién imprimió aquellos expedientes que aparecieron en la impresora de tu despacho?

Me sorprendió su repentina alusión a aquel hecho, pero entonces recordé que había pedido ayuda en una comunidad hacker la noche anterior. Debí suponer que había sido Omar a través de alguna de sus personalidades quien había atendido mi petición.

—Tú —respondí, intuyendo falsamente lo que me iba a contestar.

—No —negó, sonriendo—. Fuiste tú.

—¿Qué? ¡Bromeas! —exclamé, aunque no le viese la gracia por ningún lado.

—No, Daniela, no bromeo. ¿Querías que fuese de cara? Bien, hagámoslo. Vayamos de cara.

—Tienes imaginación, desde luego. Pero mentir para atacar a alguien es algo despreciable.

—¿Despreciable? ¿Sabes lo que es despreciable? Te dije que te haría entender lo que ocurría a tu alrededor a cambio de tu ayuda. ¿Y qué has hecho tú? ¿En qué me has ayudado, Daniela? Ni siquiera me has librado de esa niña. ¡Ni en tus sueños puedo evitar hacerle daño!

—¿De qué hablas? ¡¿Qué niña?! Estás enfermo, y yo no te puedo

ayudar más.

—Enfermo… Claro. Por cierto, ¿adivinas quién iba a entregar los expedientes que imprimiste a los técnicos de Albiorix para que seleccionasen sujetos adecuados para sus experimentos con Onírica?

No le contesté.

—También tú —sentenció duramente—. Tú eras la encargada de nutrir a esa corporación que ahora odias tanto de conejillos de indias para sus pruebas. Tratabas a tus pacientes solo para identificar a los candidatos idóneos.

—Eso es ridículo.

—Pero se te va tanto la cabeza…, estás tan jodidamente loca que tuvieron que prescindir de ti.

—¡Cállate!

—Sí, te apartaron del proyecto porque tan pronto cumplías magníficamente con tu labor, como los amenazabas con hacer públicas sus investigaciones.

Tragué saliva. Omar había traspasado una línea a la que nadie antes había osado acercarse.

—¿Sabes quién me encargó el dichoso cortafuegos para acabar con el mundo? —Hizo una pausa en la que no quise intervenir—. Tú, mi querida Daniela. ¡Tú, en aquel condenado foro!

Era el colmo. Acusarme de inventar un cometa para aniquilar a la raza humana era algo tan grave, tan doloroso, tan propio de una mente enferma y peligrosa, que me dejó muy claro que no quería volver a estar con él. Jamás.

—Vete —le dije, empujándolo por el pecho—. ¡Vete! ¡Vete y arregla lo que has provocado, maldito cabrón! ¡Y no te atrevas nunca más a culpar al resto de tus errores! ¡Cobarde miserable!

El rostro de Omar se sumergió en las tinieblas. Lo que le había dicho había llegado a lo más profundo de su ser, al origen de todas sus personalidades, y lo había golpeado tan fuerte que unas grietas enormes comenzaron a resquebrajarlas una a una.

—Disculpa, todavía no he acabado contigo —susurró entre dientes. Vi reflejada en su cara la mismísima maldad del diablo.

En ese momento me di cuenta de que había enloquecido; había entrado en una fase de explosión violenta en la que necesitaba volcar en mí toda la tensión que acumulaba en su cabeza. No me lo pensé. Saqué la pistola que llevaba sujeta al cinturón y lo apunté a la cara.

—Así que sigues conservando ese juguete, ¿eh? Ese novio tuyo piensa en todo… —Sin darme tiempo a reaccionar, me asestó un manotazo en la muñeca que lanzó la pistola varios metros hacia un

lado.

Me tiré al suelo a por el arma, pero él me sujetó del pie y me arrastró hacia atrás. Forcejeé, pero la cólera lo había dotado de una fortaleza feroz. Conseguí revolverme y, sacando todo el partido a un instante de indefensión, le asesté una patada en la nariz que lo obligó a soltarme. Gateé todo lo rápido que pude hasta la pistola, la empuñé, me giré y, sin dar opción a más linchamiento, la dirigí hacia él. Y disparé.

Llegué a la casa de mis padres todavía tiritando. Sentía la sangre palpitar en mis sienes y unos sudores fríos recorriéndome el espinazo que me helaban todo el cuerpo. Mis manos olían a pólvora y mis tímpanos emitían un pitido continuado que me taladraba el cerebro. Sin embargo, verme delante de aquella casa me alentaba, me hacía notar que había alcanzado el fin del camino y que por fin podría descansar.

Aparqué la moto sobre la acera y la apoyé en su caballete. Me quité el casco y me sacudí el pelo, lo dejé colgando del manillar y me dirigí hacia la vivienda. No había rastro del incendio que Andy había anunciado en sus transmisiones, lo cual me alivió. Pulsé el timbre y esperé. Mi madre solía ser siempre la que acudía a abrir la puerta, aunque fuese mi padre el que más cerca se encontrase de la misma.

—Dios mío… ¡Daniela! —exclamó al verme. Hacía tiempo que mamá tenía el pelo gris y, aunque siempre había tenido bastantes arrugas, en esa ocasión la vi más envejecida que nunca. Seguramente los disgustos habían mellado su físico.

—Hola, mamá.

Nos fundimos en un emotivo abrazo. Un mundo entero había muerto y vuelto a renacer desde la última vez que habíamos estado juntas, aunque esa segunda parte ella todavía no la sabía. Al separarnos, vi que sus ojos se habían inundado de lágrimas.

—¡Hija! —exclamó mi padre llegando por detrás. Me dio otro abrazo y un sonoro beso en la frente—. ¡Pensábamos que no volveríamos a verte! Intentamos ir a tu casa, pero yo ya no puedo conducir tanta distancia y en la estación de trenes dejaron de vender billetes. El teléfono ya no funcionaba, y la televisión y la radio tampoco.

—Lo sé. ¿Estáis bien?

—Bueno… Los militares no nos han dejado salir de casa estos días, ni siquiera para comprar o recoger comida. Es horrible estar

incomunicados.

—Aquí habéis estado mejor, las calles se han vuelto peligrosas.

—¿Te quedarás con nosotros? —quiso saber mi padre.

Lo miré a los ojos, emocionada.

—Tengo que contaros algo —les dije, sintiéndome feliz.

Fuimos a la salita y, allí sentados, les revelé la verdad. No pudieron evitar volver a llorar, aunque esta vez conmigo, y de alegría. Todas las injurias de Omar habían volado con el viento; habían sido desterradas a un periodo de mi pasado que ya había concluido.

—Si es verdad que el mundo no se va a acabar, Dani, vente a Sídney —me animó mamá entre sollozos.

—Mamá, sabes que en Melbourne tengo mi vida. No quiero irme de allí.

—Pero aquí puedes volver a empezar; conseguir un trabajo. No hace falta que estés con nosotros, puedes tener tu propia casa y hacer también tu vida.

—Pero yo ya tengo mi clínica. Soy mi propia jefa y tengo bastantes pacientes. No necesito cambiar de trabajo.

Mi madre me sonrió, pero sus ojos pasaron a reflejar lástima. Mi padre le cogió la mano y la apoyó sobre su regazo.

—No, mi vida —negó, conmovida—. Esa clínica no existe. Llevas sin trabajo desde que te despidieron del hospital. Todo lo demás son imaginaciones que te han metido en la cabeza con esa máquina.

—¿Qué máquina?

—Daniela, lo que dice tu madre es cierto —la apoyó papá.

—No son reales. Necesitas dejar de usarla y regresar a la tierra cuanto antes, o acabarás enloqueciendo.

Estaba claro que mis padres percibían una realidad distorsionada por la edad; mucho más entonces, todavía conmocionados por la historia del cometa, cuya inexistencia no habían tenido tiempo de digerir. No podía otorgarle demasiada trascendencia a sus comentarios. Al fin y al cabo, era normal que quisieran tenerme cerca.

—¿Y Diana? No he podido hablar con ella esta semana y estoy preocupada. ¿Ha venido por aquí? —les pregunté para desviar su atención hacia una zona más confortable. Pero el resultado no fue el que esperaba.

Ambos agacharon la cabeza.

—¿No tenéis noticias suyas?

—Daniela, no, no sigas… Disfrutemos del momento —abogó mi

madre.

—¿Le ha pasado algo a Diana?

Ella cerró los ojos y apretó los labios.

—Daniela, estás confusa. Es por culpa de esa máquina del infierno. Debiste hacerme caso cuando te dije que no la usases más.

—¿De qué máquina me hablas? Mamá, creo que estás desvariando.

—La máquina de los sueños.

—¿Onírica? —pregunté extrañada—. Yo no he usado esa máquina, mamá, estás liando las cosas. ¡Pero si hasta hace poco no sabía ni que existía!

Aunque, a tenor de lo expuesto por el doctor Lonergan, muy probablemente hubiese estado alguna vez bajo los efectos del gas que utilizaba la cápsula, no había participado en ningún experimento de forma voluntaria ni, por supuesto, había estado dentro de ninguna de ellas.

—Dime, Daniela —insistió mi madre—, si tu hermana está viva, ¿dónde está? ¿Cuándo fue la última vez que la viste? ¿Puedes concretarlo? Son preguntas fáciles, me basta una aproximación.

Era cierto, eran preguntas sencillas, pero, paradójicamente, no las supe contestar. Traté de concentrarme, mas no fui capaz de hallar ningún recuerdo reciente de ella. Pensé que era consecuencia del cansancio, del tsunami emocional que había anegado mi cabeza durante aquel boletín nocturno que sentenció al mundo. No implicaba contacto alguno con las cápsulas.

—Daniela, ¿no te acuerdas de Diana? —me preguntó mi padre.

—No lo sé…

—Tu hermana murió hace muchos años, mi vida, cuando todavía era una niña y ambas vivíais con vuestros padres biológicos en Norteamérica.

Eso era imposible. Mis verdaderos padres habían muerto en el 97, en un rancho de San Diego, junto a varios miembros más de la secta Heaven's Gate. Acabaron con su vida al mismo tiempo, guiados por las ideas que les inculcaba su líder durante unas eficaces sesiones de lavado de cerebro. Él los hizo creer que tras la cola del Hale-Bopp se aproximaba una nave espacial a la que podrían subir una vez que sus almas se hubiesen separado de sus cuerpos. Se quitaron la vida después de purificarse bebiendo zumo de limón. Pero Diana no se había ido con ellos; había venido conmigo a Australia y se había criado con Ronald y Anne-Marie bajo ese mismo techo. Vale que no lo recordaba, pero estaba segura de que así había sido.

—Se la llevó la leucemia, Daniela, y tus padres hicieron lo imposible por reunirse con ella. Incluyendo el irse antes de tiempo.

—Necesito…, necesito irme —conseguí pronunciar con mucho esfuerzo.

Cogí las llaves del coche de mi padre y salí dando tumbos a la calle. Me subí en el viejo Magna de color granate y arranqué el motor. Oí que alguien gritaba mi nombre mientras las ruedas chirriaban sobre la pista de cemento, antes de agarrarse a ella e impulsarme hacia adelante. Los bajos del vehículo golpearon el asfalto de la carretera al enganchar con la calle principal antes de girar a la derecha y pisar a fondo el acelerador.

Crucé varias manzanas a gran velocidad sin hacer caso a señales ni semáforos; solo aflojaba la marcha para esquivar los obstáculos que se iban interponiendo en mi trayectoria. La precaución ya no era para mí un factor a tener en cuenta. Atrás iban quedando también todos los militares que encontraba a mi paso, haciendo aspavientos para que me detuviese a su lado. No sabían que empotraría el coche contra ellos antes que hacerlo parar. Los más bravucones quisieron hacer constar su gallardía lanzando varios disparos al aire, como si eso sirviese para amedrentar a una mente desbocada.

Al llegar a Prestons divisé una barrera de escombros que los rebeldes habían levantado para evitar los accesos a la ciudad. El ejército había parecido ignorar su presencia, y eso era exactamente lo que también pretendía hacer yo. Dos rebeldes que custodiaban el parapeto con metralletas empezaron a hacerme gestos disuasorios. Era muy gracioso verlos. Pasé silbando a su lado justo antes de reventar su apestosa empalizada. Cuando logré controlar el coche, miré por el retrovisor y vi a sus compañeros volviéndose hacia mí, atónitos. Meros aficionados a la insurgencia que un mes antes calentaban con sus gordos culos las sillas de sus oficinas. Lamenté que no pudieran ver la sonrisa demencial que en su honor afloraba sobre mis dientes.

Alcanzada la autopista, solo restaba mirar al frente y dejar pasar las horas en el display del radiocasete y los kilómetros bajo mis ruedas. No había más. El mundo se había paralizado a mi alrededor para no interferir en mis propósitos, para no horadar mi voluntad con detalles sin importancia.

Aparté con el pie las cajas de cartón que obstaculizaban mi paso y asomé la cabeza suplicando no encontrarme un paisaje demasiado amargo. La realidad, aunque a esas alturas ya creía estar preparada

para lo peor, hizo que los dispersos pedazos de mi alma se desintegraran por completo. Mi apartamento era un fiel reflejo de la inmensa escombrera en la que la ciudad y el mundo se habían convertido, el escenario de una guerra devastadora que nos habíamos inventado para autodestruirnos.

Caminé por lo que antaño había sido mi salón, ahora una suerte de charca techada de olor rancio y desagradable. El sofá estaba cubierto de mugre y basura. Los cojines, reventados, escupían jirones de espuma sobre desperdicios en descomposición. Reconocía algunos envases y envoltorios. Estuvieron en mi congelador y en mis armarios tan solo unos días atrás. Había cristales rotos por el suelo, muchos de ellos provenientes de las ventanas. La televisión había sido arrojada contra la pared, la lámpara arrancada del techo, los muebles quemados… Me acerqué a la cocina. No había un palmo donde pisar en el que no hubiese un trozo de plato o de vaso, o un cubierto. Me agaché y cogí un cuchillo, por si acaso. Seguí caminando hasta el baño, pero no tenía que haberlo hecho. La bañera estaba llena de un agua tan amarronada que parecía llevar un siglo estancada. El lavabo había sido golpeado con algún objeto contundente hasta quedar hecho añicos. Preferí no arrimarme al inodoro.

Junto al armario de mi habitación hallé la vieja caja de galletas que desde niña usaba para esconder mis tesoros y que conservaba con mucho cariño. La abrí y encontré varios sobres que nadie había considerado interesantes o dignos de romper. Eran blancos y no tenían nada escrito, aunque los reconocía bien; contenían los análisis que me iba realizando periódicamente en el hospital. Saqué el informe de uno de ellos, pero lo que encontré difería por completo de lo esperado. Repetí la operación con un par de ellos más y comprobé que guardaban lo mismo: justificantes de ingresos mensuales remitidos por Albiorix Corporation entre finales de 2012 y principios de 2014. Coincidía con el periodo que había estado trabajando en el hospital. Noté un nudo en el estómago. Retiré todos los sobres y los arrojé, llena de rabia, lejos de mí.

Y en ese momento me reencontré con él. El colgante. Aquel colgante que Diana me había regalado con todo su amor, hecho con una concha, piedrecitas y un cuarzo redondo imitando un sol radiante. «Me lo pondré cuando te cures», le había dicho. El cordón seguía entrelazado tal y como ella lo había dejado aquel día. «Me lo pondré cuando te cures», le prometí. Pero nunca lo había estrenado. Me temblaron los párpados; mi cabeza empezó a dar vueltas; me faltaba el oxígeno. Grité. Grité infecta de ira e impotencia. Grité tan

alto que podrían haberme oído desde las estrellas. Me puse a golpear con los puños las paredes de mi habitación hasta que se rompieron los nudillos. Lo único que ansiaba era morir.

Y entonces, cuando parecía que ya no me quedaban más mares en los que naufragar, lo vi allí, tirado y abandonado como un despojo en un rincón. Con su pequeño cuerpo herido como el casco de un viejo buque encallado en un arrecife de coral; con sus cuerdas enroscadas igual que los tirabuzones de una muñeca rota; con su mástil partido a la mitad y sujeto por unas pocas astillas…

Me puse a llorar. De todo cuanto había abandonado en la casa, mi violín era junto al colgante el elemento más especial, el único bien material que en el fondo me importaba. Era parte de mí, el único instrumento capaz de transmitir mis emociones, de canalizar mis sentimientos hacia el mundo. Verlo agonizando en un eterno silencio era como sufrir la pérdida de un ser querido. Nunca podría reemplazar su existencia.

Lo recogí con cuidado, con miedo a que se deshiciese entre mis manos. Sentía cómo en su interior su corazón aún latía, percibía su calor. Lo apoyé en mi hombro para que llorase conmigo. Cogí el arco y lo posé sobre su vientre. Coloqué mis dedos en su mástil, cerré mis ojos y empecé a tocar. Podía escuchar su lamento brotando de sus entrañas y llenando la estancia, cayendo de escalón en escalón por la escalera, rebosando por el alfeizar de la ventana y resbalando por las paredes del edificio hasta la calle. Allí formaba un remolino que se alzaba hacia los cielos y teñía de color azul el universo. Cada estrella, cada planeta y cada constelación se iluminaban con sus melodías. Su música llegaba hasta aquel viejo cometa, mi siempre añorado Hale-Bopp, y le decía muy bajito al oído que todavía quedaba esperanza; que en esta gran bola residía la simiente adormecida de algo hermoso, y que él también lo vería. Dentro de muchos años, cuando volviese a cruzar a nuestro lado, le saludarían hombres y mujeres libres, dispuestos a enseñarle todo lo conseguido y de situar nuestra civilización al frente de la galaxia una vez más.

Noté cómo se descargaba mi alma de aflicciones y pesares. Volvía a ser capaz de liberarme de mi cuerpo y fundirme con la música, bailando con cada nota en un pentagrama infinito. Me sentí mejor. Me dejé arrastrar por el torrente sonoro hacia el exterior y me zambullí en sus aguas, cálidas y reparadoras. Me sentí bendecida. Había hecho las paces con el universo y ya nada nos impedía caminar juntos de la mano. Me sentí viva.

Me sentí libre al fin.

XX

14 de julio de 2019
6 días antes del Año de Incertidumbre

Parpadeé despacio. Mis pupilas se contrajeron para adaptarse a la nívea claridad que me envolvía. Respiré profundamente y giré la cabeza hacia el pequeño *display* luminoso. Faltaban solo cuarenta segundos para que la sesión concluyese. Decidí aguardar sin moverme, no fuera a ser que algún recóndito electrodo se molestara y, al final, la considerasen inválida.

Cuando el contador llegó a cero, la compuerta superior de la cápsula se abrió como la concha de una almeja al introducirse en agua caliente. Me incorporé hasta quedar sentado con las piernas colgando a un lado. Miré las píldoras depositadas sobre la mesita auxiliar junto al vaso de agua. Una azul, una verde y una naranja. Eché un vistazo a la habitación. La cápsula, el espejo, la puerta, la taquilla y el biombo. Seguía estando en el mismo sitio. No sabía por qué usaban una luz tan intensa en un lugar con paredes tan blancas; deslumbraba demasiado, sobre todo cuando los ojos estaban todavía aclimatándose al ambiente.

Me encontraba solo, aunque seguramente estuviesen observándome a través del espejo, anotando unas conclusiones que a cualquiera de nosotros le resultarían incomprensibles.

Mientras estiraba mis músculos, la puerta se abrió, y entró por ella el asistente que me había acompañado hasta la habitación, sonriendo con la misma cordialidad de hacía dos horas.

—Buenos días, señor Patterson. Le traigo el cuestionario habitual. Debido al reducido periodo que ha pasado en la cápsula, debe tomar también esta otra pastilla —dijo, dejando el vaso de plástico que la contenía junto a las demás.

—¿Qué es?

—Son, básicamente, aminoácidos. Por favor —prosiguió, mientras me despegaba los electrodos del pecho—, cuando termine, deje el cuestionario sobre la mesa, vístase y pulse el botón de llamada. Vendré enseguida y lo acompañaré hasta la puerta.

Asentí. Era el procedimiento habitual.

El asistente dio media vuelta y se fue caminando sin hacer ruido. En general, su comportamiento me hacía dudar si se trataba de una persona real o de algún otro proyecto experimental de la corporación. Cogí la carpeta y eché un rápido vistazo al documento. Bajo una cabecera para especificar el nombre del sujeto, su sexo, edad, y la duración de la sesión, contenía las mismas preguntas que las otras tres veces, dando la posibilidad de puntuar del uno al cinco el grado de conformidad con lo planteado. «Al concluir la sesión se siente más descansado». Intenté evaluar mentalmente mi vitalidad. Me encontraba bien y relajado. *Completamente de acuerdo*. «Ha tenido dificultades para despertar». *En desacuerdo*. «Ha experimentado algún tipo de sueño y recuerda sus detalles». Dudé. Tenía la vaga sensación de haber soñado, pero desde luego, no recordaba los detalles. *Ni de acuerdo ni en desacuerdo*. «El sueño era realista y coherente». *Ni de acuerdo ni en desacuerdo*. La última pregunta era nueva; tal vez propia de la sesión que acababa de realizar. «Durante el sueño, tuvo consciencia de ser otra u otras personas». Era una pregunta extraña. ¿Soñar que era otra persona? Sería interesante probarlo. *Ni de acuerdo ni en desacuerdo*.

Al pie del cuestionario debía indicar también las píldoras consumidas al despertar. *Azul, verde, naranja*… Miré dentro del vaso de plástico. … *y negra*. Dejé la carpeta en la mesita y las cogí. No me hacía gracia tomar tantas pastillas sin saber exactamente qué me estaba metiendo en el cuerpo, pero había firmado un contrato comprometiéndome a cumplir con todos los requisitos, así que fui colocándomelas en la lengua y empujándolas una a una por la garganta con la ayuda de pequeños sorbos de agua.

Me puse en pie y caminé hasta la taquilla. Cogí mi ropa de las perchas y, detrás del biombo, me quité el camisón y me vestí con ella. Volví a la cápsula y pulsé el botón para llamar al asistente.

Apenas diez segundos después, el hombre entró por la puerta.

—De acuerdo —dijo, yéndose directo a por la carpeta.

De un rápido vistazo revisó el cuestionario y, asintiendo con la cabeza, dio su aprobación. No me preguntó si había tomado las pastillas, supuse que porque me habría visto hacerlo a través del cristal.

—Sígame, por favor.

Salimos de la habitación y cruzamos un largo pasillo con varias puertas a los lados. El aspecto de todas ellas era idéntico, tal vez dentro hubiese también cápsulas para otros voluntarios como yo. Curiosamente, hasta entonces me había tocado siempre la misma sala. Lo más probable es que estuviésemos haciendo a la inversa el

mismo camino que al entrar, pero no podría asegurarlo.

Llegamos a un ascensor y nos detuvimos. El asistente pulsó el botón con una flecha que señalaba hacia arriba y apoyó sus manos contra el abdomen. Mientras esperábamos, tuvo tiempo de mirar su reloj de pulsera y echar una nueva ojeada al cuestionario.

El vehículo se detuvo frente a mi portal y la puerta se desbloqueó. El conductor no se giró ni dio la impresión de querer despedirse. Bajé y me cubrí de la lluvia con la cazadora vaquera, mientras completaba los pocos metros que me separaban del edificio. Estaba, literalmente, diluviando.

En el portal, don Marcelo cambiaba la bombilla de una lámpara de pie junto a su portería, subido en un pequeño taburete.

—Buenas tardes —lo saludé.

Él me miró por encima de las gafas.

—¿Llueve?

—Hace una tarde de perros.

—Pues suba y póngase cómodo. Ya está funcionando la calefacción.

—Estupendo.

—Oiga, Omar. Antes vino un policía preguntando por usted.

—¿Un policía?

—Sí. Se interesó por la clase de chico que era y por cómo era su relación con los vecinos.

—Gracias, don Marcelo. Llamaré a la comisaría a ver qué me cuentan.

Obviamente, no pensaba llamar a la comisaría. Sabía de sobra que se trataba del teniente Desmond Warren, quien llevaba un tiempo husmeando en mis asuntos. Podía seguir malgastando su jornada laboral conmigo todo lo que quisiese, que nunca encontraría gran cosa.

Nada más entrar en casa, dejé la cazadora en el perchero y me quité las botas. Como siempre, Coyote corrió a darme la bienvenida con su larga lengua colgando por un lado del hocico. Siempre ha sido un perro bastante cariñoso y leal, y desde el principio hubo buena sintonía entre nosotros. Me di cuenta de que la temperatura en el interior de la casa era cálida, tal y como me había adelantado el portero, pero, al llevar todo el día cerrada, urgía renovar su aire con otro más fresco. Abrí la ventana de la cocina y me preparé un café bien cargado. No podía decir que lo necesitase; desde que empecé a participar como voluntario en el programa Onírica, con

solo tres horas dentro de la cápsula me sentía despejado el resto del día, pero su sabor —o quizá su contenido en cafeína—, hacía años que me había convertido en adicto.

Me llevé la taza a mi habitación. La cama estaba cubierta de ropa pero, por lo demás, estaba ordenada. Corrí las cortinas y me senté frente al ordenador. Mientras arrancaba, alcé la mirada hacia la ventana de la chica pelirroja. No estaba en el balcón y ninguna de las luces de su casa se veía encendida. Miré la hora. Eran las ocho y media. Pensé que seguramente la lluvia la tendría retenida en algún atasco, pues siendo sábado, ya habría salido de sus clases de violín. Para calmar mi ansiedad por verla, abrí la carpeta con sus fotos e hice doble clic sobre la primera de ellas. Ahí estaba de nuevo frente a mí, bebiendo una taza de té con los ojos clavados al cielo. El cielo le gustaba, como también lo hacían los gatos, la música, o los bizcochos de nata. La había visto comprarlos cientos de veces en el supermercado de Andy. Ella nunca había reparado en mí, no perdía el tiempo con las cosas que no le interesaban, pero yo sí la veía. ¿Cómo no hacerlo? Era una chica preciosa. Tenía cientos de fotos suyas en mi ordenador; viendo pasar la vida desde su balcón, entrando en el portal, cruzando por el parque, tocando su violín en los conciertos… ¡Cómo tocaba! ¡Qué maestría y sentimiento! La había visto actuar en más de veinte recitales con la orquesta. En el último fue cuando me di cuenta de que me había enamorado de ella.

Visto desde fuera, alguno podría pensar que soy un acosador, pero no es el caso. Soy un chico completamente normal, aunque es justo reconocer que un poco introvertido. Eso me ha dificultado el acercamiento a las mujeres mucho más de lo que me hubiera gustado, de ahí que me vea obligado a observarlas desde la distancia, como un cazador furtivo.

Sé que está enferma, que padece una enfermedad contra la que lleva luchando desde hace cosa de un año, y que no se lo ha dicho a nadie. Es una mujer fuerte, logrará salir adelante. Los resultados de sus últimos análisis no han sido muy positivos, pero ella todavía no lo sabe. Aún no los ha recibido y, cuando lo haga, lo que le llegará será la versión edulcorada que le he preparado. Es tan sencillo romper la seguridad de los sistemas informáticos de los hospitales… Tal vez no sea justo ocultarle la verdad, pero es importante que no pierda la esperanza y que siga luchando con todas sus fuerzas, y para ello, debe constatar que sus sacrificios valen la pena. Lo que más me aterra es que se rinda antes de saber lo que siento, lo que estoy dispuesto a hacer por llegar a ella.

No dejo de debatirme entre si debo accionar ese botón o no. Lo tengo todo preparado; dormir tan poco me ha permitido trabajar a buen ritmo durante semanas y solo me falta tomar la decisión definitiva. A partir de entonces ya no habrá marcha atrás. Haré enloquecer al mundo y, mientras todo se desmorona, me presentaré ante ella como un mesías, como el salvador que atesora respuestas y un rayo de esperanza. No podrá resistirse a mí. Será, por fin, mía.

Sí, mañana lo haré; tampoco tiene sentido retrasarlo por más tiempo. Los observatorios tarde o temprano se repondrán del ataque y podrán volver a captar imágenes reales del cielo, y algunos sistemas infectados que ahora son vulnerables, en cualquier momento pueden dejar de serlo. Empezaré por China, a modo de prueba. Luego lo aplicaré a Norteamérica y, si funciona, aislaré Australia del resto del mundo cortando la totalidad de sus comunicaciones y propagaré la noticia desde un millar de nodos distintos. En una semana, el mundo entero será un campo de batalla en el que la supervivencia de cada uno deberá disputarse minuto a minuto. Para entonces, ya me habré ganado la confianza de Daniela y estaremos juntos en esto. Afrontaremos el fin del mundo uno al lado del otro. Será un bonito homenaje a mis padres. Ellos murieron de la mano, viendo un cometa en el cielo, y nosotros lo haremos imaginando que otro se acerca, solo que esta vez, será la Humanidad entera la que nos acompañe.

Ambos estarían orgullosos de mí.

Abrí el servidor de correo y seleccioné la opción para crear uno nuevo. Era el momento de ultimar los preparativos si quería tenerlo todo listo para luego poder preocuparme solo de disfrutar. Especifiqué su dirección en el campo del destinatario y pinché en el del asunto. Pensé durante unos instantes y empecé a escribir.

«Daniela, si tus ojos no pueden ver, mira a través de los míos».

Agradecimientos

Este libro no hubiera existido sin el apoyo de las personas que compraron, leyeron, promocionaron y valoraron Orissa desde su publicación. Gracias de corazón a todas ellas.

Agradecimientos especiales

A mi familia y amigos, en especial a Antonio, Inmaculada, María, Sergio, Nora, Alejandro, Carolina, Chelo, los ibéricos Andrés, Armin, Jose, Lore, Rubén, Nuria, Javi, Laura, Javi (Jevi), Sabri, Fausti, Goyo; Gonzalo, Rebeca, los titanes de Luchamos por la Vida (los que están y los que siempre estarán), mis compañeros de trabajo, mis colegas de la Asociación y Sociedad Cooperativa de Escritores, Ediciones Proust, todos los músicos, actores y conferenciantes que participaron en Literania Madrid, Alejandro Colucci, Mike Oldfield, Alberto Rionda, Narci Lara, HdS, Michael Ende, Terry Pratchett, Haruki Murakami, George R. R. Martin, Orson Scott Card, Inves x30 Plus y Lucasfilm.

Y, como siempre, a ti, por haberme acompañado en este nuevo viaje.

¿Te ha gustado esta novela? Por favor, tómate un par de minutos y deja una valoración en Amazon. Tus opiniones son de gran ayuda para que otros lectores encuentren lo que buscan. ¡Gracias!